

Material para el Programa
“Apoyo al último año de la secundaria
para la articulación con el Nivel Superior”
MECyT - SE - SPU

Ministerio de Educación, Ciencia y Tecnología

Secretaría de Educación
Secretaría de Políticas Universitarias

**TRES AVENTURAS POR EL MUNDO
DEL CONOCIMIENTO**
Una curiosa selección de textos

Coordinación
Marina Cortés

DE PLATÓN A *MATRIX*: UNA INDAGACIÓN SOBRE
LOS CONOCIMIENTOS Y LA REALIDAD

Autora
Fernanda Cano

Consultoría
Pablo Erramouspe

CIENCIA Y VERDAD: SOBRE LA DIVERSIDAD BIOLÓGICA
Y LA DESIGUALDAD SOCIAL

Autora
Fernanda Cano

Consultoría
Eduardo Wolovelsky

FRONTERAS, PUENTES, ESPACIOS DE ENCUENTRO

Autora
Fernanda Cano

Consultoría
Dolores Estruch

PRESIDENCIA DE LA NACIÓN

Dr. Néstor Kirchner

MINISTERIO DE EDUCACIÓN, CIENCIA Y TECNOLOGÍA

Lic. Daniel Filmus

SECRETARÍA DE EDUCACIÓN

Lic. Juan Carlos Tedesco

SECRETARÍA DE POLÍTICAS UNIVERSITARIAS

Dr. Alberto Dibbern

SUBSECRETARÍA DE EQUIDAD Y CALIDAD

Lic. Alejandra Birgin

SUBSECRETARÍA DE PLANEAMIENTO EDUCATIVO

Lic. Osvaldo Devries

SUBSECRETARÍA DE POLÍTICAS UNIVERSITARIAS

Lic. Horacio Fazio

DIRECCIÓN NACIONAL DE GESTIÓN CURRICULAR
Y FORMACIÓN DOCENTE

Lic. Laura Pitman

DIRECCIÓN NACIONAL DE INFORMACIÓN
Y EVALUACIÓN DE LA CALIDAD EDUCATIVA

Lic. Marta Kisilevsky

COORDINACIÓN DE ÁREAS CURRICULARES

Lic. Cecilia Cresta

COORDINACIÓN DEL PROGRAMA DE
“APOYO AL ÚLTIMO AÑO DEL NIVEL SECUNDARIO
PARA LA ARTICULACIÓN CON EL NIVEL SUPERIOR”

Lic. Vanesa Cristaldi

COORDINACIÓN DEL PLAN NACIONAL DE LECTURA

Dr. Gustavo Bombini

© 2007, Ministerio de Educación, Ciencia y Tecnología de la Nación

Primera edición: Abril de 2007

Realización editorial:

Editorial Universitaria de Buenos Aires

Sociedad de Economía Mixta

Av. Rivadavia 1571/73 (1033) Ciudad de Buenos Aires

Tel.: 4383-8025 / Fax: 4383-2202

www.eudeba.com.ar

Foto de tapa: *Silvina Piaggio*

Diseño de tapa: *Estudio mtrés*

Diseño de interior: *Eudeba*

Impreso en la Argentina

Hecho el depósito que establece la ley 11.723.

Queremos agradecer al Centro Cultural Rector Ricardo Rojas de la Universidad de Buenos Aires por su compromiso con la educación pública al permitirnos reproducir íntegramente las publicaciones que le pertenecen y que constituyen parte de la presente antología.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su almacenamiento en un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, mecánico, fotocopias u otros métodos, sin el permiso previo del Editor.

Tres aventuras por el mundo del conocimiento

Una invitación a la lectura



MINISTERIO *de*
EDUCACIÓN
CIENCIA y TECNOLOGÍA
PRESIDENCIA *de la* NACIÓN

Caverna - Matrix

La alegoría de la caverna (Fragmento)

Platón, República, Libro VII

I. –Y ahora –proseguí– compara con el siguiente cuadro imaginario el estado de nuestra naturaleza según esté o no esclarecida por la educación. Representate a unos hombres encerrados en una especie de vivienda subterránea en forma de caverna, cuya entrada, abierta a la luz, se extiende en toda su longitud. Allí, desde su infancia, los hombres están encadenados por el cuello y por las piernas, de suerte que permanecen inmóviles y sólo pueden ver los objetos que tienen delante, pues las cadenas les impiden volver la cabeza. Detrás de ellos, a cierta distancia y a cierta altura, hay un fuego cuyo resplandor los alumbra, y entre ese fuego y los cautivos se extiende un camino escarpado, a lo largo del cual, imagina que se alza una tapia semejante al biombo que los titiriteros levantan entre ellos y los espectadores y por encima del cual exhiben sus fantoches.

–Imagino el cuadro –dijo.

–Figúrate además, a lo largo de la tapia, a unos hombres que llevan objetos de toda clase y que se elevan por encima de ella, objetos que representan, en piedra o en madera, figuras de hombres y animales y de mil formas diferentes. Y como es natural, entre los que los llevan, algunos conversan, otros pasan sin decir palabra.

–¡Extraño cuadro y extraños cautivos! –exclamó.

–Semejantes a nosotros –repliqué–. Y ante todo, ¿crees tú que en esa situación puedan ver, de sí mismos y de los que a su lado caminan, alguna otra cosa fuera de las sombras que se proyectan, al resplandor del fuego, sobre el fondo de la caverna expuesto a sus miradas?

–No –contestó–, porque están obligados a tener inmóvil la cabeza durante toda su vida.

—Y en cuanto a los objetos que transportan a sus espaldas, ¿podrán ver otra cosa que no sea su sombra?

—¿Qué más pueden ver?

—Y si pudieran hablar entre sí, ¿no juzgas que considerarían objetos reales las sombras que vieran?

—Necesariamente.

—¿Y qué pensarían si en el fondo de la prisión hubiera un eco que repitiera las palabras de los que pasan? ¿Crearían oír otra cosa que la voz de la sombra que desfila ante sus ojos?

—¡No, por Zeus! —exclamó.

—Es indudable —proseguí— que no tendrán por verdadera otra cosa que no sea la sombra de esos objetos artificiales.

—Es indudable —asintió.

—Considera ahora —proseguí— lo que naturalmente les sucedería si se los liberara de sus cadenas a la vez que se los curara de su ignorancia. Si a uno de esos cautivos se lo libra de sus cadenas y se lo obliga a ponerse súbitamente de pie, a volver la cabeza, a caminar, a mirar a la luz, todos esos movimientos le causarían dolor y el deslumbramiento le impedirá distinguir los objetos cuyas sombras veía momentos antes. ¿Qué habría de responder, entonces, si se le dijera que momentos antes sólo veía vanas sombras y que ahora, más cerca de la realidad y vuelta la mirada hacia objetos reales, goza de una visión verdadera? Supongamos, también, que al señalarle cada uno de los objetos que pasan, se le obligara, a fuerza de preguntas, a responder qué eran; ¿no piensas que quedaría perplejo y que aquello que antes veía habría de parecerle más verdadero que lo que ahora se le muestra?

—Mucho más verdadero —dijo.

II. —Y si se le obligara a mirar la luz misma del fuego, ¿no herirá ésta sus ojos? ¿No habrá de desviarlos para volverlos a las sombras, que puede contemplar sin dolor? ¿No las juzgará más nítidas que los objetos que se le muestran?

—Así es —dijo.

—Y en caso de que se lo arrancara por fuerza de la caverna —proseguí—, haciéndole subir por el áspero y escarpado sendero, y no se lo soltara hasta sacarlo a la luz del Sol, ¿no crees que lanzará quejas y gritos de cólera? Y al llegar a la luz, ¿podrán sus ojos deslumbrados distinguir uno siquiera de los objetos que nosotros llamamos verdaderos?

—Al principio, al menos, no podrá distinguirlos —contestó.

—Si no me engaño —proseguí—, necesitará acostumbrarse para ver los objetos de la región superior. Lo que más fácilmente distinguirá serán las sombras,

luego las imágenes de los hombres y de los demás objetos que se reflejan en las aguas y, por último, los objetos mismos; después, elevando sus miradas hacia la luz de los astros y de la luna, contemplará durante la noche las constelaciones y el firmamento más fácilmente que durante el día el Sol y el resplandor del Sol.

—Sin duda.

—Por último, creo yo, podría fijar su vista en el Sol, y sería capaz de contemplarlo, no sólo en las aguas o en otras superficies que lo reflejaran, sino tal cual es, y allí donde verdaderamente se encuentra.

—Necesariamente —dijo.

—Después de lo cual, reflexionando sobre el Sol, llegará a la conclusión de que éste produce las estaciones y los años, lo gobierna todo en el mundo visible y que, de una manera u otra, es la causa de cuanto veía en la caverna con sus compañeros de cautiverio.

—Es evidente —afirmó— que, después de sus experiencias llegaría a esas conclusiones.

—Si recordara entonces su antigua morada y el saber que allí se tiene, y pensara en sus compañeros de esclavitud, ¿no crees que se consideraría dichoso con el cambio y se compadecería de ellos?

—Seguramente.

—Y suponiendo que allí hubiese honores, alabanzas y recompensas establecidos entre sus moradores para premiar a quien discerniera con mayor agudeza las sombras errantes y recordara mejor cuáles pasaron primeras o últimas, o cuales marchaban juntas y que, por ello, fuese el más capaz de predecir su aparición, ¿piensas tú que nuestro hombre seguiría deseoso de aquellas distinciones y envidiaría a los colmados de honores y autoridad en la caverna? ¿O preferiría, acaso, como dice Homero, “trabajar la tierra al servicio de otro hombre sin patrimonio” y sufrirlo todo en el mundo antes que volver a juzgar las cosas como se juzgaba allí y vivir como allí se vivía?

—Yo, al menos —dijo—, creo que estaría dispuesto a sufrir cualquier situación antes que vivir de aquella manera.

—Y ahora considera lo siguiente —proseguí—: supongamos que ese hombre descende de nuevo a la caverna y va a sentarse en su antiguo lugar, ¿no quedarán sus ojos como cegados por las tinieblas al llegar bruscamente desde la luz del Sol?

—Desde luego —dijo.

—Y si cuando su vista se halla todavía nublada, antes de que sus ojos se adapten a la oscuridad —lo cual no exigen poco tiempo—, tuviera que competir con los que continuaron encadenados, dando su opinión sobre aquellas sombras, ¿no se expondrá a que se rían de él? ¿No le dirán que por haber subido

a las alturas ha perdido la vista y que ni siquiera vale la pena intentar el ascenso? Y si alguien ensayara libertarlos y conducirlos a la región de la luz, y ellos pudieran apoderarse de él y matarlo, ¿es que no lo matarían?

—Con toda seguridad —dijo.

III. —Pues bien —continué— ahí tienes, amigo Glaucón, la imagen precisa a que debemos ajustar, por comparación, lo que hemos dicho antes: el antro subterráneo es este mundo visible; el resplandor del fuego que lo ilumina es la luz del Sol; si en el cautivo que asciende a la región superior o la contempla te figuras el alma que se eleva al mundo inteligible, no te engañarás sobre mi pensamiento, puesto que deseas conocerlo, Dios sabrá si es verdadero; pero, en cuanto a mí, creo que las cosas son como acabo de exponer. En los últimos límites del mundo inteligible está la idea del bien, que se percibe con dificultad, pero que no podemos percibir sin llegar a la conclusión de que es la causa universal de cuanto existe de recto y de bueno; que en el mundo visible crea la luz y el astro que la dispensa; que en el mundo inteligible, engendra y procura la verdad y la inteligencia, y que, por lo tanto, debemos mantener fijos los ojos en ella para conducirnos sabiamente, tanto en la vida privada como en la pública.

Platón. *República*.

Traducción directa del griego de Antonio Camarero.
Buenos Aires, Eudeba, 1998 [24° edición]

Edipo

PERSONAJES

EDIPO - YOCASTA - CREONTE - TIRESIAS

MENSAJERO 1º - MENSAJERO 2º - SIERVO

CORIFEO - CORO

Edipo. —Mis hijos, generación nacida de aquel antiguo Cadmo, ¿por qué en mi presencia os sentáis en los altares con ramos de suplicantes? La ciudad está al tiempo inundada de perfumes, de cantos de peanes, de lamentos; no quiero oír de otros mensajeros que vosotros qué significa esto; por eso estoy aquí, yo, a quien todos llaman el glorioso Edipo. Mas ea, anciano, explícate, pues por tu edad debes hablar antes que éstos: ¿por qué estáis aquí? ¿Por miedo, o a implorar? ¡Habla sabiendo que yo quiero ayudaros en todo, porque sería insensible si no me apiadara de una súplica cual ésta!

Sacerdote. — Pues bien, Edipo, rey de mi patria, ves de qué edades tan dispares somos los que estamos sentados en tus altares: unos aún no tienen fuerza para un largo vuelo: otros somos sacerdotes ya torpes por la edad —yo lo soy de Zeus—; estos otros son los mejores de los jóvenes, y la restante multitud está sentada en las plazas con sus ramos de suplicantes, tanto junto a ambos templos de la diosa Palas como junto al altar de Apolo a orillas del Ismeno, altar de cenizas augurales. Que la ciudad, como tú mismo ves, sufre el embate de un fuerte temporal y no puede levantar su cabeza del fondo de sus olas de sangre. Perece en los frutos abortados de la tierra, perece en los rebaños de vacas y en los partos sin hijos de las mujeres; y, además, el dios que lleva el fuego, la peste odiosa, azota impetuoso a la ciudad y el negro Hades atesora lamentos y gemidos. No es por creerte igual a los dioses por lo que yo y estos jóvenes estamos sentados junto a los altares; pero sí el primero de los hombres en los azares de la vida y en la conciliación de los seres celestiales, pues que viniste a la ciudad de Tebas y nos libraste del tributo que pagábamos a la dura cantora; y esto sin habernos oído nada más que los otros ni haber sido instruido en el secreto, sino que con la ayuda de un dios se dice y cree que has enderezado nuestra vida. Pues bien, también ahora, ¡oh, Edipo glorioso

más que nadie a los ojos de todos!, todos los suplicantes te imploramos que nos encuentres una ayuda, ya sea que hayas oído una voz enviada por alguno de los dioses, ya que algo sepas por noticia de los hombres. Yo sé que los consejos de los hombres expertos obtienen mejor éxito. Ea, ¡oh, el mejor de los mortales!, haz erguirse de nuevo a esta ciudad; cuídate de tu fama: porque esta tierra te llama ahora su libertador por tu celo de antaño; y haz que jamás nos acordemos de tu reinado como de un tiempo en que nos pusimos en pie y luego caímos: ¡pon en pie a esta ciudad dejándola segura! En aquella ocasión nos diste la salud con un agüero favorable: ¡sé igual ahora con nosotros! Que si has de reinar sobre esta tierra de la que ahora eres señor, más bello es serlo estando poblada que desierta, pues nada es ni una ciudad fuerte ni una nave sin los hombres que la ocupan.

Edipo. — ¡Oh, hijos doloridos! Me es conocido y no desconocido aquello que buscáis; porque bien sé que sufrís todos y, sufriendo, no hay ninguno que sufra igual que yo. Vuestro dolor os llega a cada uno de por sí y a nadie más; pero mi alma llora por la ciudad, por mí y por ti a la vez. Por ello, no me habéis despertado de mi sueño; estad seguros de que he vertido muchas lágrimas y he recorrido muchos caminos en mi mente. Y el único remedio que he encontrado después de mirar mucho, ése le he puesto: he enviado a Creonte, mi cuñado, al templo de Apolo Pítico, a que inquiera qué he de hacer o decir para salvar a esta ciudad. Al calcular el tiempo transcurrido, estoy inquieto por lo que pueda hacer!; pues tarda más del tiempo necesario, fuera de toda previsión. Mas cuando llegue, seré yo un hombre vil si no hago todo cuanto revele el dios.

Sacerdote. — En momento oportuno lo dijiste, pues éstos me señalan a Creonte que llega.

Edipo. — ¡Señor Apolo, si viniera con una noticia salvadora al igual que sus ojos resplandecen!

Sacerdote. — A lo que se ve, viene con buenas nuevas; en otro caso no vendría así, con una corona de laurel.

Edipo. — Lo hemos de saber pronto; está a distancia para poder oír. Cuñado, hijo de Meneceo, ¿qué respuesta del dios vienes trayendo?

Creonte. — Buena; pues hasta las desdichas, si tienen un buen fin, se trocan en venturas.

Edipo. — ¿Mas cuál es la respuesta? Pues por lo que hasta ahora has dicho, no estoy ni confiado ni con miedo.

Creonte. — Si deseas oírla estando éstos delante, estoy dispuesto a hablar; e igual si quieres entrar dentro.

Edipo. — Habla ante todos; pues es por éstos más que por mí mismo por quienes tengo el duelo.

Creonte. — Voy a decir lo que escuché del dios. El rey Febo nos ha ordenado claramente expulsar del país a la impureza que, según dice, ha arraigado en él y a no dejarla que prospere incurable.

Edipo. — ¿Con qué rito? ¿Nuestra desgracia, en qué consiste?

Creonte. — Desterrando al culpable o vengando la muerte con la muerte, porque esta sangre es la que lleva el temporal a la ciudad.

Edipo. — ¿Y a la muerte de qué hombre se refiere?

Creonte. — Era en tiempos, señor, Layo el rey de esta tierra, antes de gobernar tú esta ciudad.

Edipo. — Lo sé de oídas; porque jamás le he visto.

Creonte. — Ahora nos manda castigar a los culpables de su muerte.

Edipo. — ¿Y dónde están? ¿Dónde se encontrará esta oscura huella de una antigua culpa?

Creonte. — Dijo que aquí. Lo que se busca es posible encontrarlo: en cambio, aquello de que nadie se preocupa nos pasa inadvertido.

Edipo. — ¿Fue en el palacio o fue en el campo en donde Layo halló la muerte? ¿O fue en tierra extranjera?

Creonte. — Marchó a visitar Delfos, según dijo, y ya no volvió a casa una vez que partió.

Edipo. — ¿Y no lo vio algún caminante, alguien que, de enterarnos de ello, nos hubiera ayudado?

Creonte. — Han muerto, salvo uno que huyó lleno de miedo y, fuera de una cosa, nada pudo decir a ciencia cierta de lo que vio.

Edipo. — ¿Qué cosa? Pues una cosa podría ser el camino para enterarnos de otras muchas si halláramos un breve comienzo de esperanza.

Creonte. — Dijo que unos bandidos, saliéndole al encuentro, lo mataron, no un hombre solo, sino una multitud.

Edipo. — ¿Y cómo el bandolero, si no se tramó algo desde aquí con ayuda de dinero, habría llegado a tanta audacia?

Creonte. — En esto se pensó; pero después que murió Layo, no hubo, en nuestro infortunio, nadie para salir en su defensa.

Edipo. — ¿Y cuál fue ese infortunio que estorbó, cuando el trono cayó de esta manera, que ello se descubriera?

Creonte. — La esfinge, la cantora de enigmas, nos forzaba a cuidarnos de lo más inmediato, dejando lo dudoso.

Edipo. — Voy a aclararlo todo desde el comienzo mismo. Febo con toda la razón, tú con razón, os cuidasteis del muerto; y, como es justo, me hallaréis como aliado, defendiendo a esta tierra y al dios al mismo tiempo. No es en defensa de amigos alejados, sino en la de mí mismo, como esta mancha he de

limpiar. Quienquiera fuese el que a Layo dio muerte, podría quererme dar la muerte con su mano culpable. Ayudándole a él, a mí mismo me ayudo. Ea, de prisa, hijos, levantaos recogiendo esos ramos suplicantes. Que alguien reúna aquí al pueblo de Tebas, porque ningún recurso he de dejar: o seremos dichosos con ayuda del dios, o caeremos.

Sacerdote. — Hijos míos, levantémonos, pues vinimos aquí en busca de las cosas que Edipo nos promete. Y Febo, que ha enviado esta respuesta de su oráculo, venga cual salvador y acabe con la peste.

Coro.

Estrofa 1.

De Zeus dulce voz, ¿cuál has llegado desde el áureo Delfos a la gloriosa Tebas? Me torturo, tiembla de miedo el angustiado corazón, Apolo Delio, salvador.

Temo a causa de ti: ¿qué cosa nueva envías, o repetida con los años?

Dilo, hija de la áurea Esperanza, Fama inmortal.

Antistrofa 1.

Te invoco la primera, hija de Zeus, Atenea inmortal; luego a nuestra patrona, a Artemis, sentada en su trono glorioso de la plaza; y a Febo el flechador.

Venid, debeladores de la muerte.

Si amenazando antaño la desgracia

Desterrasteis la llama del dolor, venid también ahora.

Estrofa 2.

¡Ay! Sufro dolores incontables.

Todo mi pueblo se halla enfermo, ni hay lanza del ingenio con la cual defenderse. Ni los frutos

maduran de la tierra, ni los partos

compensan el dolor de las mujeres:

a uno tras otro puedes ver lanzarse, como a un pájaro alado, más rápido que el fuego incontenible

hacia la orilla del sombrío dios.

Antistrofa 2.

La ciudad muere en número infinito;

propagando la peste, yacen sus hijos en el suelo

sin piedad; y las viudas y las madres

con sus canas, lloran en los altares

por doquier, suplicando en sus dolores:

brilla el peán, brilla la voz que gime en unión de la flauta;

tú por ello, dorada hija de Zeus,
envíanos tu ayuda sonriente.

Estrofa 3.

Y que Ares, el violento, que ahora sin bronce de las armas
me hace arder, atacándome entre gritos,
se aleje a la carrera de mi patria
y que el viento le lleve, al Océano,
vasta morada del Anfitrita,
o al puerto hostil al extranjero,
a las olas de Tracia;
pues si la noche algo no acaba
viene el día detrás a terminarlo;
a este dios, ¡oh, señor
del relámpago ígneo,
padre Zeus, aniquílale al fin bajo tu rayo!

Antistrofa 3.

Rey Licio, Apolo, quisiera que tus flechas indomables
volaran desde él oro de tu arco
cual protectoras nuestras, y con ellas
de Artemis las antorchas, con las cuales
va a la carrera por los montes.
Y llamo al dios de la áurea banda
que da nombre al país,
a Baco llamo de faz roja:
¡que con las ménades viniendo
se acerque con el fuego
de un pino envuelto en llamas,
aliado contra el dios que está maldito de los dioses!

Edipo. — Pide; y lo que pides, si es que quieres, oyendo mis palabras, escucharlas y remediar la peste, recibirás: ayuda y alivio en tus desgracias. Son palabras de un hombre que es ajeno a lo que se dijo o sucedió; no podría llegar lejos rastreando si no tuviera algún indicio. Ahora, como soy ciudadano entre los ciudadanos desde una fecha más reciente, proclamo ante todos los tebanos lo siguiente: el que de entre vosotros sepa a manos de quién murió Layo, el hijo de Lábdaco, a ése le ordeno darme cuenta de todo; si tiene miedo, que se anticipe en acusarse a sí mismo: ningún otro castigo sufrirá fuera de irse, sin ser tocado, de esta tierra. Y si hoy sabe que el criminal es un extraño de otra ciudad, que no se calle: yo le daré la recompensa y además

tendrá mi gratitud. En cambio, si calláis y alguno, por temor, no cumple mi orden denunciando a su amigo, o a sí mismo, lo que he de hacer entonces, oíd de mí. Prohíbo que a este hombre, sea quienquiera, nadie en este país cuyo gobierno y trono rijo le dé acogida ni le hable ni haga en su compañía ofrendas o plegarias a los dioses o le dé agua lustral; échenle fuera todos de sus casas, pues es para nosotros una mancha: el oráculo pítico de Apolo acaba de decírmelo. Tal aliado soy para el rey muerto y para el dios de Delfos; y maldigo al culpable, sea uno o alguien en compañía de varios: ¡que ese infame pierda en forma infame su vida miserable! ¡Pido para mí mismo, si llega a entrar en mi palacio con mi conocimiento, que sufra yo la maldición que a éstos he lanzado! ¡Yo os ordeno que cumpláis todo esto en interés de mí, del dios y de esta tierra arruinada así, sin frutos, sin ayuda de los dioses! Porque aunque el crimen no hubiera sido recordado por el dios, no era normal que lo dejaseis sin limpiar, habiendo muerto un hombre noble, un rey, sino, al contrario, que lo investigaseis hasta el fin. Y ahora, pues que tengo el poder que él tuvo un tiempo, tengo su lecho y la mujer que ambos hicimos nuestra, e hijos comunes nos habrían nacido —si no se hubiera malogrado su progenie—, mas la fortuna se ha abatido contra su cabeza; por todo ello yo le presto mi alianza, como lo haría con mi padre, y llegaré a todos los extremos tratando de encontrar al asesino para vengar al hijo de Lábdaco, de Polidoro, del viejo Cadmo y del más viejo Agenor, ¡a Layo! ¡Pido a los dioses que para aquellos que no cumplan mis palabras, no hagan crecer las mieses de la tierra, ni nacer los hijos de sus mujeres, sino que mueran con la muerte que ahora sufren y aun una peor! A los otros tebanos a quienes place todo esto, ¡ojalá la Justicia aliada y todos los demás dioses os escuchen de por siempre!

Corifeo. — Obligado por tus imprecaciones, voy, señor, a contestarte. Ni he matado ni puedo mostrarte al matador. En cuanto a esa búsqueda, correspondía a Febo, que la ha dirigido, decir quién fue el culpable.

Edipo. — Es justo lo que has dicho; pero ningún hombre podría obligar a los dioses a aquello que no quieren.

Corifeo. — Voy a decir lo que, en segundo lugar, me parece mejor.

Edipo. — Aunque sea lo mejor en tercer término, no dejes de decirlo.

Corifeo. — Sé que Tiresias es quien, antes que nadie, ve lo mismo que el rey Apolo; si investigáramos el caso con su ayuda, sería la mejor forma de aclararlo.

Edipo. — Tampoco he dejado esto sin hacer. A instancias de Creonte le he enviado dos mensajeros: debían haber llegado ya hace tiempo.

Corifeo. — Fuera de este remedio, en verdad, lo demás son palabras ya apagadas y lejanas.

Edipo. — ¿Cuáles? Yo quiero investigar toda palabra.

Corifeo — Se dijo que murió a manos de unos caminantes.

Edipo. — También yo lo he oído; mas nadie sabe de quien esto vio.

Corifeo. — Si sabe lo que es miedo, no seguirá callado después de oír tus maldiciones.

Edipo. — Al que al obrar no tiene miedo, una palabra no le atemoriza.

Corifeo. Hay quien puede ponerlo al descubierto. Aquí nos traen ya al divino profeta; sólo a él entre los hombres le es innata la verdad.

Edipo. — ¡Tú que todo lo sabes, oh, Tiresias, lo que puede decirse y lo secreto, lo que pasa en el cielo y en la tierra! Esta ciudad, aunque no ves, tú sabes, sin embargo, qué enfermedad padece; eres el solo protector, el solo salvador, señor, que le encontramos. Pues Febo, si no lo oíste ya a mis mensajeros, esta respuesta dio a nuestra pregunta: solamente vendrá el fin de este mal si, descubriendo a los asesinos de Layo, los matamos o fuera de esta tierra los expulsamos desterrados. Tú, pues, no calles la respuesta de las aves ni otro camino alguno de la adivinación; y sálvate a ti mismo, y a la ciudad, y sálvame y aleja toda la impureza nacida de la víctima. En tus manos estamos: ¡que un hombre ayude a otros en lo que puede y es capaz, es la más noble de todas las acciones!

Tiresias. — ¡Ay, ay, cuán terrible es saber algo cuando no paga los gastos al que sabe! Yo sé esto muy bien, más lo he olvidado; en otro caso, no habría venido aquí.

Edipo. — ¿Qué ocurre? ¡Con qué desánimo has llegado!

Tiresias. — Déjame ir a mi casa; mucho mejor así tú y yo soportaremos nuestra vida, si me haces caso.

Edipo. — No has dicho cosa justa ni que pruebe tu amor a esta ciudad, que te ha criado, al denegarle la respuesta.

Tiresias. — Es que veo que no pronuncias tus palabras con oportunidad para ti mismo; no quiero que me pase a mí lo propio.

Edipo. — Por los dioses, si lo sabes, no te niegues; te lo pedimos todos estos suplicantes.,

Tiresias. — Es que no lo sabéis; mas no hay cuidado de que yo revele mis desdichas... por no decir las tuyas.

Edipo. — ¿Qué dices? ¿Sabiéndolo, no vas a hablar, sino que piensas traicionarnos y arruinar la ciudad?

Tiresias. — Ni a mí ni a ti quiero causar dolor. ¿Por qué en vano me preguntas esto? De mí no vas a conocerlo.

Edipo. — ¿No vas, vil entre viles —hasta a una piedra harías airarse—, no vas jamás a hablar? ¿Vas a mostrarte así, insensible, inútil?

Tiresias. — Censuras mi manera de ser; pero no ves la tuya, la que mora contigo; en cambio, me criticas.

Edipo. — ¿Y quién sería capaz de no indignarse oyendo esas palabras con que tú ahora haces ultraje a la ciudad?

Tiresias. — Son cosas que vendrán, aunque yo las envuelva en mi silencio.

Edipo. — Pues bien, si han de venir, tú debes revelármelas.

Tiresias. — No quiero decir más. Ante esto, si te place, áirate con la cólera más fiera.

Edipo. — Ninguna cosa he de callar, según estoy de airado, de las que ya comprendo. Sabe que me parece haber tramado el crimen y haberlo ejecutado, salvo que no has matado con tu mano; y si pudieras ver, habría dicho que el crimen había sido de ti solo.

Tiresias. — ¿De verdad? Te requiero a que cumplas la proclama que has lanzado: ¡desde este día no nos hables ni a éstos ni a mí, pues eres tú el impío que contamina a este país!

Edipo. — ¿Tan impúdicamente lanzaste estas palabras? ¿Dónde piensas huir de esto que has hecho?

Tiresias. — Estoy ya a salvo: llevo en mí la verdad, ésta es mi fuerza.

Edipo. — ¿Y de quién la aprendiste? Sin duda, de nadie de tu oficio.

Tiresias. — De ti; tú me forzaste a hablar, mal de mi grado.

Edipo. — ¿Qué palabra? Dila de nuevo, para enterarme así mejor.

Tiresias. — ¿No me entendiste? ¿O quieres sonsacarme con tu charla?

Edipo. — No te he entendido en forma que quedara enterado. Habla de nuevo.

Tiresias. — Digo que eres el asesino, ése a quien buscas.

Edipo. — No te reirás si dices dos veces esa infamia.

Tiresias. — ¿Qué más he de decir, para que más te encolerices?

Edipo. — Tú di lo que deseas, pues será dicho en vano.

Tiresias. — Digo que no advertiste que tenías un trato infame con los más queridos ni ves adónde llega tu desgracia.

Edipo. — ¿Crees que vas a decir siempre esto sin lágrimas?

Tiresias. — Sí, sí es que tiene fuerza la verdad.

Edipo. — La tiene, pero no para ti; no existe para ti porque eres ciego de los oídos, del pensamiento y de los ojos.

Tiresias. — Y tú eres desgraciado por censurarme cosas que ninguno de éstos dejará de censurarte muy en breve.

Edipo. — Te envuelve eterna noche; ni a mí ni a ningún otro que vea la luz puedes causarnos daño.

Tiresias. — No es tu destino caer víctima de mí; Apolo es suficiente, a cuyo cargo está llevar esto adelante.

Edipo. — ¿Es tuya o de Creonte esta maquinación?

Tiresias. — No es Creonte ningún mal para tí; pues lo eres tú para tí mismo.

Edipo. — ¡Oh, riqueza y poder y astucia que triunfa de la astucia en las querellas de la vida, cuán grande envidia atesoráis si por esta realeza que la ciudad me dio como un regalo, que no la pedí yo, por ella Creonte el fiel, el amigo de siempre, me ataca con insidias y desea destronarme lanzándome este brujo, este tramposo, este embustero charlatán, que tiene vista sólo para el lucro, pero es ciego en su arte! Ea, dime, vamos; ¿en qué ocasión te has revelado adivino veraz? ¿Por qué, cuando la perra cantora estaba aquí, no dijiste a estos ciudadanos ninguna palabra salvadora? En verdad, explicar el enigma no era una empresa de cualquiera, sino que requería arte adivinatoria; y no se vio que la tuvieses ni sacada del vuelo de las aves ni revelada por alguno de los dioses; fui yo el que hubo de ir, Edipo, el que nada sabía, y la hice callar, hallando la respuesta por mí mismo y no aprendiéndola del vuelo de las aves. ¡Yo, a quien tú intentas destronar, esperando estar cerca del trono de Creonte! Veo que tú y el que ha tramado todo esto vais a expulsar al hombre impuro con llanto propio; y si no viera que eres un anciano, aprenderías a tu costa de qué clase es tu ciencia.

Corifeo. — Edipo, según nuestra opinión, lo mismo sus palabras que las tuyas fueron dichas con ira. No son estas palabras las que resultan necesarias, sino buscar cómo mejor descifraremos el oráculo del dios.

Tiresias. — Aunque tú eres el rey, he de tener igual derecho, al menos, a darte igual respuesta; esto lo puedo yo también. Porque no vivo como esclavo tuyo, sino de Apolo; así, no voy a empadronarme con Creonte por patrono.

Te digo yo, ya que tú como a ciego me injuriaste: teniendo vista, tú no ves a qué punto has llegado de desgracia, ni dónde moras, ni con quiénes vives. ¿Sabes de quiénes has nacido? ¿No te das cuenta de que eres enemigo de los tuyos, de los muertos y los vivos? La doble maldición de pie implacable de tu madre y tu padre ha de expulsarte un día de esta tierra, un día en el que tú, que tienes ahora vista, sólo veas las tinieblas. De tu clamor, ¿qué valle del Citerón no será puerto, qué valle no hará eco cuando te enteres de la boda a la que dentro de tu casa navegaste — a un puerto que no es puerto — encontrando bonanza? Ni ves la multitud de otras infamias que te harán el igual de tu otro yo y tus hijos. ¡Después de esto, injuria a Creonte y a mi lengua; pues no hay mortal alguno que vaya a ser nunca aplastado en una forma más infame!

Edipo. — ¿Es tolerable oír de éste tales cosas? ¿No te irás a la ruina? ¿No más rápido? ¿No darás media vuelta y te irás de este palacio?

Tiresias. — No habría venido, si no me hubieras convocado.

Edipo. — Ignoraba que hubieras de decir palabras insensatas; jamás en ese caso te habría hecho venir a mi palacio.

Tiresias. — Yo soy, según tú crees, un insensato; pero para los padres que te dieron el ser, un hombre sabio.

Edipo. — ¿Cuáles? Espera. ¿Quién me ha engendrado a mí de los mortales?

Tiresias. — Este día mostrará tu nacimiento y causará tu ruina.

Edipo. — Por demás enigmático y oscuro es lo que dices.

Tiresias. — ¿No naciste el más hábil en descifrar enigmas?

Edipo. — Injúriame en las cosas en que el más grande me hallarás.

Tiresias. — Y, sin embargo, es este azar el que te ha perdido.

Edipo. — Si he salvado con ello a esta ciudad, nada me importa.

Tiresias. — Me marchó, pues; llévame, niño.

Edipo. — Que se lo lleve; aquí presente, estorbas y molestas, mientras que, yéndote, no vas a darme más dolor.

Tiresias — Me voy diciendo aquello por que vine, sin tener miedo de tu rostro; pues no puedes causarme mal alguno. Yo te digo: ese hombre al que buscas hace tiempo amenazando y lanzando proclamas sobre la muerte del rey Layo, está aquí: pasa por extranjero aquí asentado, mas, pronto se verá que ha nacido tebano y no se alegrará de esa fortuna: ciego en vez de vidente, mendigo en vez de rico, recorrerá tierras extrañas tanteando, el suelo ante sí con un bastón; verán todos que es al mismo tiempo padre y hermano de los hijos con quien vive, hijo y esposo de la mujer de que nació y heredero del lecho y asesino de su padre. Penetra en el palacio y reflexiona sobre esto; y si descubres que he mentado, puedes afirmar ya que ignoro el arte de la profecía.

Coro.

Estrofa 1.

¿Quién es el que la roca profética de Delfos
dice que ha hecho la infamia con sus manos sangrientas?

Hora es de que en la fuga

tenga un pie más veloz que los corceles

al viento semejantes;

pues armado de fuego y de relámpagos

de Zeus el hijo contra él se lanza, y detrás de él caminan

los Hados implacables.

Antistrofa 1.

Ha brillado en la altura nevada del Parnaso

una voz: ¡que todos busquen al desconocido.

Camina por el bosque

salvaje, por las cuevas y las rocas,
a un toro semejante,
triste y solo en su marcha sola y triste;
de sí alejar pretende los oráculos
de Delfos; pero siempre
vuelan en torno.

Estrofa 2.

El sabio augur me causa terrible turbación.
Ni apruebo ni deniego; no sé lo que decir.
Vuelo en presentimientos, mas ignoro el presente y el futuro.
Pues qué querella había entre los Labdácidas
y él hijo de Pólipo, ni antes ni ahora sé,
querella en que apoyarme para alzarme
contra el nombre de Edipo entre el pueblo de Tebas
y vengar una muerte no aclarada.

Antístrofa 2.

Son sabios Zeus y Apolo y no ignoran las cosas
de los mortales; pero que valga un adivino
más que yo, no es sentencia verdadera: la ciencia con su ciencia
un varón es capaz de superar.
Antes de tener pruebas no escucho a los que acusan.
Pues la virgen alada contra Edipo
lanzóse un día y se le vio sabio y amigo:
jamás le acusaré de ningún crimen.

Creonte. — Ciudadanos, al enterarme de que el rey Edipo me hace objeto de acusaciones graves, me he presentado aquí, desesperado. Pues si en los infortunios actuales cree haber sufrido de mi parte, o en palabras o en obras, algo que le haga mal, no tengo yo deseo de una vida dilatada si ha de decirse esto de mí. Porque esta mala fama no es para mí un único castigo, sino uno muy grande, al ser llamado infame en la ciudad e infame por ti mismo y mis amigos.

Corifeo. — Sí; mas quizá esta injuria pudo venir bajo el imperio de la ira más que del pensamiento de la mente.

Creonte. — ¿Lo que se dijo fue que persuadí yo al adivino a pronunciar palabras embusteras?

Corifeo. — Esto es lo que se dijo, no sé con qué intención.

Creonte. — ¿Y con ojos serenos y mente no turbada se lanzó contra mí esa acusación?

Corifeo. — No sé; no tengo ojos para lo que hace el soberano. Mas héle aquí que sale del palacio.

Edipo. — ¿Cómo has venido aquí? ¿O llega a tanto tu impudor que te has llegado a mi palacio, tú que eres mi asesino claramente y el ladrón descarado de mi trono? Ea, di, por los dioses: ¿fue al ver en mí locura o cobardía cuando te decidiste a obrar así? ¿O es que pensaste que no iba a descubrir tu plan, que me atacaba con engaños, o que, si me enteraba, no me iba a defender? ¿Y no ves que tu intento era insensato, perseguir sin ayuda del pueblo ni de amigos la realeza, que solo rinden el número y el oro?

Creonte. — ¿Sabes lo que has de hacer? En respuesta a tus palabras, óyeme un tiempo igual; luego juzga tú mismo, una vez enterado.

Edipo. — Tú eres hábil para hablar y yo muy poco para comprenderte, pues te he encontrado hostil y mal intencionado para mí.

Creonte. — Escúchame primero mi explicación de esto.

Edipo. — No vayas a decirme que no eres un villano.

Creonte. — Si piensas que el orgullo sin razón es algún bien, no juzgas bien.

Edipo. — Si piensas que insidiando a un hombre de tu sangre no sufrirás castigo, no juzgas bien.

Creonte. — De acuerdo con que has dicho cosa justa. Ahora, instrúyeme del daño que dices que has sufrido.

Edipo. — ¿Me persuadiste o no me persuadiste de que debía enviar a alguien a buscar a ese... sabio adivino?

Creonte. — Y continuo pensando de igual modo.

Edipo. — ¿Cuánto hace que Layo...

Creonte. — ¿Hizo qué cosa? No veo tu intención.

Edipo. — ...sufrió muerte violenta?

Creonte. — Habría que calcular un largo tiempo; es una fecha antigua.

Edipo. — ¿Ejercía entonces su arte ese adivino?

Creonte. — Igual era de sabio, igual le honraban.

Edipo. — ¿Hizo mención de mí en aquellas fechas?

Creonte. — Jamás, al menos ante mí.

Edipo. — ¿E hicisteis pesquisas sobre el crimen?

Creonte. — Hicimos, ¿cómo no? Mas nada oímos.

Edipo. — ¿Y cómo es que ese sabio no dijo nada entonces?

Creonte. — No sé; pues sobre lo que ignoro prefiero estar callado.

Edipo. — Al menos sabes una cosa y la dirás, pues que me estimas.

Creonte. — ¿Cuál? Que si yo la sé, no he de negarla.

Edipo. — Que si no se hubiera unido a ti, jamás habría dicho que yo asesiné a Layo.

Creonte. — Si afirma eso, tú lo sabrás; por mi parte, quiero aprender de ti tanto cual tú de mí.

Edipo. — Aprende lo que quieras; no será hallado culpable de una muerte.

Creonte. — Dime: ¿estás casado con mi hermana?

Edipo. — No puedo denegar lo que preguntas.

Creonte. — ¿Gobiernas el país igual que ella, dándole igual poder?

Edipo. — Todo lo que desea, lo consigue de mí.

Creonte. — ¿Y no es cierto que, como un tercero, soy igual que vosotros?

Edipo. — Por esto mismo has resultado un amigo traidor.

Creonte. — No, si reflexionas como lo hago yo. Mira primero esto. ¿Crees que alguien prefiera ser rey entre temores a reinar sin temblar, teniendo igual poder? No es mi naturaleza la de querer ser rey en vez de poseer poder real; ni la de nadie que sea un hombre cuerdo. Ahora, de ti lo obtengo todo sin sentir miedo; si, en cambio, gobernara yo mismo, habría de hacer mil cosas contra mi voluntad. ¿Cómo me iba a ser más agradable la realeza que un mando sin pesares y el poder? No estoy tan engañado que desee otra cosa que lo que es a un tiempo honroso y útil. Ahora, todos me desean prosperidad y todos me saludan; ahora, todos los que te necesitan, a mí me buscan, porque de mí depende su esperanza. ¿Cómo iba yo a coger aquello y dejar esto? Una cabeza que bien piensa no admite la traición. Ni siento esa ambición ni iría al lado de alguien que obrara así. Como prueba de esto, ve a Delfos y pregunta si he anunciado exactamente la respuesta; o, si hallas que he tramado alguna cosa en unión del adivino, no me mates con un voto solamente, sino con dos: el mío y el tuyo. Pero no me acuses con sólo una sospecha incierta; pues no es justo juzgar hombres de bien a los malvados o, al contrario, malvados a los hombres de bien. Y el apartar de sí a un fiel amigo es igual, yo lo afirmo, que quitarse la vida, lo que más ama cada uno. Con el paso del tiempo aprenderás bien esto, pues es el tiempo el único que muestra al hombre justo, mientras que al malo en un único día podrías reconocerle.

Corifeo. — Bien ha hablado, señor, para uno que procure no caer; porque los hombres de decisiones rápidas no son seguros.

Edipo. — Cuando el que ataca con insidias marcha rápido, también yo debo decidir con rapidez. Si me quedo inactivo, los planes de éste serán ya hechos, y los míos, fracasos.

Creonte. — ¿Y cuál es tu deseo? ¿Desterrarme?

Edipo. — En modo alguno: tu muerte, no tu destierro, es lo que quiero, a fin de que sirvas de ejemplo de qué cosa es la envidia.

Creonte. — ¿Hablas como hombre que no cede ni me cree?

Edipo. — Tampoco cedés tú ante mí.

Creonte. — Es que veo que no razones con cordura.

Edipo. — Sí, en lo que me concierne.

Creonte. — Debías hacerlo igual en lo que a mí me atañe.

Edipo. — Es que eres un malvado.

Creonte. — ¿Y si no entiendes nada?

Edipo. — Me debes obediencia en todo caso.

Creonte. — No, si gobiernas mal.

Edipo. — ¡Oh, Tebas, Tebas!

Creonte. — También a mí, no sólo a ti, me importa Tebas porque veo que aquí, oportuna, viene Yocasta a vuestro encuentro, con cuya ayuda deberías poner fin a esta disputa.

Yocasta. — Desgraciados, ¿por qué habéis comenzado esta loca disputa? ¿No os da vergüenza, cuando así sufre Tebas, de remover cuestiones vuestras? ¿No entrarás en palacio, y tú, Creonte, en tu casa, evitando agrandar una cosa pequeña?

Creonte. — Hermana, Edipo, tu marido, cree justo castigarme cruelmente, habiendo decidido o expulsarme de la patria o darme muerte.

Edipo. — Estoy de acuerdo; le he sorprendido, esposa mía, atentando contra mí con malas artes.

Creonte. — Que no saque provecho, sino muera maldito, si he hecho contra ti algo de lo que dices.

Yocasta. — Cree esto, Edipo, por los dioses, respetando ante todo su imprecación y luego a mí y a estos que se encuentran ante ti.

Coro.

Estrofa 1.

Corifeo. — Créelo de grado, reflexiona, señor, lo ruego.

Edipo. — ¿En qué quieres que ceda?

Corifeo. — Escucha al que antes no era un necio; ahora su juramento le hace grande.

Edipo. — ¿Conoces lo que quieres?

Corifeo. — Lo conozco.

Edipo. — Explícame qué dices.

Corifeo. — No expulses al amigo que ha jurado, por una culpa oscura, deshonrado.

Edipo. — Sábelo bien: cuando esto pides, pides la muerte o el destierro para mí.

Estrofa 2.

Corifeo. — No, por el más alto de los dioses,
el Sol; muera sin dioses, sin amigos,
si éste es mi sentir.

Pero mi patria que perece, angustia
mi alma desgraciada si se añaden infortunios recientes a los viejos.

Edipo. — Váyase, pues, aunque sea yo el que haya de morir o de ser desterrado sin honor de esta tierra. Son tus palabras doloridas, no las tuyas, las que yo compadezco; dondequiera que esté, allí he de odiarle.

Creonte. — Cediendo, eres rencoroso; hiriente, cuando te excedes en tu ira. Estas naturalezas son, con justicia, las más molestas de llevar para sí mismas.

Edipo. — Déjame y vete.

Creonte. — Me iré; te he encontrado obcecado, pero para éstos soy el mismo.

Antístrofa 1.

Corifeo. — ¿A qué esperas, señora, para hacerle entrar dentro?

Yocasta. — A ver qué ha sucedido.

Corifeo. — Surgió una sospecha no segura; y también causa herida la injusticia.

Yocasta. — ¿Los dos se disputaron?

Corifeo. — Sí, mi reina.

Yocasta. — Mas ¿de qué se trataba?

Corifeo. — Ya, es bastante, cuando sufre mi patria, que allí donde acabó, allí se quede.

Edipo. — ¿Ves, siendo un hombre cuerdo, a dó has llegado calmando y refrenando, mi coraje?

Antístrofa 2.

Corifeo:

Mi rey, lo he dicho muchas veces ya.

Sabe que sería un loco, sin sentido de la razón, si te quitara el trono a ti, que enviaste un viento favorable a mi patria sin rumbo en la desdicha,, y ahora puedes ser su buen piloto.

Yocasta. — Dime también a mí, señor, por qué motivo te has airado tanto,

Edipo. — Te lo diré, porque te estimo, esposa mía, más que a estos otros: por Creonte y los planes que ha urdido contra mí.

Yocasta. — Habla, si tienes pruebas para acusarle de dar motivo a la querrela.

Edipo. — Dice que soy yo quien mató a Layo.

Yocasta. — ¿Sabíéndolo por sí o enterado por otro?

Edipo. — Enviando a un adivino miserable; pues, por sí mismo, no dice una palabra.

Yocasta. — Desentiéndete, Edipo, de las cosas que dices y entérate de que no hay ciencia humana que tenga el don de la adivinación. Te voy a dar la prueba brevemente. Una vez le llegó un oráculo a Layo —no diré del propio

Febo, pero sí al menos de sus servidores— diciendo que era su destino morir a manos del hijo que nacería de mí y de él. Pero a él, según fama, unos hombres extranjeros le dieron muerte en una encrucijada de caminos, y desde el nacimiento de su hijo no pasaron tres días, cuando Layo, atándole los pies, hizo que le arrojaran a un monte inaccesible. Así, Apolo no dejó que el niño fuera asesino de su padre ni tampoco que Layo, cual temiera, muriera a manos de su hijo. Estos fueron los avisos del oráculo, de los cuales no debes tú cuidarte; pues aquello que un dios considera necesario, lo saca él mismo fácilmente a la luz.

Edipo. — ¡Qué inquietud del alma, qué turbación me ha sobrevenido, esposa mía, al escucharte ahora!

Yocasta. — ¿Qué pensamiento te ha alterado para hablar así?

Edipo. — Me ha parecido oírte que el rey Layo fue asesinado en un encuentro de caminos.

Yocasta. — Así se dijo entonces y no ha dejado de decirse.

Edipo. — ¿Y dónde está el lugar en que ello sucedió?

Yocasta. — El país se llama Fócide; allí se juntan los caminos de Delfos y de Daulis.

Edipo. — ¿Cuánto hace que ocurrió?

Yocasta. — Poco antes de alcanzar tú el trono de Tebas fue anunciado esto a la ciudad.

Edipo. — ¡Oh, Zeus! ¿Qué has decidido hacer conmigo?

Yocasta. — ¿Qué es esto, Edipo, qué te viene a la memoria?

Edipo. — No me preguntes todavía. ¿Qué aspecto tenía Layo, qué edad?

Yocasta. — Era alto y hacía poco le habían nacido canas; su aspecto no difería mucho del tuyo.

Edipo. — Desgraciado de mí; me parece que me he dado cuenta hace un momento de que contra mí mismo profería terribles maldiciones.

Yocasta. — ¿Cómo dices? Tiemblo al mirarte, rey.

Edipo. — Terrible desánimo me invade, no sea vidente el adivino. Pero mejor me lo harás ver si me dices una cosa.

Yocasta. — Tengo miedo, pero responderé a lo que preguntes.

Edipo. — ¿Marchaba solo o con escolta numerosa, como un rey?

Yocasta. — Cinco eran en total, entre ellos un heraldo; solo había un coche, el que llevaba a Layo.

Edipo. — ¡Ay, esto ya está claro! ¿Mas quién era, señora, el que hizo este relato?

Yocasta. — Un esclavo, el solo que se salvó y volvió.

Edipo. — ¿Está ahora en el palacio?

Yocasta. — No en verdad; cuando llegó de allí y vio que tú tenías el poder y Layo estaba muerto, me suplicó, tomándome la mano, que le enviara al

campo como pastor de los rebaños, para estar lo más lejos de la vista de Tebas. Yo le envié, pues era digno, para ser un esclavo, de obtener este favor y otro más grande.

Edipo. — ¿Cómo podría venir a toda prisa?

Yocasta. — Es fácil, ¿mas por qué lo deseas?

Edipo. — Temo, señora, haber hablado demasiado; por eso quiero verlo.

Yocasta. — Bien, vendrá; pero también yo soy merecedora, rey, de saber la inquietud que hay en ti.

Edipo. — No te he de privar de ello, una vez que he llegado a este presentimiento. ¿Pues a quién hablaría mejor que a **ti** en este trance? Era mi padre Pólipo, el corintio, y Mérope mi madre, de la Dóride. Yo era considerado como el primero de los ciudadanos hasta que me ocurrió un suceso digno de admiración, si bien no del calor que puse en él. Un hombre ebrio me dijo en un banquete que yo no era hijo verdadero de mi padre. Yo, vejado, apenas me contuve; y al otro día fui a mis padres y les hice la pregunta; y ellos se dolieron de la ofensa del que dejó escapar aquella afirmación. Yo me alegré por ellos, pero aquello me escocía continuamente; pues me llegó a lo vivo. A escondidas de mi padre y de mi madre, me encaminé hacia Delfos; y Febo, a lo que preguntaba, nada me respondió, mas reveló otras cosas llenas de miseria, de horror y de dolor: que yo debía unirme con mi madre y haría nacer hijos cuya vista los hombres no podrían soportar y había de ser el asesino de mi padre. Cuando esto oí, huí de Corinto guiándome por las estrellas, adonde jamás viera cumplirse la vergüenza de mi oráculo. Andando, llegué a aquellos lugares en que dices que murió vuestro rey. Voy a decirte la verdad, señora. Cuando llegaba cerca de aquella encrucijada vi que hacia mí venían un heraldo y un hombre que montaba en un coche de potros cual tú dices; y el que venía delante y el anciano mismo quisieron apartarme por la fuerza del camino. Yo golpeé con irá al que me echaba fuera, al cochero, y al verlo el viejo, aguardando a que pasara, me clavó desde el coche su aguijón de dos púas en mitad de la cabeza. No sufrió igual castigo, pues al punto le golpeé con mi bastón y, rodando del coche, cayó en el suelo boca arriba. Luego di muerte a los demás. Si aquel extranjero tiene que ver algo con Layo, ¿quién es más desdichado que yo? ¿Quién más odiado por los hombres? Sea extranjero o sea ciudadano, nadie puede en su casa recibirme, ni dirigirme la palabra, sino que deben expulsarme de su casa. Y nadie más que yo fue el que me lancé estas maldiciones. Y el lecho del muerto lo mancho con mis manos, por las que él murió. ¿No soy un vil y un hombre impuro? Puesto que he de huir y en mi destierro no he de ver a los míos ni pisar en mi patria o, en otro caso, he de casarme con mi madre y he de matar a Pólipo, que me engendró y crió. ¿No se podría decir que todo esto ha sido maquinado contra mí por un dios lleno de crueldad?

¡Que no vea yo, oh dioses puros, venerables, que no vea yo ese día, sino desaparezca de la vista de los hombres antes de ver que cae sobre mí una tal mancha de infortunio!

Corifeo. — Todo esto, rey, nos causa miedo; pero en tanto te enteres bien escuchando al testigo, ten esperanza.

Edipo. — Esto solo me queda de esperanza, aguardar al pastor.

Yocasta. — Y cuando se presente, ¿qué pretendes hacer?

Edipo. — Te lo voy a decir; si dice igual que tú, habré escapado del desastre.

Yocasta. — ¿Qué oíste que llame tu atención?

Edipo. — Dijiste que afirmó que unos bandidos le mataron. Si dice aún igual número, no le matado yo; pues uno solo no puede ser igual a muchos. Pero si habla de un hombre solitario, no hay duda de que el crimen es mío.

Yocasta. — Está seguro de que su relato fue en esos términos y no le es ya posible retirarlo; la ciudad toda ha oído esto, no solo yo. Pero si se desdice de su antiguo relato, en todo caso no probará que la muerte de Layo sucediera conforme a la respuesta del oráculo, puesto que Apolo dijo que había de morir a manos de mi hijo. Y, sin embargo, no fue aquel infortunado quien le dio muerte, sino que él mismo murió antes. Por tanto, en lo que toca a los oráculos, no me interesa si dicen una cosa o contraria luego.

Edipo. — Dices bien. Sin embargo, manda a alguien que busque al siervo y no descuides este asunto.

Yocasta. — Lo mandaré en seguida; mas vamos al palacio: nada quiero hacer yo contra tu gusto.

Coro.

Estrofa 1.

Ojalá fuera mi destino
la pureza piadosa en las palabras
y en las acciones todas, cuyas leyes
sublimes han nacido
en el éter celeste, cuyo padre
es el Olimpo solo; que la raza
mortal de los humanos
no las dio a luz; nunca el olvido las dormirá;
hay en ellas un dios que no envejece.

Antistrofa 1.

Orgullo engendra tiranía;
el orgullo se saca con exceso
de lo que no es prudente ni oportuno;
escala las almenas

y se lanza al peligro del abismo
en el que no es de utilidad su pie.
Mas la rivalidad
que a la ciudad da honra, Dios la conserve siempre.
Siempre a Dios tendré por protector.

Estrofa 2.

Mas si alguien con sus manos o palabras procede con desprecio,
sin miedo a la Justicia
ni respeto a los dioses,
destino infame le sorprenda
por su orgullo perverso.
Si no gana en justicia su ganancia y se aleja a sí mismo de lo impío,
o si toca soberbio lo que es santo,
¿qué hombre que haga esto podrá jamás jactarse
de huir las flechas de los dioses?
Pues si esos crímenes reciben honra,
¿a qué danzar mi danza sacra?

Antistrofa 2.

Ya no iré reverente al inviolable ombligo de la tierra,
Delfos, ni al templo de Abas,
ni tampoco iré a Olimpia
si esto no queda desvelado
a los ojos mortales.
Mas, ¡oh señor!, si así te invoco bien,
Zeus siempre rey, no escape a tu mirada
ni a tu imperio inmortal.
Pues perecen los viejos oráculos de Layo
y ya los miran como vanos;
se acaba el culto de los dioses.

Yocasta. — Nobles de Tebas, me ha venido el pensamiento de visitar los templos de los dioses, portadora de ramos suplicantes y de ofrendas de incienso; pues Edipo deja a su corazón agitarse en exceso con toda clase de aflicciones; y no interpreta los sucesos nuevos con ayuda de los viejos, como un hombre prudente, sino que está merced de cualquiera que hable, si habla cosas terribles. Como con mis consejos nada logro. Apolo Licio, suplicante — pues eres el más próximo— con estos símbolos, a fin de que nos busques una liberación de la impureza; que ahora tememos todos, al ver al rey temblando, al igual que se tiembla cuando se ve temblar al piloto de la nave.

Mensajero. — ¿Podrías decirme, oh extranjeros, dónde está el palacio de Edipo? O, mejor, decidme dónde se encuentra él, si lo sabéis.

Corifeo — Este es, extranjero, y él se halla dentro; ésta es la madre de sus hijos.

Mensajero. — Sea feliz y felices los suyos, si en verdad es su legítima esposa.

Yocasta. — E igual tú, extranjero, pues eres digno de ello por tu cortesía. Mas di por qué has venido y qué deseas anunciar.

Mensajero. — Cosas buenas, señora, para tu casa y tu marido.

Yocasta. — ¿Cuáles? ¿Y de quién vienes?

Mensajero. — De Corinto. Lo que voy a decir te alegrará —¿cómo no sería así?—, pero quizás te apene.

Yocasta. — ¿Qué es? ¿Cómo tiene esa doble cualidad?

Mensajero. — Los habitantes del país del Istmo van a hacerlo su rey, según se decía allí.

Yocasta. — ¿Cómo? ¿No continúa en el trono el viejo Pólipo?

Mensajero. — No, pues la muerte le ha llevado al sepulcro.

Yocasta. — ¿Qué has dicho? ¿Murió Pólipo, anciano?

Mensajero. — Si no hablo la verdad, me someto a morir.

Yocasta. — Esclava, entra al punto y di esto al rey. Oráculos divinos, ¿dónde estáis? ¡De miedo de matarle se ha desterrado Edipo; y ahora ha muerto a manos del azar y no a las suyas!

Edipo. — ¡Oh, Yocasta, mi querida mujer! ¿Para qué me has llamado del palacio?

Yocasta. — Oye a este hombre y mira, tras oírle, adónde han ido los sagrados oráculos del dios.

Edipo. — ¿Quién es y qué me dice?

Yocasta. — Es de Corinto; ha venido a anunciarte que ya no existe Pólipo, tu padre, sino que ha muerto.

Edipo. — ¿Qué dices, viejo? Explícate tú mismo.

Mensajero. — Si debo anunciar esto lo primero, sabe que aquél ha muerto.

Edipo. — ¿Víctima de traición o enfermedad?

Mensajero. — Un leve contratiempo es suficiente para que muera un viejo.

Edipo. — Según parece, murió de enfermedad.

Mensajero. — Y de los muchos años que tenía.

Edipo. — ¡Ay! ¿Cómo podría uno hacer caso del altar de Febo el adivino, o de las aves que cantan en el cielo, según las cuales yo debía dar muerte a mi padre? Muerto, está envuelto en la tierra; y yo aquí, en Tebas, no he tocado la espada; si es que no ha muerto de dolor por mi ausencia; así, quizá, habrá muerto por mi causa. En fin, ya yace Pólipo en la casa de Hades, llevándose consigo los antiguos oráculos, que valían bien poco.

Yocasta. — ¿No te decía yo esto hace ya tiempo?

Edipo. — Sí lo decías, pero yo me extraviaba por el miedo.

Yocasta. — No te cuides ahora de nada de estas cosas.

Edipo. — ¿Y cómo no temer al lecho de mi madre?

Yocasta. — ¿Por qué ha de estar sujeto a miedo el hombre, que es gobernado por los casos del azar y no tiene presencia clara de ninguna cosa? Mejor es vivir a la ventura, como cada uno pueda. Tú no temas a la boda con tu madre; son muchos los que en sueños se han unido a su madre. El que a estas cosas no da valor, vive más fácilmente.

Edipo. — Esto estaría bien dicho si no viviera ya mi madre; pero, puesto que vive, es fuerza, aunque hables bien, temer.

Yocasta. — Pero la muerte de tu padre es un gran signo de esperanza.

Edipo. — Grande, lo reconozco; mas me da miedo el que ella viva.

Mensajero. — ¿Por qué mujer teméis?

Yocasta. — Por Mérope, ¡oh anciano!, que era esposa de Pólipo.

Mensajero. — ¿Y qué hay en ella que os dé miedo?

Yocasta. — Un cruel oráculo divino, extranjero.

Mensajero. — ¿Puede decirse? ¿O no está permitido que lo sepa otro?

Edipo. — Sí lo está; me dijo Apolo en otro tiempo que había de unirme con mi madre y verter con mis manos la sangre de mi padre. Por eso ha muchos años que vivo lejos de Corinto; con fortuna, en verdad, mas, sin embargo, es lo más dulce el contemplar los ojos de los padres.

Mensajero. — ¿Por miedo a esto vives en el destierro?

Edipo. — Para no ser, anciano, el asesino de mi padre.

Mensajero. — ¿Por qué? ¿No te he librado ya de ese miedo, oh rey, pues he venido como amigo?

Edipo. — En verdad, tendrías de mí la gratitud que ello merece.

Mensajero. — Para eso vine sobre todo: para que al regresar tú a casa sacara algún provecho.

Edipo. — Jamás iré a reunirme con mis padres.

Mensajero. — Hijo, veo que no sabes lo que haces...

Edipo. — ¿Por qué, anciano? Dímelo, por los dioses.

Mensajero. — ...si por eso no quieres ir a casa.

Edipo. — Es por miedo a que Febo sea verídico.

Mensajero. — ¿A cometer un crimen con tus padres?

Edipo. — Esto es, anciano, esto es lo que me aterra siempre.

Mensajero. — ¿Sabes que no tienes razón para temer a nada?

Edipo. — ¿Cómo no he de tenerla, si he nacido de estos padres?

Mensajero. — Pólipo no tenía ninguna relación con tu familia.

Edipo. — ¿Cómo dijiste? ¿No fue Pólipo mi padre?

Mensajero. — No más que yo: igual.

Edipo. — ¿Cómo el que me engendró va a serlo igual que el que no es nada?

Mensajero. — Ni aquel ni yo te hemos engendrado.

Edipo. — Entonces, ¿por qué me llamó hijo?

Mensajero. — Te recibió, sábelo bien, cual un presente de mis manos.

Edipo. — ¿Y recibíendome de mano extraño, me amó luego en tal grado?

Mensajero. — Su falta de hijos fue lo que le movió.

Edipo. — ¿Me habías comprado o hallado por azar?

Mensajero. — Te había encontrado en los repliegues de los valles del Citerón.

Edipo. — ¿Y por qué recorrías aquellos sitios?

Mensajero. — Apacentaba los rebaños en los montes.

Edipo. — ¿Eras pastor, un hombre errante que trabaja por jornal?

Mensajero. — Pero también tu salvador, mi hijo, en aquel tiempo.

Edipo. — ¿Y qué dolor sufría cuando me tomaste en brazos?

Mensajero. — Tus tobillos podrían atestiguarlo.

Edipo. — ¡Ay de mí! ¿Por qué me hablas de esa vieja miseria?

Mensajero. — Te liberé: tenías atravesados los tobillos.

Edipo. — Fue un cruel ultraje el que saqué de mis pañales,

Mensajero. — Tanto, que de este caso recibiste tu nombre

Edipo. — ¿Quién me infirió el ultraje? ¿Fue mi padre o mi madre? Dímelo, por los dioses.

Mensajero. — No sé; el que te entregó a mí lo conoce mejor.

Edipo. — ¿Me recibiste de otro y no me hallaste por azar?

Mensajero. — No; otro pastor te entregó a mí.

Edipo. — ¿Quién fue? ¿Sabes decírmelo?

Mensajero. — Decían que era uno de los siervos de Layo.

Edipo. — ¿Del que era antiguamente el rey de este país?

Mensajero. — El mismo; un pastor de él.

Edipo. — ¿Y está aún vivo para poder yo verle?

Mensajero. — Vosotros, los de aquí; sois quienes podéis mejor saberlo.

Edipo. — ¿Existe alguno de los aquí presentes que conozca al pastor de que habla, de haberle visto en el campo o aquí? Decidlo, que es el momento de que esto se descubra.

Corifeo. — Creo que no es otro que aquel hombre del campo que antes quisiste ver; pero Yocasta, aquí presente, es quien mejor podrá decírtelo.

Edipo. — ¿Señora, te acuerdas de aquel hombre que hace poco queríamos que viniera? ¿Habla de él éste?

Yocasta. — ¿Qué importa de quién habla? No te cuides de ello. No te acuerdes siquiera, vanamente, de las cosas que ha dicho.

Edipo. — No puede ser que yo, conociendo estos indicios, deje de descubrir mi origen.

Yocasta. — Por los dioses, si te importa algo de tu vida, no investigues nada de esto; bastante es mi desgracia.

Edipo. — Ten valor: aunque resulte ser esclavo tres veces, hijo de tres generaciones de esclavos, no por eso serás tú mal nacida.

Yocasta. — Sin embargo, hazme caso, te lo ruego; no hagas eso.

Edipo. — No haré caso en dejar de averiguarlo.

Yocasta. — Te lo digo porque sé lo que más te conviene.

Edipo. — Lo que más me conviene me es causa de dolor hace ya tiempo.

Yocasta. — ¡Desgraciado! ¡Ojalá no llegues a saber quién eres!

Edipo. — Que vaya uno y me traiga a ese pastor. A ésta, dejadla que disfrute con su estirpe adinerada.

Yocasta. — ¡Ay, desgraciado! Pues esto sólo puedo yo llamarte y nada más ya nunca.

Corifeo. — ¿Por qué ha marchado, Edipo, la mujer, dominada por un dolor violento? Tengo miedo de que de este silencio nazcan males.

Edipo. — Que nazcan los que quieran; yo quiero conocer mi estirpe, aunque sea miserable. Esta sin duda, orgullosa cual mujer, tiene vergüenza de mi bajo nacimiento. Yo, en cambio, me considero hijo de la Fortuna benévola y no recibiré ningún desdoro. Ella es mi madre; y los meses, mis hermanos, me han hecho ya pequeño, ya grande. Tal nací y no he de hacerme diferente; así que no hay motivo para no averiguar mi nacimiento.

Coro.

Esírofa 1.

Si adivino soy yo y de mente sabia,
no dejará, por el Olimpo,
de darte honor, ¡oh Citerón!, Edipo,
la luna llena de mañana, pues de él eres a un tiempo patria, nodriza y madre.
Te cantará mi coro, pues a mis reyes eres grato.
¡Oh Febo salvador, todo esto de tu agrado sea!

Antístrofa 1.

¿Quién, niño, te dio a luz de entre las ninfas,
unida al dios de las montañas,
al padre Pan? ¿O acaso fue una amante
de Apolo, que recorre todos los altos pastizales?
Quizá el dios de Cilene
o Baco, que en las cumbres mora, de alguna de las ninfas
del Helicón, sus compañeras, te acepté cual presente.

Edipo. — Si yo, que no le he conocido nunca, puedo conjeturarlo, creo ver al pastor que hace tiempo buscamos. Su gran vejez resulta acorde con la de este mensajero; además, reconozco a los que le conducen como criados míos; mas quizá tú tengas ventaja para reconocerle, pues que viste, otras veces al pastor.

Corifeo. — Le reconozco, está seguro; era un fiel pastor de Layo, tanto como el que más.

Edipo. — Te pregunto, extranjero de Corinto: ¿te refieres a éste?

Mensajero. — Sí; a éste que ves.

Edipo. — Mírame y contesta, anciano, lo que yo te pregunto. ¿Eres de Layo?

Siervo. — Sí; era un esclavo no comprado, sino criado en casa.

Edipo. — ¿Y de qué te ocupabas o cuál era tu vida?

Siervo. — La mayor parte de mi vida fui pastor.

Edipo. — ¿Y qué lugares frecuentabas más?

Siervo. — Ya el Citerón, ya sus cercanías.

Edipo. — ¿No conoces a éste de haberle visto allí?

Siervo. — ¿Qué hacía? ¿A qué hombre te refieres?

Edipo. — ¿A éste aquí presente; ¿le encontraste alguna vez?

Siervo. — No; al menos, no puedo asegurarlo de prisa y de memoria.

Mensajero. — Nada tiene de extraño, señor, pero yo le haré acordarse claramente, aunque no me reconozca.

Pues bien sé que se acuerda de cuando yo era su vecino en el Citerón seis meses, desde la primavera hasta el otoño; yo tenía dos rebaños y él uno; en invierno, llevaba a mis rebaños a mi aprisco y él al de Layo. ¿Hay algo de esto que no sea verdad?

Siervo. — Dices verdades, aunque del tiempo antiguo.

Mensajero. — Di ahora: ¿recuerdas que me diste un niño a fin de que lo criara como hijo?

Siervo. — ¿Qué es esto? ¿Por qué me lo preguntas?

Mensajero. — Este es, amigo, el que entonces era un niño.

Siervo. — ¿No te irás a la ruina? ¿No callarás?

Edipo. — No le reprendas, viejo; son tus palabras más que las suyas las que merecen reprensión.

Siervo. — ¿En qué yerro, mi querido señor?

Edipo. — No hablando de aquel niño por el que te pregunta.

Siervo. — Es que habla sin saber; pero se esfuerza en vano.

Edipo. — Veo que no hablarás por complacernos; lo habrás de hacer llorando.

Siervo. — No me des el tormento, soy un viejo!

Edipo. — ¡De prisa! ¡Que uno le ate las manos!

Siervo. — ¡Miserable de mí! ¿Por qué? ¿Qué deseas saber?

- Edipo. — ¿Le diste el niño por el que pregunta?
Siervo. — Sí, se lo di; ¡ojalá hubiera muerto yo aquel día!
Edipo. — Ya te llegará eso, si no me dices la verdad.
Siervo. — Mucho más moriré si te la digo.
Edipo. — Este hombre nos está haciendo perder tiempo.
Siervo. — No es verdad; ya dije que lo di.
Edipo. — ¿Y de dónde te vino? ¿Era hijo tuyo o alguien te lo dio?
Siervo. — No era mío; lo recibí de alguien.
Edipo. — ¿De qué tebano? ¿De qué casa?
Siervo. — Por los dioses, señor, no me preguntes más,
Edipo. — Date por muerto, si me haces repetir esa pregunta.
Siervo. — Era un hijo... de la casa de Layo.
Edipo. — ¿Un esclavo? ¿O uno de su familia?
Siervo. — ¡Ay! ¡Estoy ante lo más horrible de decir!
Edipo. — Y yo de oír. Pero hay que oírlo, sin embargo.
Siervo. — Decían que era su hijo; pero tu mujer, que está ahí dentro, podría decir mejor si ello es así.
Edipo. — ¿Te lo dio ella?
Siervo. — Sí, rey.
Edipo. — ¿Y para qué?
Siervo. — Para matarle.
Edipo. — ¿Su hijo, la desgraciada?
Siervo. — Por miedo a oráculos infaustos.
Edipo. — ¿Cuáles?
Siervo. — Se dijo que mataría a su padre
Edipo. — ¿Y por qué se lo diste tú a este viejo?
Siervo. — Fue por piedad, señor, esperando que le llevara a otro país, al suyo; pero él le ha salvado para un destino infausto. Pues si eres ése de quien habla, sabe que has nacido infortunado.
Edipo. — ¡Dolor por mí! Todo está claro. ¡Oh, luz, ésta es la última vez que quiero verte, pues que todos han visto que he nacido de los que no debía, he tenido trato con los que no debía y que he matado a los que no debía!

Coro.

Estrofa 1

Generaciones de los hombres,
cómo os juzgo viviendo una vida que no es vida!
¿Pues quién, qué hombre obtiene
mayor felicidad
que la sola apariencia

y, luego ya, la muerte?
Delante de tu ejemplo y tu destino,
el tuyo, Edipo infortunado, a ningún hombre
considero feliz.

Antistrofa 1.

Él, más certero que ninguno,
lanzó su flecha y se hizo dueño de la más próspera
fortuna,
¡oh Zeus!, dando muerte
a la virgen con garras,
la cantora de enigmas, y la muerte de Tebas,
cual muralla, alejó. Tú desde entonces
eres rey nuestro y recibiste honor rigiendo a
Tebas gloriosa.

Estrofa 2.

Ahora, en cambio, ¿quién más triste que tú?
¿Quién en más infortunio, en más dolores
en el reverso de tu vida?
Dolor por el glorioso Edipo,
a quien un vasto puerto
ha bastado él solo
como hijo y como padre, ¡como esposo!
¿Cómo el campo sembrado por tu padre te pudo soportar
tanto tiempo en silencio, desgraciado?

Antistrofa 2.

Te ha descubierto el Tiempo omnividente;
ha juzgado a la boda que no es boda en que uno
mismo es padre e hijo,
Dolor por tí, hijo de Layo.
¡Ojalá, ojalá nunca
te hubiera visto yo!
Es cual canto de duelo el que yo lanzo
de mi boca. Pues, por decir lo justo, tú me diste el
descanso, a ti debí el poder dormir mis ojos.

Mensajero 2º. — ¡Oh vosotros, los que más honra recibís en esta tierra,
qué cosas vais a oír, cuáles a ver, qué duelo no tendréis si aún, como tebanos,
os importa la familia de Lábdaco! Pues yo creo que ni el Istro ni el Fasis
pueden purificar este palacio de los horrores que ahora guarda ni de los que

mostrará a la luz, horrores voluntarios y no involuntarios. De las desgracias, son las que duelen más las de libre elección.

Corifeo. — Lo que ya conocíamos, no dejaba de merecer lamentación. A ello, ¿qué añades?

Mensajero 2º. — Para decirlo y que te enteres de la Forma más breve; ha muerto nuestra reina Yocasta.

Corifeo — ¡Infortunada! ¿Por qué causa?

Mensajero 2º — A manos de sí misma. De lo que sucedió, lo más penoso os falta, pues no lo contempláis. Con todo, en lo que alcanza mi memoria, te contaré la muerte de aquella desgraciada. Cuando, fuera de sí, atravesó el vestíbulo, marchó derecha a su lecho de esposa, arrancándose el cabello con los dedos de sus manos; y cuando entró, cerrando la puerta con violencia, invocó al viejo Layo, ahora un cadáver, y recordó su antigua unión por la cual él murió y dejó a la madre procreación infausta para sus propios hijos. Lloraba por su lecho, donde, dos veces desgraciada, dio a luz de un marido otro marido, e hijos de hijos. Cómo murió tras esto, no lo sé; entonces irrumpió gritando Edipo y por su causa no me fue posible contemplar la muerte de ella, sino que dirigimos las miradas a él, que iba de un lado a otro. Iba y venía reclamando una espada y preguntando dónde estaba su madre, doble campo en que nacieron él y sus hijos. Alguno de los dioses se la mostró al rey enloquecido; ninguno de los hombres que estábamos allí. Con un grito salvaje, cual si alguien le guiara, se lanzó contra la puerta de dos hojas y, arrancando los goznes de sus quicios, penetró en la alcoba; allí vimos ahorcada a su mujer, sujeta de una soga oscilante. Al verla, con un grito de horror soltó la soga suspendida. Y cuando la infeliz yació en el suelo, fue terrible de ver lo que vino después. Quitó del vestido de ella un broche de oro con el que lo prendía, se hirió los ojos en sus cuencas gritando de este modo: que así no le verían los males que sufrió ni los que hizo, y que, en adelante, él vería en las tinieblas a los que no debía ver y no conocería a los que buscaba conocer. Con esta imprecación, alzó la mano y golpeó sus ojos; y sus globos sangrientos mancharon sus mejillas. No dejaban correr gotas de sangre húmedas, sino que, a un tiempo, negra lluvia sangrienta, cual granizo, se derramó. Estos horrores han nacido de dos, no de uno solo; son comunes al marido y su esposa. Su antigua dicha era en un tiempo dicha verdadera; pero ahora en este día llanto, castigo, muerte, infamia, todos los nombres de los males, ninguno falta.

Corifeo. — ¿Y ahora, el desgraciado descansa de su mal?

Mensajero 2º — Nos pide abrir las puertas, nos pide que mostremos a los tebanos todos al parricida, al de su madre... —no puedo repetir esa palabra impura—; dice que va a desterrarse y que no se quedará maldito en el palacio, bajo su propia maldición. Mas necesita de alguien que le guíe: su mal no puede

soportarse. Te lo hará ver a ti; se abren las puertas del palacio y vas a contemplar un espectáculo tal, que aun aquel que le odiara tendría piedad por él.

Corifeo. — ¡Oh infortunio de contemplar terrible,

de cuantos yo he encontrado el más terrible!

¿Qué locura ha hecho presa, oh desgraciado,

de tí? ¿Cuál es el dios que ha dado un salto

mayor que los más largos y ha caído

en tu destino infortunado!

¡Ay de ti, desgraciado!

No puedo ni mirarte, aun deseando

más cosas inquirir y preguntar,

más cosas ver.

Tal es el miedo que me causas,

Edipo. — ¡Ay, ay, oh, oh, desgraciado de mí!

¿Adónde voy el mísero? ¿Adónde

vuela mi voz llevada por el aire?

¡Destino mío, dónde has llegado!

Corifeo. — A algo terrible, que no se puede oír ni ver.

Estrofa 1.

Edipo. — ¡Ay de la oscuridad

nube mía que estremece,

que me envuelve indecible, invencible;

traída por viento de dolor!

¡Ay, ay!

¡Ay otra vez! ¡Cuál me atraviesa a un mismo tiempo

el dolor de la herida y el terrible recuerdo!

Corifeo. — Nada de extraño tiene que en estos infortunios llores dobles dolores y sufras dobles males.

Antistrofa 1.

Edipo. — ¡Ay, ay, amigo mío!

Tú eres aún mi amigo fiel, pues todavía

te quedas a mi lado y te cuidas de mí.

¡Ay, ay!

No te me ocultas, pues que conozco claramente,

aunque ahora yo esté ciego, por lo menos tu voz.

Corifeo. — Hiciste algo terrible. ¿Cómo osaste tus ojos así apagar? ¿Cuál de los dioses te incitó?

Estrofa 2.

Edipo. — Fue Apolo, amigos míos, fue Apolo el que estos males, estos mis males trajo, estos mis sufrimientos. Mas nadie hirió mis ojos más que yo,

el desgraciado. ¿Por qué debía ver yo, que nada dulce ver podría con mi mirada?

Corifeo. — Así era cual tú dices.

Edipo. — ¿A quién podría yo ver o amar u oír con placer cuando me hablara, amigos?

Llevadme cuanto antes de aquí lejos,
llevadme, mis amigos, pues soy el gran culpable,
el más maldito soy y, además, por los dioses
el más odiado de los hombres.

Corifeo. — ¡Triste de ti, pues que conoces tu infortunio! ¡Cómo hubiera querido no haberte conocido!

Antistrofa 2.

Edipo. — Muriera el que quitó la cruel atadura
de mis pies en el monte y así de aquella muerte
me libró y me salvó. Favor que no agradezco.
Si hubiera muerto entonces,
no sería un tal dolor para mí y mis amigos.

Corifeo. — Eso hubiese querido.

Edipo. — No habría sido asesino
de mi padre, ni esposo
de la que me dio el ser.

Ahora soy un maldito de los dioses,
hijo de madre impura y esposo de mi madre.
Y si hay un infortunio que sea mayor que otro,
a Edipo en suerte ése ha tocado.

Corifeo. — No puedo yo decirte que obraras cuerdamente, pues te sería mejor no ser que vivir ciego.

Edipo. — No me enseñes que no es lo mejor esto que he hecho ni me des más consejos. Porque no sé con qué ojos mirando hubiera contemplado a mi padre, cuando, muriendo, llegase a la mansión de Hades, ni tampoco a mi madre desdichada, pues con ambos he realizado crímenes que no se pagan con la horca. ¿Y acaso era deseable la vista de mis hijos, nacidos cual nacieron? No con mis ojos; ni la ciudad, ni sus murallas, ni las estatuas de los dioses; de todas estas cosas yo, el más noble de los hijos de Tebas, me he privado a mí mismo al decir yo mismo que todos se apartaran del impío, del que los dioses han declarado impuro y de la raza de Layo. Tras dejar ver en mí esta mancha, ¿podría mirarlos de frente con mis ojos? Jamás; y si pudiera cerrarse la fuente del oír, que fluye en los oídos, no hubiera yo dejado de cerrar a ella mi cuerpo a fin de convertirme en ciego y sordo; pues es dulce que el pensamiento viva apartado de los males. ¡Oh Citerón! ¿Por qué me

recibiste? ¿Por qué no me mataste al punto, a fin de no mostrar ante los hombres de quién había nacido? ¡Oh Pólipo y Corinto, y el que decían viejo palacio de mis padres, cuál me criasteis: una bella apariencia que ocultaba, como una cicatriz cerrada en falso, cosas infaustas! Ahora soy un impuro hijo de impuros. ¡Oh encrucijada, valle oculto, encinar, angostura del camino que bebisteis la sangre de mi padre, la mía, de mis manos!

¿Recordáis acaso qué cosas hice ante vosotros y cuáles hice luego aquí viniendo? Oh boda, boda, me diste el ser y luego me diste hijos a mí y diste a luz padres, hermanos, hijos, sangre de familia, desposadas, mujeres, madres y cuántas cosas más vergonzosas tienen lugar entre los hombres! Mas no está bien decir lo que no lo está hacer; llevadme fuera, por los dioses, y escondedme o matadme o arrojadme a la mar, allí donde no volváis a verme. Acercaos, dignaos tocar a un hombre desgraciado; prestadme oído, no temáis, pues mis desgracias ninguno de los hombres, salvo yo, puede sufrirlas.

Corifeo. — Con oportunidad respecto a lo que pides, aquí llega Creonte para obrar y resolver, pues él solo ha quedado cual guardián del país en tu lugar.

Edipo. — ¡Ay! ¿Qué palabras le diré? ¿Qué podré hacer para inspirarle confianza? Porque antes he resultado injusto en todo contra él.

Creonte. — Edipo, no he venido a mofarme de ti, ni tampoco a injuriarte por tus faltas. Pero si no tenéis respeto a los hijos de los hombres, reverenciad al menos la llama del rey Helios, que todo lo alimenta; no dejéis ver así, al descubierto, a este ser impuro, pues ni la tierra, ni la lluvia sagrada, ni la luz le sufren. Metedle presto en el palacio; pues solo la familia puede, sin faltar a la piedad, ver y escuchar los males de los suyos.

Edipo. — Por los dioses, puesto que me has quitado mi temor viniendo, tú el más noble, a mí, el más vil, concédeme una gracia; pues es en tu favor, no en el mío.

Creonte. — ¿Qué quieres obtener de mí?

Edipo. — Échame pronto del país, donde no pueda hablarme ninguno de los hombres.

Creonte. — Lo hubiera hecho ya, sábelo bien, si no quisiera preguntar al dios qué debe hacerse.

Edipo. — Ya se nos dijo su respuesta: que pereciese el parricida, yo, el hombre impuro.

Creonte. — Así se dijo; sin embargo, en esta situación, es preferible preguntarle qué hay que hacer.

Edipo. — Así, ¿vais a pedirle una respuesta sobre un infortunado como yo?

Creonte. — Sí; tú ahora creerás al dios, seguramente.

Edipo. — Sí; y te encomiendo y te suplico que entierres en la forma que quieras a la que está en la casa; pues con justicia puedes disponer el entierro

de los tuyos. En cuanto a mí, jamás esta ciudad, cuna de mi familia, me cuente entre sus habitantes; deja que viva en las montañas, donde está el Citerón que llaman mío, que mi madre y mi padre me destinaron en vida cual mi tumba, para que muera según la voluntad de los que quisieron darme muerte. Mas, sin embargo, estoy seguro de esto: de que jamás pudo darme la muerte ni una enfermedad ni otra cosa alguna; pues habría muerto y no me habría salvado para una suerte tan cruel. Mas ea, cúmplase mi destino, sea cualquiera. De mis hijos varones no te cuides, Creonte; son hombres, de forma que no carecerán, dondequiera que estén, de recursos de vida. Cuídame, en cambio, de mis pobres niñas; jamás mi mesa, en la comida, ha estado sin ellas; y cuanto yo tocaba, de ello tenían su parte. Déjame que las toque con mis manos y lllore mi desdicha. ¡Ea, rey, ea, noble de nacimiento! Si las toco con las manos, creeré tenerlas, como cuando veía. ¿Qué digo? ¿No escucho a mis niñas queridas que lloran y Creonte, por piedad, me envió a las más queridas de entre mis hijos? ¿Digo verdad?

Creonte. — La dices; yo he dispuesto esto así, conociendo el placer que tendrías, el que tuviste siempre.

Edipo. — Que seas feliz y que en este camino te guarde un dios mejor que el que me guardó a mí. ¿Dónde estáis, hijas mías? Llegaos a mí, venid a éstas mis manos hermanas vuestras, que os han hecho el presente de que veáis así estos ojos, antes brillantes, del padre que os dio el ser; del que, mis hijas, sin verlo ni saberlo, he resultado padre vuestro e hijo de vuestra madre. Mi llanto es por vosotras —no puedo veros—; pienso en el resto de vuestra vida amarga, la que los hombres os harán vivir. ¿A qué reunión con las otras mujeres, a qué fiestas iréis de donde no volváis llenas de lágrimas en lugar de enteraros y ver? Y cuando os llegue el tiempo de la boda, ¿quién será él? ¿Quién va a desafiar tales infamias, ruina para mis hijos y los vuestros? Pues ¿qué desgracia falta? Vuestro padre dio muerte al suyo; y tuvo hijos de aquella que le dio a luz y os engendró en aquella de la que él nació. Tales infamias os echarán en cara: ¿quién será el que se case con vosotras? No existe, hijas; sino que, sin duda, os espera morir solteras y sin boda. ¡Hijo de Meneceo, puesto que eres el solo padre que les queda, pues nosotros, sus padres, hemos muerto, no dejes que marchen al azar como mendigas, sin marido, ellas que son de tu familia! ¡No las iguales a mi miseria! ¡Compadécete de ellas al verlas aún niñas sin ayuda de nadie salvo tú! ¡Dime que sí, Creonte generoso, ofreciéndome tu mano! A vosotras, mis niñas, si tuvierais ya discernimiento, yo os daría muchos consejos; pero ahora, haced conmigo esta plegaria: vivir donde el azar os lleve y encontrar mejor vida que el padre que os dio el ser.

Creonte. — Ya son bastantes lágrimas; entra dentro.

Edipo. — Fuerza es obedecer, aunque no lo deseo.

Creonte. — Todo es bueno en su tiempo.

Edipo. — ¿Sabéis a qué precio entraré?

Creonte. — Dilo, y entonces lo sabré.

Edipo. — Al del destierro.

Creonte. — Me pides algo que depende del dios.

Edipo. — Yo soy el más odiado por los dioses.

Creonte. — Bien; lo conseguirás.

Edipo. — ¿Dices que sí?

Creonte. — Lo que no pienso no acostumbro decirlo.

Edipo. — Llévame ya.

Creonte. — Echa a andar; suelta a las niñas.

Edipo. — No me las quites.

Creonte. — No quieras tener poder en todo; pues que las cosas en que lo tuviste no te han seguido a lo largo de la vida.

Coro.

Habitantes de Tebas, mirad: éste es Edipo.

Descifrador de enigmas y hombre el más poderoso,
todos a su fortuna miraban con envidia.

¡Ved ahora a qué ola llegado ha de infortunio!

No juzguéis, pues, dichoso a otro mortal alguno
que no haya aún contemplado aquel último día
en tanto no termine su vida sin dolor.

(Trad. de Francisco Rodríguez Adrados.)

El oficio del historiador:

Entre Sherlock Holmes y Sigmund Freud

¿Puede la Historia aspirar a conformar un paradigma epistemológico que reúna las condiciones de rigor y precisión que habitualmente se asocian con la construcción de conocimiento científico? ¿Puede la historia aspirar a convertirse en una ciencia? La pregunta adquiere una importancia fundamental, por cuanto esta disciplina posee características que la diferencian radicalmente de todas las otras ciencias naturales y aun de la mayor parte de las otras ciencias sociales: su interés por lo particular, por lo único, por lo irrepetible. Mientras que la principal aspiración del científico parece ser la determinación de regularidades que permitan formular leyes de aplicación universal, el objeto de estudio del historiador son los fenómenos individuales, no las generalizaciones.

En los años 60 y 70, el auge de la historia económica, con sus curvas de precios y sus gráficos estadísticos, permitió a muchos historiadores soñar con alcanzar para su disciplina el status de rigor científico propio de las ciencias exactas; o aun de disciplinas sociales como la economía y la sociología (que aspiran a predecir y a cuantificar los fenómenos que conforman su campo de estudio). Pero las ambiciosas pretensiones de los historiadores de los precios, que creían poder explicar la evolución de toda una sociedad a partir de los movimientos de dicha variable, alcanzaron rápidamente sus propios límites. También se demostró la imposibilidad de trasladar el método estadístico a otras áreas del conocimiento histórico, como la historia cultural y la historia política.

En definitiva, la historia continúa observando con inocultable fascinación la aspiración a formular leyes que caracterizan a las denominadas ciencias duras. La formulación de leyes generales permite predecir y medir los fenómenos naturales con notable precisión. Frente a esta realidad, ¿es posible pensar la existencia de un paradigma científico de lo único e irrepetible, una cientificidad de lo individual?

Una de las respuestas más lúcidas para este interrogante central sobre el método histórico fue presentada por el historiador italiano Carlo Ginzburg, en un artículo publicado en Turín en 1979 y que, en menos de cuatro años, fue traducido al inglés, francés, alemán, sueco y al castellano. El título castella-

no del texto en cuestión es: “Indicios. Raíces de un paradigma de inferencias indiciales” (en Carlo Ginzburg, *Mitos, emblemas, indicios. Morfología e Historia*, Barcelona, Gedisa, 1989, pp.138-175).

En este artículo clave de la historiografía del último cuarto del siglo XX, Ginzburg llama la atención sobre la existencia de un milenarismo paradigma de lo individual, de lo único, de un antiquísimo método de construcción de conocimiento capaz de obtener notables resultados concretos, sin recurrir a la formulación de leyes, generalizaciones, predicciones o mediciones exactas: se trata del atávico “paradigma de los indicios” o “paradigma indiciario”, al que los cazadores y rastreadores primitivos han recurrido desde la noche de los tiempos.

Al igual que los cazadores, el historiador no tiene contacto con su objeto de estudio. El rastreador debe, por lo tanto, utilizar los menores indicios dejados por la presa durante su huida —una rama rota, una huella en el lodo, la corteza de un árbol desgarrada— para reconstruir una realidad de la que no fue testigo. Los resultados concretos suelen ser sorprendentes: los más hábiles cazadores son capaces de rastrear el paso de su víctima, aun en ámbitos en los cuales la mayoría de los mortales serían incapaces de percibir algo fuera de lo común

Pero este antiguo paradigma de lo único —en tanto único e irrepetible son la huida y los rastros de cada presa— fue ya recuperado a fines del siglo XIX por tres disciplinas cuyo objeto de estudio, al igual que la historia, son los fenómenos individuales: me refiero a la historia del arte, a la criminología y al psicoanálisis.

Entre 1874 y 1876, el italiano Giovanni Morelli dio a conocer un nuevo método para la identificación de las falsificaciones de cuadros célebres, que poblaban la mayoría de los grandes museos del mundo. El error de los críticos consistía en tratar de atribuir los cuadros a cada pintor, analizando las características más evidentes: la sonrisa de Leonardo, los ojos alzados al cielo de los personajes de Perugino, etc. Pero, por evidentes y conocidas, estas características eran precisamente las más fáciles de imitar. Giovanni Morelli creía, en cambio, que las falsificaciones debían detectarse observando los detalles menos trascendentes de cada cuadro, aquellos menos influidos por la escuela pictórica a la que el artista pertenecía, aquellos rasgos estereotipados que cada artista —original o falsificador— incorpora de manera automática, casi inconsciente, en su técnica de dibujo: los lóbulos de las orejas, las uñas, los dedos de manos y pies. Estos datos marginales son reveladores porque constituyen los momentos en los que el control del artista se relaja y cede su lugar a impulsos puramente individuales, “que se le escapan sin que él se dé cuenta”. De este modo, Morelli descubrió y catalogó la forma de oreja característica de Botticelli, de Leonardo, de Rafael, etc., rasgos que se encuentran en los originales, pero no en las copias. El crítico italiano pudo, pese a las críticas que

recibía su método, proponer decenas de nuevas atribuciones en algunos de los principales museos de Europa, demostrando que muchas telas habían sido durante siglos falsamente identificadas con determinados artistas clásicos.

En las décadas de 1880 y 1890, el escritor inglés Arthur Conan Doyle (1859-1930) publicó la mayor parte de las novelas y cuentos cortos protagonizados por su creación literaria más célebre: el detective privado Sherlock Holmes. Como afirma Carlo Ginzburg con precisión, el método criminológico de Holmes se asemeja notablemente al método crítico de Morelli, el que —a su vez— resulta una versión sofisticada del milenarismo paradigma indiciario del cazador: se trataba de observar los menores indicios, aquellos que permanecían invisibles para la mayoría de las miradas inexpertas y, a partir de ellos, reconstruir con precisión una realidad a la que el investigador no había tenido acceso: el crimen en cuestión, su autor y su móvil. Cada vez que Sherlock Holmes llegaba a la escena de un crimen, actuaba poco menos que como un rastreador que persigue a su presa en medio del bosque, o como Morelli frente a un cuadro falsamente atribuido a un artista de renombre (en “La carta robada”, un cuento de 1844, Edgar Allan Poe había anticipado ya este método, que luego haría célebre al investigador creador por Conan Doyle). Pero la sorpresa es aún mayor cuando descubrimos, de la mano de Carlo Ginzburg, que Sherlock Holmes aplica en una ocasión el mismísimo método de Morelli: a partir de la observación de unas orejas, enviadas como macabro obsequio en una encomienda, descubre indicios de importancia para la resolución de un crimen. En “La aventura de la caja de cartón”, de 1892, Holmes explica los fundamentos del paradigma morelliano a un sorprendido Doctor Watson: “no ignorará Ud., Watson, en su condición de médico, que no hay parte alguna del cuerpo humano que presente mayores variantes que una oreja. Cada oreja posee características propias, y se diferencia de todas las demás. De modo que examiné las orejas que venían en la caja con ojos de experto (...). Imagínese cuál no sería mi sorpresa cuando, al detener mi mirada en la señorita Cushing (la dama que había recibido la macabra encomienda) observé que su oreja correspondía en forma exacta a la oreja femenina que acababa de examinar. En ambas existía el mismo acortamiento del pabellón, la misma amplia curva del lóbulo superior, igual circunvolución del cartílago interno. Era evidente que la víctima debía ser una consanguínea, probablemente muy estrecha, de la señorita Cushing”.

Pero no sólo Conan Doyle parece haber sido influido por el método indiciario de Morelli, “cazador de falsificaciones”. En “El Moisés de Miguel Ángel”, un ensayo publicado en 1914, Sigmund Freud reconocía el impacto que los ensayos de Morelli le habían causado, mucho antes de que formulara el método psicoanalítico. No resulta casual: ¿caso los detalles mecánicos que

resultan únicos en cada dibujante, observados por Morelli, no guardan semejanza con los pequeños gestos inconscientes que revelan nuestro carácter en mayor grado que cualquier otra actitud consciente, según postula el médico vienés? Freud es muy explícito al respecto: “nombrado senador del reino, Morelli murió en 1891. Yo creo que su método se halla estrechamente emparentado con la técnica del psicoanálisis médico. También ésta es capaz de penetrar cosas secretas y ocultas a base de elementos poco apreciados o inadvertidos, de detritos o ‘desperdicios’ de nuestra observación”. Los detalles que habitualmente se consideran como poco importantes, o sencillamente triviales, proporcionaban la clave para tener acceso a las más elevadas realizaciones del espíritu humano –en el caso del artículo de Freud que comentamos, *El Moisés* de Miguel Ángel.

Morelli y Freud –como antes Sherlock Holmes y el rastreador primitivo– tienen en común un mismo paradigma: la postulación de un método interpretativo basado en lo secundario, en los datos marginales considerados reveladores, que permiten reconstruir con un elevado grado de plausibilidad una realidad a la que el investigador no tiene acceso directo: el desesperado escape de una presa, el atelier de un falsificador, la ejecución de un crimen, lo profundo del inconsciente humano. Con sus limitaciones y posibles fracasos, estas actividades logran resultados de innegable valor: muchos rastreadores logran dar alcance a sus perseguidos, muchos cuadros falsos son detectados, muchos criminales son descubiertos, muchos secretos inconscientes salen a la luz definitivamente.

En ninguno de estos casos se ha recurrido al paradigma científico-matemático de las ciencias duras. En ninguno de estos casos se trata de predecir con eficacia absoluta, de formular leyes, de detectar generalidades y repeticiones, de medir con precisión. El paradigma indiciario no es un paradigma de lo universal sino un paradigma de lo particular. Una científicidad de lo individual es entonces posible.

Los escasos documentos escritos, los restos materiales dispersos, las primitivas manifestaciones iconográficas, los destruidos testimonios arquitectónicos, son para el historiador lo que las ramas rotas para el rastreador, los dibujos de las orejas para el crítico de arte, la escena del crimen para el detective y los actos fallidos para el psicoanalista.

El historiador que, como el criminólogo, el psicoanalista, el crítico de arte y el rastreador primitivo, reúne indicios de una realidad a la que no tiene ni tendrá acceso directo –el pasado del hombre–, tiene entonces más en común con Sherlock Holmes y Sigmund Freud que con Galileo Galilei o Isaac Newton.

Indicios

(Fragmento)

Raíces de un paradigma de inferencias indiciales

Dios está en los detalles

A. Warburg

Un objeto que habla de la pérdida, de la destrucción,
de la desaparición de objetos. No habla de sí. Habla
de otros. ¿Los abarcará también?

J. Johns

En estas páginas trataré de hacer ver cómo, hacia fines del siglo XIX, surgió silenciosamente en el ámbito de las ciencias humanas un modelo epistemológico (si así se prefiere, un paradigma), al que no se le ha prestado aún la suficiente atención. Un análisis de tal paradigma, ampliamente empleado en la práctica, aunque no se haya teorizado explícitamente sobre él, tal vez pueda ayudarnos a sortear el tembladeral de la contraposición entre “racionalismo” e “irracionalismo”.

I

1. Entre 1874 y 1876 aparecieron en la *Zeitschrift für bildende Kunst*, una serie de artículos sobre pintura italiana. Los firmaba un desconocido estudioso ruso, Iván Lermolieff; el traductor al alemán era un no menos desconocido Johannes Schwarze. Estos artículos proponían un nuevo método para la atribución de cuadros antiguos, que desató reacciones adversas, y vivaces discusiones, entre los historiadores del arte. Sólo algunos años después el autor prescindiría de la doble máscara tras la cual había estado ocultándose: se trataba del italiano Giovanni Morelli, nombre del que Johannes Schwarze es un calco, y Lermolieff el anagrama, o poco menos. Aun hoy los historiadores del arte hablan corrientemente de “método morelliano”.

Veamos sucintamente en qué consistía el tal método. Los museos, sostenía Morelli, están colmados de cuadros atribuidos inexactamente. Pero devolver cada cuadro a su autor verdadero es dificultoso: muy a menudo hay que vérselas con obras no firmadas, repintadas a veces, o en mal estado de conservación. En tal situación, se hace indispensable poder distinguir los originales de las copias. Pero para ello, según sostenía Morelli, no hay que basarse, como se hace habitualmente, en las características más evidentes, y por eso mismo más fácilmente imitables, de los cuadros: los ojos alzados al cielo de los personajes del Perugino, la sonrisa de los de Leonardo, y así por el estilo. Por el contrario, se debe examinar los detalles menos trascendentes, y menos influidos por las características de la escuela pictórica a la que el pintor pertenecía: los lóbulos de las orejas, las uñas, la forma de los dedos de manos y pies. De ese modo Morelli descubrió, y catalogó escrupulosamente, la forma de oreja característica de Botticelli, de Cosme Tura y demás: rasgos que se hallaban presentes en los originales, pero no en las copias. Valiéndose de este método, propuso decenas y decenas de nuevas atribuciones en algunos de los principales museos de Europa. Con frecuencia se trataba de atribuciones sensacionales: en una Venus acostada, conservada en la pinacoteca de Dresde, que pasaba por ser una copia del Sassoferrato de una pintura perdida del Ticiano, Morelli identificó a una de las poquísimas obras seguramente autógrafas de Giorgione.

Pese a estos resultados, el método de Morelli fue muy criticado, aunque tal vez influyera en ello la casi arrogante seguridad con que lo proponía. Al fin, tildado de mecanicista y de burdo positivista, cayó en descrédito. (Por otra parte, puede que muchos de los estudiosos que acostumbraban referirse en forma displicente a su método siguieran haciendo uso de él en forma tácita para sus atribuciones). La renovación del interés por los trabajos de Morelli se la debemos a Wind, quien vio en ellos un ejemplo típico de la moderna actitud hacia la obra de arte —una actitud que lleva a gustar de los detalles, antes que del conjunto de la obra (...)

2. “Los libros de Morelli —escribe Wind— presentan un aspecto bastante insólito comparados con los de los demás historiadores del arte. Están moteados de ilustraciones de dedos y orejas, cuidadosos registros de las típicas minuciosidades que acusan la presencia de un artista determinado, de la misma forma en que un criminal es acusado por sus huellas digitales... Cualquiera museo de arte, estudiado por Morelli, adquiere de inmediato el aspecto de un museo criminal...”.

La comparación de marras ha sido brillantemente desarrollada por Castelnovo, quien alinea el método de los rastros de Morelli al lado del que, casi por los mismos años, era atribuido a Sherlock Holmes por su creador, Arthur Conan Doyle. El conocedor de materias artísticas es comparable con

el detective que descubre al autor del delito (el cuadro), por medio de indicios que a la mayoría le resultan imperceptibles. (...)

Para terminar de persuadirnos de la exactitud del paralelo trazado por Castelnuovo, veamos un cuento como *La aventura de la caja de cartón* (1892), en el que Sherlock Holmes se nos aparece, lisa y llanamente, como “morellófilo”. Justamente, el caso comienza con dos orejas mutiladas, que una inocente señorita recibe por correo. Y aquí vemos cómo el conocedor (Holmes) pone manos a la obra.

...Se interrumpió, y yo [Watson] quedé sorprendido, al mirarlo, de que observara fijamente, y con singular atención, el perfil de la señorita. Por un momento fue posible leer en su rostro expresivo sorpresa y satisfacción a la vez; aunque, cuando ella se volvió para descubrir el motivo de su repentino silencio, Holmes ya estaba tan impassible como siempre.

Más adelante Holmes explica a Watson (y a los lectores) el camino seguido por su fulmínea elaboración mental:

No ignorará usted, Watson, en su condición de médico, que no hay parte alguna del cuerpo humano que presente mayores variantes que una oreja. Cada oreja posee características propias, y se diferencia de todas las demás. En la “Reseña antropológica” del año pasado, encontrará usted dos breves monografías sobre este tema, que son obra de mi pluma. De modo que examiné las orejas que venían en la caja con ojos de experto, y registré cuidadosamente sus características anatómicas. Imagínese cuál no sería mi sorpresa cuando, al detener mi mirada en la señorita Cushing observé que su oreja correspondía en forma exacta a la oreja femenina que acababa de examinar. No era posible pensar en una coincidencia. En ambas existía el mismo acortamiento del pabellón, la misma amplia curva del lóbulo superior, igual circunvolución del cartílago interno. En todos los puntos esenciales se trataba de la misma oreja. Desde luego, enseguida comprendí la enorme importancia de semejante observación. Era evidente que la víctima debía ser una consanguínea, probablemente muy estrecha de la señorita...

3. Muy pronto veremos las implicaciones de este paralelo. Por ahora conviene tener en cuenta otra preciosa intuición de Wind:

A algunos de los críticos de Morelli les parecía extraña la afirmación de que “a la personalidad hay que buscarla allí donde el esfuerzo personal es

menos intenso”. Pero en este punto la psicología moderna se pondría sin duda de parte de Morelli: nuestros pequeños gestos inconscientes revelan nuestro carácter en mayor grado que cualquier otra actitud formal, de las que solemos preparar cuidadosamente.

“Nuestros pequeños gestos inconscientes”... La expresión genérica de “psicología moderna” podemos, sin más, sustituirla por el nombre de Freud. En efecto, las páginas de Wind sobre Morelli han atraído la atención de los estudiosos hacia un pasaje largo tiempo olvidado del famoso ensayo de Freud *El Moisés de Miguel Ángel* (1914). En él escribía Freud, al comienzo del segundo párrafo:

Mucho antes de que pudiera yo haber oído hablar de psicoanálisis vine a enterarme de que un experto en arte, el ruso Iván Lermolieff, cuyos primeros ensayos se publicaron en alemán entre 1874 y 1876 había provocado una revolución en las pinacotecas de Europa, volviendo a poner en discusión la atribución de muchos cuadros a los diferentes pintores, enseñando a distinguir con seguridad entre imitaciones y originales, y edificando nuevas individualidades artísticas a partir de las obras que habían sido libradas de anteriores atribuciones. Había alcanzado ese resultado prescindiendo de la impresión general y de los rasgos fundamentales de la obra, subrayando en cambio la característica importancia de los detalles secundarios, de las peculiaridades insignificantes, como la conformación de las uñas, de los lóbulos auriculares, de la aureola de los Santos y otros elementos que por lo común pasan inadvertidos, y que el copista no se cuida de imitar, en tanto que cada artista los realiza de una manera que le es propia. Más tarde, fue muy interesante para mí enterarme de que tras el seudónimo ruso se escondía un médico italiano apellidado Morelli. Nombrado senador del reino de Italia, Morelli murió en 1891. Yo creo que su método se halla estrechamente emparentado con la técnica del psicoanálisis médico. También ésta es capaz de penetrar cosas secretas y ocultas a base de elementos poco apreciados o inadvertidos, de detritos o “desperdicios” de nuestra observación (...)

En un primer momento, el ensayo sobre el *Moisés* de Miguel Ángel apareció anónimo: Freud reconoció la paternidad de ese escrito sólo en el momento de incluirlo en sus obras completas.(...) Lo concreto es que, envuelto en los velos del anonimato, Freud declaró de manera a un tiempo explícita y reticente, la considerable influencia intelectual que sobre él ejerció Morelli en un período muy anterior al del descubrimiento del psicoanálisis. (...) Reducir tal

influencia, como se ha pretendido, al ensayo sobre el *Moisés* únicamente o en forma más genérica a sus ensayos sobre temas relacionados con la historia del arte, significa limitar indebidamente el alcance de las palabras de Freud: “Yo creo que su método se halla estrechamente emparentado con la técnica del psicoanálisis médico”. En realidad, toda la declaración de Freud que acabamos de citar asegura a Giovanni Morelli un lugar especial en la historia de la formación del psicoanálisis. Se trata, en efecto, de una vinculación documentada, no conjetural, como en el caso de la mayor parte de los “precursores” y “antecesores” de Freud. (...)

4. (...) Pero, ¿qué podía representar para Freud —el Freud de la juventud, muy lejos aún del psicoanálisis— la lectura de los ensayos de Morelli? Es el propio Freud quien lo señala: la postulación de un método interpretativo basado en lo secundario, en los datos marginales considerados reveladores. Así, los detalles que habitualmente se consideran poco importantes, o sencillamente triviales, “bajos”, proporcionaban la clave para tener acceso a las más elevadas realizaciones del espíritu humano: “Mis adversarios”, escribía irónicamente Morelli, con una ironía muy a propósito para el gusto de Freud, “se complacen en caracterizarme como un individuo que no sabe ver el significado espiritual de una obra de arte, y que por eso les da una importancia especial a medios exteriores, como las formas de la mano, de la oreja y, hasta, *horribile dictu*, de tan antipático objeto como son las uñas”. (...) Para Morelli esos datos marginales eran reveladores, porque constituían los momentos en los que el control del artista, vinculado con la tradición cultural, se relajaba, y cedía su lugar a impulsos puramente individuales “que se le escapan sin que él se dé cuenta”. (...)

5. Hemos visto delinarse, pues, una analogía entre el método de Morelli, el de Holmes y el de Freud. Ya nos hemos referido al vínculo Morelli-Holmes, lo mismo que al que llegó a entablarse entre Morelli-Freud. (...) En los tres casos, se trata de vestigios, tal vez infinitesimales, que permiten captar una realidad más profunda, de otro modo inaferrable. Vestigios, es decir, con más precisión, síntomas (en el caso de Freud), indicios (en el caso de Sherlock Holmes), rasgos pictóricos (en el caso de Morelli).

¿Cómo se explica esta triple analogía? A primera vista, la respuesta es muy sencilla. Freud era médico; Morelli tenía un diploma en medicina; Conan Doyle había ejercido la profesión antes de dedicarse a la literatura. En los tres casos se presiente la aplicación del modelo de la sintomatología, o semiótica médica, la disciplina que permite diagnosticar las enfermedades inaccesibles a la observación directa por medio de síntomas superficiales, a veces irrelevantes a ojos del profano (un doctor Watson, pongamos por caso). A propósito, puede observarse que la dupla Holmes-Watson, el detective agudísimo y el

médico obtuso, representa el desdoblamiento de una figura real: uno de los profesores del joven Conan Doyle, conocido por su extraordinaria capacidad de diagnosticación.

Pero no es cuestión de simples coincidencias biográficas; hacia fines del siglo XIX, y con más precisión en la década 1870-80, comenzó a afirmarse en las ciencias humanas un paradigma de indicios que tenía como base, precisamente, la sintomatología, aunque sus raíces fueran mucho más antiguas.

En: Ginzburg, Carlo, *Mitos, emblemas, indicios*,
Barcelona, Gedisa, 1999

Ciencia

El siglo XX ha concluido

Eduardo Wolovelsky

La ciencia se esfuerza ciertamente en describir la naturaleza y distinguir el sueño de la realidad, pero no hay que olvidar que los seres humanos tienen tanta necesidad de sueños como de realidades. La esperanza da sentido a nuestra vida. Y la esperanza se basa en la perspectiva de lograr transformar algún día el mundo presente en un mundo posible que sea mejor.

François Jacob

El siglo XX ha concluido. La Ilustración también. La ilusión de un mundo progresivamente más justo creado sobre los cimientos del conocimiento científico-tecnológico estalló en *Auschwitz* e *Hiroshima*. La perspectiva científicista y tecnocrática, que imaginó a la ciencia como una condición necesaria y suficiente para tratar los asuntos humanos, no puede ser hoy más que un acto de cruel dogmatismo. Pero esto no significa que la búsqueda de un saber objetivo que nos permita entender y consensuar, más allá de la subjetividad, aspectos relevantes del universo natural y social, sea una actividad secundaria. La ciencia forma parte del corazón de nuestra cultura y, aunque su poder puede desplegarse para preservar intereses dominantes de clase o de género, también puede hacerlo para aliviar el sufrimiento humano y promover una perspectiva liberadora para los hombres, mujeres y niños. Gozo de pocas certezas, como la mayoría que se anima a enfrentar lo incierto del tiempo histórico en el que vivimos, pero una de ellas hace referencia al convencimiento de que nos será imposible construir una sociedad más igualitaria y un futuro más prometedor de espaldas al conocimiento y a los compromisos racionales de la ciencia. Es significativo aclarar que esta certeza se encuentra enmarcada por la advertencia que hiciera el físico John Ziman en torno a la relación entre ciencia y verdad:

(...) la cuestión de la fiabilidad del conocimiento científico se ha convertido en un problema intelectual serio. Una vez que hemos desechado la primitiva doctrina de que toda la ciencia es necesariamente verdadera y de que todo conocimiento verdadero es necesariamente científico, nos damos cuenta de que la epistemología —la teoría de “la fundamentación del conocimiento”— no es sólo una disciplina filosófica académica. En un terreno práctico, en cuestiones de vida y muerte, nuestras bases para decidir y actuar pueden depender en último término de si comprendemos lo que la ciencia nos dice y hasta qué punto hemos de creerlo.¹

La ciencia como una fuerza que, en sinergia con otras acciones humanas, es capaz de modelar aspectos importantes de nuestra forma de ver y nuestra manera de actuar en el mundo, obliga a un debate que no puede quedar encerrado dentro de los muros virtuales definidos por la academia. El biólogo francés Henri Atlan lo planteó en su obra *Cuestiones Vitales*: “tiempo atrás la divulgación se consideraba una especie de lujo, una cultura suplementaria. Actualmente se trata de un problema político”². Otro de los autores que lo expresó con particular convicción fue Carl Sagan quien, coherente con sus ideas, realizó importantes esfuerzos por lograr que la mayor cantidad posible de personas pudiese acceder al fascinante y comprometido mundo de la ciencia. Afirma el autor de *Cosmos* que “adquirir el conocimiento y el saber necesarios para comprender las revelaciones científicas del siglo XX será el reto más profundo del siglo XXI”³.

Pero el acceso al conocimiento científico por parte de la población parece ser una de las tareas más difíciles de lograr. En primer orden, porque en el término *ciencia* conviven varias concepciones diferentes y porque las teorías científicas son complejas y en general difíciles de comprender; en segundo orden, porque las ideas científicas pueden afectar de tal manera a las tradiciones que se las rechaza por el riesgo de perder el andamiaje simbólico que le da sentido a nuestras vidas.

Los problemas aquí enunciados forman lo que denominaremos *El dilema de Born*. Fue este físico quien lo explicitó con mayor dramatismo en un texto publicado en 1965 en el *Bulletin of atomic scientist*.

- 1 Ziman, J., (1978), trad. cast.: *La credibilidad de la ciencia*, (Trad.: Eulalia Pérez Sedeño Madrid), Alianza, 1981, p. 13.
- 2 Atlan, H., (1994), trad. cast.: *Cuestiones Vitales*, (Trad.: Marc Noy), Barcelona, Tusquets, 1997, p. 13.
- 3 Sagan, C., (1997), trad. cast.: *Miles de millones*, (Trad.: Guillermo Solana), Barcelona, Ediciones B, 1998, p. 278.

El dilema de Born

Max Born nació en Breslau en 1882. Aunque de joven no mostró particular predilección por los temas científicos, su paso por las universidades de Breslau y, particularmente, de Gotinga, cristalizaron en él una verdadera pasión por la ciencia. En 1907 se doctoró en Física. Trabajó en diferentes universidades alemanas hasta que, en 1933 y con el ascenso del nazismo al poder, tuvo que abandonar Alemania. Ingresó como profesor en las universidades de Cambridge y de Edimburgo. En 1939 adoptó la nacionalidad británica. Sus principales contribuciones científicas se ubican en el campo del estudio de la estructura atómica. Born asumió un compromiso político activo en la causa por la paz, en ese sentido escribió uno de los más notables libros de divulgación científica que bellamente tituló *El universo inquieto*.

Unos años antes de su muerte, ocurrida en 1970, Max Born escribió una emotiva reflexión en torno a la ciencia. Se podría deducir de ese escrito una profunda desilusión respecto a la posibilidad de que la ciencia alguna vez forme parte del interés de la mayoría de los seres humanos y se transforme así de manera definitiva en una fuerza positiva en la construcción de una sociedad que aspira a ser más equitativa. Sin duda es un texto áspero y posiblemente injusto, pero es una buena base para iniciar un juego de reflexión y crítica que nos permita comprender qué es la ciencia y resignificar el valor de hacer masivo el acceso al conocimiento científico, aunque las dificultades para lograrlo parezcan insalvables.

Cuando era un joven investigador del Instituto Haber, en Alemania, durante la primera gran contienda bélica del siglo XX, Max Born se negó a colaborar con la guerra química. Coherente con estos compromisos de su juventud, y siendo ya un reconocido científico laureado con el premio Nobel, escribió:

Aunque ame la ciencia, tengo el sentimiento de que se opone de tal manera a la historia y la tradición que no puede ser absorbida por nuestra civilización. Pudiera ser que los horrores políticos y militares y el completo hundimiento de la ética, de todo lo cual he sido testigo a lo largo de mi vida, no sean el síntoma de una debilidad social pasajera, sino una consecuencia necesaria del desarrollo de la ciencia, la cual es, en sí misma, uno de los más altos logros intelectuales del hombre.⁴

4 Thuillier, P., (1988), trad. cast.: *Las pasiones del conocimiento*, (Trad.: Luis M. Floristán Preciado), Madrid, Alianza, 1992, p. 275.

Hay en estas palabras dos enunciados que merecen ser analizados con cierto detenimiento en función de las consideraciones realizadas en la introducción sobre el significado social del conocimiento científico. El primer enunciado es una consideración sobre la naturaleza de la ciencia y sostiene, aunque no de manera explícita, que los logros científicos son el producto de una actividad que tiene un significado interno que es independiente de otras cuestiones sociales: es lo que Max Born formula como “la ciencia en sí misma”. El segundo enunciado afirma la imposibilidad de que la población pueda comprender los logros científicos. El choque entre las cosmovisiones derivadas del conocimiento científico y las cosmovisiones sustentadas desde la tradición, enmarcado dentro de una lógica instrumental, culminó, según el gran físico de Gotinga, en los más dramáticos hechos del siglo XX – la bomba atómica y el genocidio perpetrado por los nazis–.

Los múltiples significados de la ciencia

¿Qué es la ciencia? La pregunta es sencilla, pero la respuesta difícil. No porque falten definiciones, sino, al contrario, porque hay demasiadas.(...) Las hay demasiado idealistas: reducen ingenuamente la actividad científica a la búsqueda desinteresada del conocimiento. Y otras, por influencia del realismo, confunden ciencia y tecnología: la ciencia no es más que un considerable instrumento utilizado en particular por el poder político para fabricar armas atómicas, biológicas y químicas. La civilización de la ciencia es la civilización industrial: la polución, la carrera de la productividad, la búsqueda del beneficio y del poder - y, a menudo, la ignorancia de las verdaderas necesidades sociales-.

No existe definición neutra y objetiva de la “ciencia”. Es una búsqueda metódica del saber. Es una manera de interpretar el mundo(...). Es una institución, con sus escuelas y sus grupos de presión, sus prejuicios y sus recompensas oficiales. Es un oficio. Es un poder(...). La ciencia es, ha sido o puede ser, muchas cosas todavía. Según se interroge al cardenal Bellarmino, Pascal, Augusto Comte, Teilhard de Chardin o J.D. Bernal.⁵

Así comienza Pierre Thuillier su excelente obra *La manipulación de la ciencia*. Allí se destacan una serie de hechos que, si bien no nos permiten dar una definición sencilla de lo que la ciencia es, sí nos habilita a trazar un cierto mapa, aunque de fronteras borrosas. Los paisajes de nuestro mapa nos

5 Thuillier, P., (1972), trad. cast.: *La manipulación de la ciencia*, (Trad.: Manolo Vidal), Madrid, Editorial Fundamentos, 1975, p. 9.

indican que la ciencia es una actividad de carácter histórico, con una lógica interna cuyos difusos bordes son continuamente moldeados por la sociedad en la cual se halla constituida: es como el curso de un río que queda determinado, en parte, por el caudal de agua que le es propio y que corre en su seno y, en parte, por las influencias de las características del medio que pueden obligarlo a retorcerse en sinuosas curvas, algunas suaves, otras abruptas.

De forma un tanto ideal podría afirmarse que el fin de la ciencia es la búsqueda de la verdad. Búsqueda vinculada a una serie de compromisos metodológicos, entre los que se encuentra el trabajo de carácter experimental, a partir de los cuales es posible construir la decisión acerca de la validez de las teorías y modelos con las que se intenta explicar el mundo. Pero, en un plano más realista y recorriendo la historia del pensamiento, podemos constatar que la llamada “demostración científica” es mucho más compleja que aquella que se detalla en muchos manuales. La ciencia es certeza en tanto que, en toda época, hay una serie de teorías y modelos que permiten una explicación de hechos y fenómenos del mundo así como la predicción de otros nuevos. Pero, al mismo tiempo, la ciencia es conflicto porque en todo momento histórico hay modelos y teorías que conviven en tensión y no es posible lograr una resolución a favor de una de ellas. Sobre esta visión de la ciencia constituida de certezas e incertidumbres se sobreimpone el hecho de que los objetivos que persiguen los científicos no son únicos. En el seno de dicha comunidad se dan, como en el resto de la sociedad, profundas diferencias ideológicas que muchas veces suelen moldear la carga cognitiva de una teoría considerada como legítima por al menos algún sector significativo de la comunidad científica.

A modo de ejemplo, consideremos el siguiente escrito del biólogo Konrad Lorenz publicado en 1940, bajo el título *Alteraciones del comportamiento propio de la raza causadas por la domesticación* en la Austria anexada a la Alemania nazi. Escribía Konrad Lorenz:

De la amplia analogía biológica de la relación entre el cuerpo y la úlcera cancerosa por una parte, y un pueblo y sus miembros convertidos en asociales por deficientes, por otra, se deducen grandes paralelismos, salvando las naturales diferencias... Todo intento de reconstrucción de los elementos destruidos en relación con la totalidad es, por lo tanto, desesperado. Por suerte, su extirpación es más fácil para el médico del cuerpo social, y para el organismo supraindividual menos peligrosa, que la operación del cirujano en el cuerpo individual.⁶

6 Müller-Hill, B., (1984), Trad. cast.: *Ciencia Mortífera*, (Trad.: José M.^a Balil Giró), Barcelona, Labor/Punto Omega, 1985, p.22.

Konrad Lorenz fue galardonado con el Premio Nobel de Medicina en el año 1973 por sus descubrimientos concernientes a la organización y aparición de patrones de comportamiento individual.

En un sentido diferente es interesante considerar el posicionamiento de Albert Einstein en relación a los científicos y su colaboración en la carrera armamentista. Consideraremos la respuesta que dio el 20 de enero de 1947, a una pregunta del Overseas News Agency con relación al abandono por parte del profesor Norbert Wiener de un simposio sobre máquinas calculadoras organizado por la Universidad de Harvard y la Marina norteamericana. Afir-maba Albert Einstein:

Admiro y apruebo totalmente la actitud del profesor Wiener. Creo que una actitud similar de los científicos más destacados de este país contribuiría mucho a resolver el urgente problema de la seguridad internacional. La no cooperación en los asuntos militares debería constituir un principio moral esencial para todos los científicos verdaderos, es decir, para todos los que se dedican a la investigación básica. Es cierto que para los científicos que viven en países no democráticos es más difícil la adopción de esta actitud. Pero el hecho es que, actualmente, los países no democráticos constituyen una amenaza menor para la paz internacional que los países democráticos, que gozan de superioridad económica y militar y han sometido a los científicos a una verdadera movi-lización militar.⁷

Albert Einstein fue galardonado con el Premio Nobel de Física en el año 1921 por sus servicios a la física teórica y, en especial, por el descubrimiento de la ley del efecto fotoeléctrico.

En el mundo contemporáneo donde las más férreas convicciones en torno al progreso social como un imperativo derivado del conocimiento científico y tecnológico se han visto profundamente sacudidas por las guerras, la pobreza y la marginación, la cuestión referida al compromiso ideológico de los investigadores, influya o no en la carga cognitiva de las teorías, ya no puede ser considerado un tema menor. Incluso hay científicos que en diferentes trabajos se han sentido obligados a reclamar un mayor compromiso público

7 Easlea, B., (1973), trad. cast.: *La liberación social y los objetivos de la ciencia*, (Trad.: Leopoldo Lovelace), Madrid, Siglo XXI, 1977, pp. 459-460. Easlea cita además las palabras de Norbert Wiener escritas en noviembre de 1948 en el Bulletin of atomic scientist. Allí se afirma que: “La degradación de la posición del científico como trabajador y pensador independiente a la de un aprendiz moralmente irresponsable en la fábrica de la ciencia se ha desarrollado más rápida y devastadoramente de lo que yo esperaba”. (Ibid, p. 459)

por parte de los investigadores en el desarrollo de una ciencia enrolada en el viejo ideal enunciado por Francis Bacon según el cual el conocimiento científico debería ser la búsqueda de la verdad para el beneficio y la mejora de la vida de todos los hombres.⁸

Tres autores, un compromiso

Carl Sagan, en su libro *Cosmos*, hace explícito, cuando se refiere a la quema de la biblioteca de Alejandría en el año 391 D.C., el reclamo por un mayor compromiso político, por parte de los científicos, si es que realmente desean preservar y promover el saber. En un emotivo relato comienza evocando la ciudad que fundara en el año 331 A. C. Alejandro Magno:

Alejandría era la mayor ciudad que el mundo occidental había conocido jamás. Gente de todas las naciones llegaba allí para vivir, comerciar, aprender. En un día cualquiera sus puertos estaban atiborrados de mercaderes, estudiosos y turistas. Era una ciudad donde griegos, egipcios, árabes, sirios, hebreos, persas, nubios, fenicios, italianos, galos e íberos intercambiaban mercancías e ideas. Fue probablemente allí donde la palabra cosmopolita consiguió tener un significado auténtico: ciudadano, no de una sola nación, sino del Cosmos. Ser un ciudadano del Cosmos...

Es evidente que allí estaban las semillas del mundo moderno. ¿Qué impidió que arraigaran y florecieran? ¿A qué se debe que occidente se adormeciera durante mil años de tinieblas hasta que Colón y Copérnico y sus contemporáneos redescubrieron la obra hecha en Alejandría? No puedo daros una respuesta sencilla. Pero lo que sí sé es que no hay noticias en toda la historia de la Biblioteca de que alguno de los ilustres científicos y estudiosos llegara nunca a desafiar seriamente los supuestos políticos, económicos y religiosos de su sociedad. Se puso en duda la permanencia de la estrellas, no la justicia de la esclavitud. La ciencia y la cultura estaban reservadas para unos cuantos privilegiados.⁹

- 8 Por supuesto que no me refiero aquí al pensamiento de Francis Bacon en un sentido literal. Pretendo rescatar de aquella concepción únicamente una perspectiva general, que hace referencia a la fundada esperanza de que el conocimiento científico puede contribuir a transformar las condiciones de vida de los hombres, posibilitando la construcción de un mundo más justo.
- 9 Sagan, C., (1980), trad. Cast.: *Cosmos*, (Trad.: Miquer Muntaner i Pascual y M.^a del Mar Moya Tasis) Barcelona, Planeta, 1987, pp. 334-335.
(Subrayado mío)

Por su parte el físico inglés Brian Easlea en su trabajo *Cambio social y los objetivos de la ciencia*, escrito en 1973, declara:

Cuando llegue la hora de mi muerte –escribía Bertrand Russell– no sentiré haber vivido en vano. Habré visto los crepúsculos rojos de la tarde, el rocío de la mañana y la nieve brillando bajo los rayos del sol universal; habré oído al Atlántico tormentoso batir contra las costas de Cornualles. La ciencia –proseguía– puede otorgar estas y otras alegrías a más gente de la que de otra suerte gozaría con ellas. Si procede así, su poder será sabiamente empleado. Pero cuando suprime de la vida los momentos a los que la vida debe su valor, la ciencia no merece admiración, por muy sabiamente que conduzca a los hombres por el camino de la desesperación (...).

¿Dónde estarán los científicos en las próximas y críticas décadas? Existen indicios, aunque sólo sean eso, de que cuando menos algunos científicos de los países industrialmente avanzados del mundo,(...) están comprendiendo la necesidad de movilizarse en apoyo de los pueblos oprimidos y explotados de la tierra, en solidaridad con todos los grupos de personas que luchan por la construcción de una sociedad libre de la explotación. Si tal compromiso por parte de los científicos llegara a ser verdaderamente intenso –y esto no es nada seguro– la balanza podría inclinarse a favor de la vida en los difíciles años venideros.¹⁰

Por último, consideraremos una de las más lúcidas reflexiones respecto del compromiso social exigido a los científicos y que corresponden a un hombre que proviene del campo de la literatura. En su libro *Conocimiento prohibido*, Roger Shattuck se interroga acerca de la posibilidad de que los seres humanos deban renunciar a ciertos saberes. En el capítulo referido a la ciencia y la tecnología, analiza críticamente dos ideas: una sostenida por Julius Robert Oppenheimer, director científico del proyecto Manhattan (el proyecto de la bomba atómica), y otra por Walter Gilbert, Premio Nobel de Química de 1980 por sus contribuciones a la determinación de la secuencia de nucleótidos de los ácidos nucleicos. Oppenheimer escribió, en el año 1947, “en un sentido un tanto rudimentario...los físicos han conocido el pecado”. Por su parte, Gilbert sostuvo que “el proyecto genoma humano es el grial de la genética humana... la respuesta última al mandamiento ‘Conócete a ti mismo’”.¹¹

10 Easlea, B., (1973), trad. cast.: *La liberación social y los objetivos de la ciencia*, (Trad.: Leopoldo Lovelace), Madrid, Siglo XXI,1977, p. 456.

11 Shattuck, R., (1998), trad. cast.: *Conocimiento prohibido*, Madrid, Taurus,1998, p. 211

En el final del referido capítulo, Roger Shatuck expresa lo siguiente respecto de estos dos pensamientos:

*La ciencia no es ni pecado ni grial. No siendo hija nuestra sino invención nuestra, la ciencia en tanto disciplina nunca crecerá para pensar por sí misma y ser responsable de sí misma. Sólo las personas pueden hacer estas cosas. **Todos somos custodios de la ciencia**, algunos más que otros. El conocimiento que descubren nuestras múltiples ciencias no es prohibido en y por sí mismo (...). Mientras la ciencia explota en unas cuantas áreas convirtiéndose en una vasta empresa impelida tanto por el comercio y la guerra como por la curiosidad, tenemos que examinar a fondo este crecimiento desproporcionado. El mercado libre puede no ser la mejor guía para el desarrollo del conocimiento; la planificación estatal no siempre ha resultado mejor.(...) En esta era de liberación y permisividad, podría resultar que un juramento juicioso para los científicos contribuyera a impedirnos actuar como el Aprendiz de Brujo.¹² (Subrayado mío)*

Dos reflexiones

Me he preocupado en detallar, a lo largo de esta primera parte, algunas consideraciones que creo fundamentales a la hora de pensar qué significa divulgar la ciencia en un mundo plagado de demasiadas contradicciones y en el cual es difícil imaginar qué fuerzas sociales prevalecerán. Estas razones no pretenden resolver el dilema planteado por Max Born, aunque sí se proponen hacer una aporte en esa dirección. Sin embargo, aún quedan para esta sección dos reflexiones.

Afirmé, tal vez con cierta osadía, pero con una profunda convicción, que la ciencia es una actividad relevante para tratar importantes asuntos humanos. Sostuve, en ese sentido, que la promoción del conocimiento científico requiere de un cierto posicionamiento político respecto de la finalidad con la que se investiga en la ciencia moderna. Me referí en particular a los investigadores. No vale, acaso, esto mismo para aquellos responsables de construir en la población una imagen de lo que la ciencia es. ¿Deberían, divulgadores, maestros y profesores posicionarse en el mismo sentido exigido a los científicos?

Una segunda reflexión, que reafirma la crítica a una concepción de la ciencia exclusivamente internalista, proviene de los pensamientos de Jacob Bronowski en *Auschwitz* y de Leo Szilard, quien tuvo un rol destacado en el inicio y las controversias desatadas por el *proyecto Manhattan*. Cuando le preguntaron a Szilard si no era una tragedia para los científicos el hecho de que se

12 Ibid, p. 273

haya arrojado la bomba atómica, contestó: “es la tragedia de la humanidad”¹³ respuesta que muestra la imposibilidad de hablar de la ciencia en sí. La ciencia lleva en su seno conflictos y problemas que son conflictos y problemas de toda la cultura, porque la ciencia forma parte de la cultura, aunque esta idea sea constantemente olvidada. A comienzos de la década del ’70, Jacob Bronowski –matemático y poeta de origen polaco– realizó uno de los más importantes trabajos de divulgación científica que se hayan producido para televisión: *El ascenso del hombre*. Enfrentado a los mismos dramas que Max Born llega a una conclusión diametralmente opuesta a la del célebre físico. Habiendo finalizada la Segunda Guerra Mundial, Bronowski se dirige a Aushwitz, donde habían muerto la mayoría de sus familiares, y allí afirma que el drama de los campos de exterminio nazi son la consecuencia de la renuncia al pensamiento crítico, cuando la legitimación del “saber” viene dada por la fuerza del poder. Desde allí, el más grande campo de exterminio de la Segunda Guerra Mundial, Bronowski da una definición muy breve y al mismo tiempo intensa y estremecedora de una de las más dignas particularidades de la ciencia como actividad del hombre: “La ciencia es un tributo a lo que podemos saber pese a que somos falibles”.¹⁴

Los planteos del joven monje

Recordemos que el segundo enunciado de la sentencia de Max Born afirmaba la imposibilidad de que la población pueda comprender los logros científicos debido al choque entre las cosmovisiones derivadas del conocimiento científico y las cosmovisiones sustentadas desde la tradición. ¿Puede el conocimiento científico, entendido no como un cuerpo particular de enunciados, sino como un conjunto de modelos y teorías legitimados a partir de ciertos compromisos racionales ser comprendido por la mayoría de la población?

Aproximémonos al tema a partir del siguiente diálogo entre el joven monje y Galileo que Bertolt Brecht nos propone en su obra *Galileo Galilei*, y que se enmarca dentro de la prohibición de la Iglesia Católica de considerar como verdadera la descripción del universo centrado en el sol con una Tierra móvil (el modelo heliocéntrico de Copérnico).

13 Bronowski, J., trad. cast.:(1973), *El ascenso del hombre*, (Trad.: Alejandro Ludlow Wiechers), Fondo Educativo Interamericano, México,1979, p. 374.

14 Ibid, p. 374

–¡Señor Galilei, necesito hablar con usted!
 –¡Hable, hombre, hable! El hábito que lleva le da derecho a decir lo que quiera.
 –¡Pero yo he estudiado matemáticas!
 –¡Eso no estaría mal si le sirviera para admitir de vez en cuando que dos más dos son cuatro!

–Hace varias noches que no duermo. No podía armonizar el decreto de la Inquisición, que he leído, con los satélites de Júpiter, que he visto. Por eso hoy resolví decir misa bien temprano y venir a verlo.

–¿Para anunciarme que Júpiter ya no tiene satélites?

–No. Pero me he dado cuenta de la sabiduría del decreto. Leyéndolo, se me han revelado los peligros que una investigación sin freno podría acarrearle a la Humanidad, y he resuelto renunciar a la astronomía. De todos modos, quisiera hacerle conocer los motivos que pueden llevar a un científico a abstenerse de desarrollar determinada teoría.

–Me permito recordarle que conozco muy bien esos motivos...¹⁵

¿Cuáles podrían ser los motivos según los cuales, el joven monje convierte al modelo heliocéntrico del universo en particular y al conocimiento científico en general, en un saber riesgoso? ¿Sería conveniente no entender, cuando ese entendimiento se opone a ideas cuya “verdad” nos resulta fundamental para nuestra existencia? Emile Zolá lo expresó con lucidez cuando afirmó: “¿Ha prometido felicidad la ciencia? Ha prometido la verdad, y la cuestión está en saber si conseguiremos ser felices con la verdad”.¹⁶

Recordemos que, en 1633, Galileo fue juzgado por la Inquisición por defender una interpretación realista del modelo copernicano del universo. La historia es un tanto compleja y con numerosas aristas a considerar y no es lo que pretendemos aquí. Sí deseamos interpretar los motivos que tiene el joven monje, relacionados con la piedad, para convalidar la prohibición de un determinado saber que, aunque verdadero, puede según su argumentación acarrear enormes sufrimientos al negar la veracidad de ciertas creencias y cuestionar determinadas tradiciones sostenidas por la mayoría de los hombres y las mujeres.

Habla el joven monje y así se justifica frente a Galileo Galilei.

15 Brecht, B.,(1955), trad. cast.: *Galileo Galilei*, Teatro Municipal general San Martín, Buenos Aires,1984, pp.95-96. Trad.: Gerd Collasisus.

16 Jacob, F., (1997), trad. cast.: *El ratón, la mosca y el hombre*, Barcelona, Crítica,1998, p.187. Trad.: Antoni Martínez Riu.

...Permítame que le hable de mí mismo. Yo me crié en el campo; soy hijo de labradores, gente sencilla. Saben todo lo que hay que saber acerca de los olivos, pero de todo lo demás, saben poco y nada. Mientras observo los satélites de Júpiter, veo a mis padres, sentados con mi hermana junto al hogar, comiendo su sopa de queso. Veo sobre ellos las vigas del techo, ennegrecidas por el humo de siglos. Veo claramente sus manos viejas y gastadas, y la pequeña cuchara que esas manos empuñan. No les va bien, es claro, pero aún en su desdicha hay un cierto orden. Su vida tiene ciclos que se repiten eternamente: la limpieza de los pisos, el pago de los impuestos, las estaciones en los olivares. Las desgracias se ciernen sobre ellos con regularidad. Las espaldas de mi padre no se curvaron de una sola vez sino poco a poco cada primavera; del mismo modo que los partos, uno tras otro, han ido convirtiendo a mi madre en una mujer reseca. Pero ellos tienen la sensación de que hay una continuidad y una necesidad en todas las cosas, y de ella sacan las fuerzas para trepar, con sus cestas al hombro, por los caminos de piedra, para dar a luz a sus hijos, incluso para comer. Esa sensación la tienen cuando miran la tierra y los árboles que reverdecen año tras año, y también cuando escuchan cada domingo en la capilla los textos sagrados. Se les ha asegurado que la mirada del Todopoderoso está posada sobre ellos, y que todo el teatro del mundo ha sido construido a su alrededor para que ellos, los actores, desempeñen los papeles, grandes o pequeños, que les han tocado en la vida. ¿Qué sentirían si ahora yo, su propio hijo, les dijera que no, que viven en una pequeña masa de piedra, una entre millones y no de las más importantes, que gira sin cesar en el inmenso espacio vacío? ¿Para qué entonces tanta paciencia, tanta conformidad en su miseria? ¿Para qué las Sagradas Escrituras, que todo lo explican y justifican —el sudor, la paciencia, el hambre, la sumisión—, si ahora resulta que están plagadas de errores? Veo los ojos de mi gente llenarse de espanto, veo sus cucharas caer sobre la piedra del hogar, veo que se sienten traicionados, engañados. ¿Entonces nadie nos mira?, se preguntan. ¿Entonces tenemos que cuidar de nosotros mismos, ignorantes, viejos y cansados como estamos? ¿Nadie ha escrito para nosotros otro papel para después de esta vida miserable que llevamos en la Tierra? ¿Nuestros padecimientos no tienen, por lo tanto, ningún sentido? El hambre no es una prueba a la que nos somete el Señor, es simplemente no haber comido. La fatiga no es un mérito, sino sencillamente agacharse y cargar... ¿Comprende, señor Galilei, lo que veo en el decreto de la Santa Inquisición? Veo una noble piedad maternal, una profunda bondad de espíritu.¹⁷

Son numerosas las respuestas posibles a la argumentación del joven monje. De hecho, una de ellas está incluida en la obra de Brecht. Pero aquí no nos interesan tanto las respuestas para objetar la aceptación de la censura de una

17 Brecht, B., (1955), trad. cast.: *Galileo Galilei*, (Trad.: Gerd Collasius), Teatro Municipal general San Martín, Buenos Aires, 1984, pp.96-97.

idea científica, como la descripción de por qué esa misma idea no podría ser absorbida por el común de la gente, implicando a su vez una negación de las propias razones con las cuales dichas ideas han sido legitimadas.

La vidriera de la ciencia

Es posible que Max Born tenga razón cuando afirma que tiene el sentimiento de que “la ciencia se opone de tal manera a la historia y a la tradición que no puede ser absorbida por nuestra civilización”. La ciencia implica un cierto coraje intelectual, aunque la especialización y burocratización del trabajo profesional lo hayan erosionado significativamente, y no sabemos si es probable construir esa actitud de forma masiva. Pero probabilidad no implica certeza y, a pesar del posible fracaso, es una obligación promover las acciones políticas que posibiliten el acceso al conocimiento científico. La divulgación de la ciencia, en particular, y todo proceso de socialización del conocimiento científico, en general, se enfrentan a una decisión: posibilitar la comprensión de las principales teorías de la ciencia y promover el sentido crítico que debiera ser característico del pensamiento científico como forma de construcción de un espacio estructural de autonomía, disenso y confrontación, a pesar de las enormes dificultades que conlleva, o quedar subsumido en el consuelo de las tradiciones pero también en la situación de miseria que dicho consuelo impide cambiar. Si optamos por lo primero debemos aceptar que el conocimiento científico no es un saber dogmático –al menos no debería serlo, aunque en muchas instancias sociales adquiere ese carácter–, debe atender únicamente al debate y la argumentación –incluidas aquí las razones que se deriven del trabajo experimental– como forma de convencimiento.

¿Qué es lo que se debe divulgar? No hay una respuesta sencilla porque es una decisión cargada de valores y sentidos. Pero no se debe transformar al conocimiento científico en una gran vidriera de descubrimientos y hechos fantásticos, donde se corre detrás de la última noticia. La ciencia moderna es un complejo sistema institucional, con una alta especialización de quienes trabajan en los diferentes campos del conocimiento científico. La producción de publicaciones es enorme y su importancia y calidad son difíciles de ponderar. La presión de los medios masivos de comunicación, que las más de las veces funcionan como una enorme vitrina comercial donde se ofrecen los “maravillosos” logros de la ciencia, es una gran fuerza que promueve la idea de que acceder al conocimiento científico es conocer las “últimas novedades”. Esto no significa negar el valor de lo actual o coyuntural, pero si reconocerles un límite importante como hecho significativo.

Final abierto

En tanto el conocimiento científico se expande movilizado por la honesta búsqueda de la verdad, el deseo de poder, la carrera armamentista y la aspiración de curar a los hombres de las más graves dolencias, entre muchas otras fuerzas de indiscutible nobleza y de dramática crueldad, hemos abierto un camino serpenteante y sinuoso para reflexionar sobre la naturaleza de la ciencia y la posibilidad de cumplir con el derecho de todo hombre y mujer de poder acceder a dicho saber. Seguramente hemos de recorrer ese camino infinidad de veces y con cada recorrido lo estaremos rediseñando. En tanto estamos preocupados por enseñar y divulgar la ciencia no nos será posible renunciar a ello.

Se ha dicho, de manera falaz, que quienes enseñan y divulgan son meros reproductores de los saberes que los científicos producen. Es cierto que los investigadores generan modelos explicativos sobre diferentes fenómenos y desarrollan técnicas novedosas. Pero maestros, profesores y divulgadores no necesariamente deberían ser reproductores de esos saberes. Creo que su responsabilidad y trabajo los deberían llevar a promover un debate público acerca de lo que la ciencia es y cuáles son sus significados para nuestra cultura. Este trabajo implica promover un entendimiento de los compromisos racionales que caracterizan a la actividad científica, favorecer la comprensión de los significados sociales de los núcleos teóricos más significativos de la ciencia y compartir las pasiones del conocimiento.

El siglo XX ha concluido, la Ilustración también.

Héctor A. Palma

Héctor A. Palma es profesor en Filosofía egresado de la Universidad de Buenos Aires; Magister en ciencia, tecnología y sociedad (Universidad Nacional de Quilmes) y Doctor en Ciencias Sociales y Humanas por la Universidad Nacional de Quilmes. Es Docente-investigador y Profesor regular en el área de Epistemología en la Universidad Nacional de Gral. San Martín, además de autor de varios libros y artículos en revistas especializadas.

Un puente entre dos culturas

E. Wolovelsky

Prólogo

Rebobinemos la película de la vida y proyectémosla de nuevo con un ligero cambio. El barco SS *Kensington* que debía arribar a los muelles de Nueva York el 11 de septiembre de 1901 no lo hace. Una avería lo ha dejado varado en el puerto de Amberes, aumentando la ansiedad de quienes buscan en las tierras americanas una mejor oportunidad para sus vidas... Sin duda el retraso en la partida de un barco lleno de inmigrantes no parece un hecho histórico relevante para la ciencia del siglo XX, con mayor razón si sabemos que allí no había ningún científico particularmente descollante o cuyo trabajo hubiese sido significativo en las décadas por venir. Pero aunque este no hubiese sido el caso y hubiésemos encontrado entre aquellos viajeros a un importante científico o alguien que con el tiempo llegara a serlo, ¿habría cambiado algo la historia de la ciencia? ¿Habría sido diferente el desarrollo de la física atómica si, por ejemplo y abandonando la ficción, Henry Moseley, quien realizó trabajos en el campo de la física atómica, no hubiese muerto en Gallípoli en 1915? La respuesta más probable con la que nos podemos encontrar es un categórico “no”. Estamos acostumbrados a pensar, en nombre de la objetividad de la ciencia, que si tal o cual actor dentro del drama del conocimiento no hubiese desarrollado el trabajo específico que realizó, seguramente otro lo hubiese hecho. Poco parece importar entonces el hombre particular, porque los aportes quedarían determinados sólo por el estado conceptual de la ciencia: si no es él quien produzca un desarrollo particular dado el estado de un cierto campo del saber científico, entonces será otro y por lo tanto no habrá modificación alguna en el devenir posible de la ciencia. Sin embargo, toda actividad social humana lleva implícito un grado de azar por el cual el acontecer histórico podría tener giros imprevisibles, definidos por hechos que podemos calificar de contingentes. A veces la contingencia adquiere el perfil particular e identificable de algún singular actor en el drama de la vida humana. Puede que esto parezca forzado para el caso de la ciencia, pero se debe, tal

como se afirmó anteriormente, a que nos hemos acostumbrado a pensar falazmente en una historia conceptual interna en la cual el surgimiento de una nueva teoría sería únicamente la consecuencia lógica de las teorías que la precedieron. Esta perspectiva, además de falsa, es el resultado de una forma excesivamente estrecha de ver e imaginar el desarrollo de la ciencia. Al respecto es interesante considerar la afirmación del historiador Dominique Pestre, cuando sostiene, en la definición de régimen de saberes, que los mismos evocan “un conjunto de instituciones y de creencias, de prácticas y de regulaciones políticas y económicas que delimitan el lugar y el modo de ser de las ciencias”; negando de esta forma la existencia de una definición atemporal de la ciencia, al tiempo que reconoce la imposibilidad de entenderla únicamente desde un desarrollo conceptual que se supone exclusivamente internalista.

Rebobinemos por lo tanto la cinta de la historia moderna y echémosla a andar nuevamente: ¿Es posible pensar que la ciencia habría de seguir los mismos derroteros que conocemos hoy o podemos suponer que ciertos hechos de carácter contingente deberían provocar necesariamente desvíos significativos del camino que ya sabemos trazado? No podemos responder a esta pregunta aquí, aunque una primera aproximación de carácter intuitivo nos lleve a inclinarnos por la segunda posibilidad; en un libre ejercicio de la imaginación, podríamos pensar cuál habría sido la suerte del mundo, si un ligero desfasaje del conocimiento en el campo de la física atómica o una decisión de posponer los trabajos por parte de algunos científicos y altos técnicos del laboratorio de Los Álamos, en particular Oppenheimer y Fermi, hubiese retrasado la realización de las primeras bombas de fisión y éstas nunca hubiesen sido arrojadas sobre Hiroshima y Nagasaki. Podríamos también preguntarnos si fue inevitable, durante la primera mitad del siglo XX, la dominancia que tuvieron las explicaciones deterministas de carácter biológico, a través ciertas lecturas del darwinismo, como forma causal de entender los problemas sociales y, por lo tanto, como justificativo de determinadas acciones políticas. Todo esto puede parecer, en el mejor de los casos, un buen divertimento y en el peor, un absurdo intelectual: los hechos históricos son los que fueron y las conjeturas ficcionales tienen poco valor. Sin embargo, la propuesta no es trivial en el sentido que define no una posición frente al pasado, sino frente al porvenir. Porque si suponemos que la historia fue la que debió haber sido, dado que hay una lógica causal determinista, entonces el mundo futuro está cerrado a los determinantes causales actuales, en los cuales no hay lugar para circunstancias contingentes que permitan pensar que, aunque improbable, el futuro podría ser diferente de como lo imaginamos por extrapolación lineal y gradual de las consecuencias de un estado de situación. Esta posición fuertemente determinista se suele manifestar bajo el lema “si no lo hacemos nosotros lo

harán otros”, que no es más que una ideología cínica y perversa que se propone justificar ciertas decisiones y acciones en el campo científico-tecnológico cuando claramente se sabe que estas son social y moralmente reprobables.

Si la historia y el desarrollo social humano no son una gran máquina de engranajes, si hay por lo tanto lugar para la indeterminación, entonces algunos hechos pueden marcar un bifurcación inesperada en el desarrollo de la historia de los seres humanos y, por lo tanto, en el devenir de la ciencia.

Me animo a afirmar que la obra de Stephen Jay Gould se inscribe dentro de este marco de contingencia capaz de abrir en la historia una nueva posibilidad, porque sus trabajos ni eran predecibles ni eran deducibles... Si Gould no hubiese escrito con esa impronta tan particular que tiene su obra, definitivamente una posibilidad se hubiese cerrado; nunca hubiésemos tenido noticias de esto, a menos que alguien hubiera propuesto hacer un absurdo juego de historia ficción imaginado la existencia, en la segunda mitad del siglo XX, de un personaje capaz de criticar determinadas concepciones sobre el progreso y el finalismo en la interpretación de la historia de la vida en la Tierra, de ser un implacable juez de ciertas posturas fuertemente deterministas sobre la naturaleza humana y de llevar el debate sobre la ciencia más allá de los muros de la academia, estableciendo un firme puente entre las ciencias y las humanidades, aquellas dos culturas definidas por Charles P. Snow, a las que Gould se negó a ver como mundos antagónicos y entendió como perspectivas complementarias y necesarias.

Vivimos en un mundo marcado por cierta soberbia científicista, con muy variadas manifestaciones, que van desde la metáfora del Santo Grial —utilizada alguna vez por el premio Nobel Walter Gilbert para describir el proyecto Genoma Humano—, hasta el gran mercado de la divulgación científica donde la búsqueda del éxito, medido a través de la cantidad de público consumidor que una obra es capaz de convocar, ha dado paso un especie de estrategia maquiavélica de carácter publicitario donde todo vale. En este panorama, la obra de Stephen Jay Gould es una alternativa ideológica imprescindible marcada por un profundo respeto hacia sus lectores, que se manifiesta tanto en la rigurosidad epistemológica e histórica de sus trabajos como en la belleza literaria de sus escritos. Sus libros, algunos con títulos más que curiosos, son oportunidades que se nos dan para revalorizar el lugar de la razón y la honestidad intelectual contra los mercaderes de la palabra.

Por esos hechos fortuitos, lo que anula el juego ficcional, las cosas ocurrieron como se habían previsto y el SS *Kensington* no tuvo ninguna avería partiendo del puerto de Amberes el último día del mes de agosto de 1901. El 11 de septiembre, con Joseph Rosemberg como pasajero inmigrante, el barco arribaba al puerto de Nueva York. Rosemberg con el tiempo se casaría y

tendría hijos y nietos, uno de los cuales fue Stephen Jay Gould, quien hizo sobre sus abuelos la siguiente consideración:

(..) Pero permanecieron juntos y tuvieron éxito, al menos en paz, respeto y tolerancia, quizá incluso ternura. Si no lo hubieran hecho así, yo no estaría aquí; y por esta ramita particular de continuidad evolutiva no podría estarles más profundamente agradecido de la más elemental de todas las maneras posibles.

Por fortuna para todos nosotros, los azares de la historia posibilitaron que Gould haya estado allí y que aún permanezca en sus escritos, lúcidos y bellos, arrojando un esperanzador destello sobre el futuro, dándole sentido a la decisión de Herbert George Wells por la cual había que darle a la humanidad, incluso en los momentos más desesperados, el benéfico de la duda.

Valgan las consideraciones de este libro, no exento de elogios y críticas, como un humilde y sentido tributo al pensamiento y compromiso de Stephen Jay Gould y como una celebración de la esperanzadora contingencia de la historia, que tan bien pintó en su obra *La vida maravillosa*.

Eduardo Wolovelsky

Stephen Jay Gould: “No hay sentido de la evolución”

Mundo Científico 184, noviembre 1997.

**“El aumento de la complejidad en la historia
de lo viviente es producto del azar”**

“Es posible que dentro de doscientos años ya no existamos”

El paleontólogo de Harvard publicó en 1996 una obra que aborda de lleno la cuestión del progreso en la evolución.¹ Stephen Jay Gould, que ha publicado recientemente un largo artículo en *The New York Review of Books* en el que ataca el llamado “fundamentalismo darwinista”², nos ha recibido en su apartamento de Nueva York.

Mundo Científico: *Aborda usted en este libro una paradoja bastante estimulante: contrariamente a lo que podríamos creer, vivimos en la era de las bacterias...*

Stephen Jay Gould: ¡Nunca hemos salido de ella!

M. C.: *Y al mismo tiempo parece usted dispuesto a admitir que el cerebro del hombre...*

S.J.G.: Es un invento interesante...

M. C.: *¿Admite la idea de que es el objeto más complejo del mundo biológico?*

S.J.G.: Uno de los más complejos, pero no más que eso. Depende de lo que entendamos por “complejo”. Desde el punto de vista neurológico, el cerebro humano no es más complejo que ningún otro. Pero desde el punto de vista de la arquitectura de los huesos del cráneo, hay cerebros más complicados en otros mamíferos y más aún en ciertos teleósteos*. El término “complejidad” tiene varios sentidos mutuamente contradictorios en el lenguaje corriente. Si se quiere medir empíricamente la complejidad, cuantificarla, hay

1. *L'Eventail du vivant*, traducción francesa de Christian Jeanmougin, Le Seuil, 300 pp.

2. 12 y 26 de junio de 1997.

* Los teléosteros son un orden de peces vertebrados de esqueleto osificado.

que dar de ella una definición operacional. Hay que precisar en cada ocasión de qué se habla. Algunos investigadores lo han hecho, por ejemplo para los ammonites. Se ha demostrado que para un carácter esencial los ammonites no se han vuelto más complejos con el tiempo.

M. C.: *En el mismo orden de ideas, se niega usted a suscribir la idea de que el hombre es el ser más complejo de la historia de lo viviente.*

S.J.G.: El que el cerebro humano sea el objeto neurológico más complejo del planeta no significa que el hombre sea el ser más complejo. El cerebro no lo es todo, hay otras muchas *estructuras* complejas. No es justo adoptar una concepción de la evolución centrada en el cerebro. No hay ninguna tendencia general de la evolución hacia cerebros mayores. Hay muchas más especies de bacterias que de animales pluricelulares y más del 80% de especies de pluricelulares son insectos. De las cerca de 4.000 especies de mamíferos hay una sola que es consciente de sí misma. No se puede decir que el aumento de la complejidad mental caracteriza la evolución.

M. C.: *¿No acepta usted la idea de que la complejidad mental es de otro orden de magnitud que las demás formas de complejidad?*

S. J. G.: Confunde usted el efecto y la estructura. El efecto de la emergencia de la conciencia ha sido considerable, pero esto no define la complejidad. La bomba atómica tuvo un efecto enorme, pero su complejidad no es mayor que la de ciertos explosivos químicos. La invención de la conciencia ha tenido quizá mayor impacto que ninguna otra invención. Pero esto no define de modo alguno la complejidad de la estructura del objeto en cuestión. Por otra parte, desde el punto de vista de la evolución futura no está en absoluto claro hacia dónde vamos. Es posible que dentro de doscientos años ya no existamos porque nos hayamos borrado del mapa. La humanidad aparecerá entonces como una mera experiencia momentánea de la historia de la vida.

M. C.: *Toma usted su propio caso personal para denunciar un error común que consiste, para analizar un sistema complejo, en privilegiar un valor de referencia que en realidad carece de razón de ser. Usted sufrió un cáncer que la Facultad consideraba incurable y que estaba afectado de una mortalidad mediana de ocho meses después del diagnóstico.*

S.J.G.: Era una noticia espantosa, pero no tanto si se reflexionaba un poco sobre el significado del término “mediano”. Significaba que la mayoría de los pacientes morían en un plazo de ocho meses después del diagnóstico, pero en nada prejuzgaba la forma de la curva de distribución después de los ocho meses. De hecho, sigo estando aquí dieciséis años después... El ejemplo sirva para ilustrar un profundo error filosófico. Los sistemas naturales exhiben una gran variación. Incluso en una especie única, como el hombre, se constatan grandes diferencias de peso, de talla, de color, etc. Ahora bien, te-

nemos una muy vieja costumbre, en cierto modo platónica, que consiste en abstraer esencias, idealidades. Y cuando analizamos sistemas variables, nos vemos tentados a calcular valores medios y a razonar a partir de estos valores medios. Es una manera de establecer una medida única de la idealidad abstraída. Es peligroso. En el caso de mi cáncer, estaba claro que al hacer hincapié en la media se dejaban de lado las variaciones.

También cometemos a menudo un error simétrico que consiste en concentrar la atención en los extremos porque nos fascinan: el más alto tal cosa, el más grande tal otra, etc. Por ejemplo, el cerebro neurológicamente más complejo. También aquí cometemos el error de reescribir la historia del sistema siguiendo la evolución temporal del único valor considerado. Y eso lleva a graves contrasentidos.

M. C.: *De ahí el título de su libro: Full House. Hay que considerar siempre lo que usted denomina “casa llena”, con todos sus habitantes.*

S. J. G.: El ejercicio consistente en tomar en cuenta todo el abanico de variaciones nos obliga a repensar la naturaleza de las tendencias de la evolución y la historia de los sistemas naturales. El no haber aplicado este principio nos ha llevado a ignorar el hecho indiscutible de que todavía estamos en la era de las bacterias y probablemente nunca dejaremos de estar en ella. Nos gustaría creer que la historia de la vida es una marcha hacia la complejidad. Esto es verdad en el sentido de que los seres más complejos han tendido a incrementar todavía más su complejidad. Pero no es la historia de la vida, es la historia de los seres más complejos... Nos gustaría creer que el aspecto más fundamental del árbol de la vida es su tendencia a una mayor complejidad, pero no es así. Para mí, el rasgo más fundamental del árbol de la vida es la constancia del modo bacteriano. Mi libro no es más que un alegato en favor de la toma en consideración de todo el abanico de la variación.

M. C.: *Presenta usted otro ejemplo de curva de distribución engañosa, tomada esta vez de la historia del béisbol. Trata usted de explicar por qué en los mejores equipos el resultado de los mejores bateadores es peor hoy que a principios de siglo, siendo así que la media de los resultados del total de bateadores ha permanecido constante y que las prestaciones medias de los bateadores han progresado. Para quien no conoce este deporte, el ejemplo es un poco difícil de comprender...*

S. J. G.: En la mayoría de los resultados deportivos medibles, la medida designa un valor absoluto: se corren los 100 metros en un tiempo dado, etc. En cambio, la medida del resultado de un bateador de béisbol está en estrecha relación con los resultados de los demás jugadores. Lo que interesa resaltar es que una media puede conservar un valor constante aunque el perfil de la curva de distribución cambie completamente. Los que se limitan a calcular la media constatan que no ha variado y concluyen erróneamente que

los resultados no han progresado, pues no se fijan en la forma de la curva. No advierten cómo ha variado la población total de los resultados y no se dan cuenta de que la constancia de la media puede ocultar el progreso de las prestaciones de cada cual. Al mismo tiempo, este progreso colectivo hace que los resultados medios se acerquen a los límites de lo posible. En los primeros tiempos del béisbol, cuando la calidad media del juego era mediocre, los muy buenos bateadores, los que se acercaban a los límites de lo posible, podían obtener una media de éxitos impresionante. Hoy, en cambio, cuando todo el mundo es bueno, la media de éxitos de los mejores bateadores se ha reducido.

M. C.: *En el caso del béisbol, la evolución de la forma de la curva de distribución revela, contrariamente a las apariencias, la existencia de una tendencia general al progreso, limitada a derecha e izquierda por un muro que representa los límites de lo posible. En el caso de la historia de lo viviente, la curva, al contrario, está adosada a un muro situado a la izquierda que representa las células primitivas. Pero la evolución de la curva, según usted, no tarda en revelar, contrariamente a las apariencias, la falta de tendencia general al progreso...*

S.J.G.: No se puede hablar del progreso como de una tendencia fuerte de la evolución. No niego que las criaturas más complejas se han vuelto más complejas aún con el tiempo. Pero tal cosa no indica que el sistema se haya alejado de una marcha al azar. Esto se habría producido de todas formas en cualquier sistema dirigido por el azar que comenzara cerca de un límite infranqueable a la izquierda de la curva de distribución. Propongo una analogía con el andar de un borracho que sale de un bar. Éste se encuentra con una pared a la izquierda y la acera a la derecha. A la izquierda chocará contra el muro y a la derecha acabará cayendo en la cuneta.

M. C.: *La analogía del borracho nada nos dice sobre la emergencia de la complejidad.*

S.J.G.: No, pero es una buena analogía. El borracho camina al azar y debido a la pared de la izquierda el azar le conduce inevitablemente a la cuneta. La única razón de la existencia de una direccionalidad es esta pared a la izquierda y la marcha al azar. La historia de la vida muestra exactamente lo mismo. Esta historia avanza al azar, con una pared a la izquierda que prohíbe a un organismo viviente ser más simple que un cierto grado mínimo de complejidad, más simple que las células sin núcleo. No digo que no se produzcan sucesos de aumento de complejidad, lo que digo es que si se atiende al conjunto de la historia, el conjunto de las variaciones efectivas, la casa al completo con todos sus habitantes, no se descubre ninguna preferencia por la complejidad. El que el hombre sea más complejo que los trilobites, que son más complejos que las algas, que son más complejas a su vez que las bacterias, este hecho, que no niego, tiene escasa importancia en la historia de lo viviente en su conjunto.

M. C.: *Usted demuestra, por otra parte, que la evolución se dirige a menudo en el sentido de una simplificación de los organismos...*

S.J.G.: Probablemente tan a menudo como en el otro sentido. Y tal vez incluso más... Considerando la historia de organismos nacidos más o menos recientemente en la historia de la vida, y por consiguiente no limitados por la pared de la izquierda, se observa tanto una evolución hacia una menor complejidad como la evolución contraria. Es el caso de numerosos parásitos, los que viven profundamente instalados en el cuerpo de su huésped: no necesitan ni órganos de locomoción ni órganos de digestión.

M. C.: *Su demostración de la ausencia de una tendencia general hacia una mayor complejidad deja completamente abierta la cuestión de saber por algunos seres vivos han evolucionado hacia la complejidad.*

S.J.G.: Es una cuestión distinta, que yo no trato. No me siento experto en la materia. No es un tema que comprenda muy bien. Pero debe existir un mecanismo, claro está, que haya hecho emerger la pluricelularidad, y así sucesivamente. Mi propósito consiste en determinar si tales mecanismos se inscriben o no en una direccionalidad, si responden a una necesidad, y la respuesta es que no.

M. C.: *Para ilustrar su carga contra el mito del progreso, da usted el ejemplo del caballo. Contrariamente a lo que todo el mundo cree, el caballo no es el producto más logrado de una larga evolución, sino el último producto de una regresión.*

S. J. G.: El hombre ha preservado para su uso algunas especies de caballos. Pero también aquí hay que ver la casa llena. Hay dos grandes grupos de mamíferos ungulados: uno entró en regresión después de haber dominado y el caballo no es más que un fracaso dentro de este fracaso. Aparte el caballo, consta de sólo otros dos grupos, ambos amenazados, los rinocerontes y los tapires. En América del Norte, llegó a haber hasta veinte o treinta géneros de caballos que vivieron al mismo tiempo (cada género comprendía varias especies). Hoy queda un solo género: *Equus*, que comprende ocho especies. En cambio, el otro grupo de ungulados, los artiodáctilos, con los antílopes, las vacas, las cabras, etc., es uno de los grandes éxitos de la historia de los mamíferos. El caballo aparece como un vestigio, una ramita de lo que fue en tiempos un gran matorral.

M. C.: *¿La situación del hombre es comparable a la del caballo?*

S.J.G.: No representamos más que una especie. Hace cientos de miles de años había media docena de especies de seres humanos. Hace sólo 30.000 o 40.000 años había tal vez todavía tres, con *Neanderthal* en Europa y *Homo Erectus* en Asia. Actualmente, nos las arreglamos, somos muchos, pero estamos solos...

M. C.: *¿Quiere usted decir que el caballo y el hombre han alcanzado tal vez, desde el punto de vista de la historia de lo viviente, una especie de muro a la derecha?*

S.J.G.: No lo sé, pero cuando todo un linaje se estrecha hasta el punto de no dejar más que un puñado de especies, o una sola, el peligro de extinción se acerca...

M. C.: *Tenemos la suerte de ser omnívoros...*

S.J.G.: Pero no estoy seguro de que ser inteligentes sea una suerte. Nuestra inteligencia Podría matarnos... Ya se verá.

M. C.: *John Maynard Smith y otros ven en la aparición de las sociedades la última transición fundamental de la evolución en el sentido de una complejidad ¿Comparte usted este punto de vista?*

S.J.G.: Hay que recordar que muy pocas especies conocen sociedades organizadas. Y la mayoría de ellas, las que mayor éxito tienen en lo tocante a número y variedad, son artrópodos. La especie humana es muy poderosa actualmente, pero yo no apostaría gran cosa por su futuro a largo plazo. Y no olvidemos que las bacterias, que no son seres sociales, se las arreglan mucho mejor todavía que los artrópodos...

M. C.: *Afirma usted al final de su libro que el cambio cultural también choca con límites a la derecha de la curva...*

S.J.G.: El cambio cultural funciona de un modo muy distinto que la evolución biológica, ya que se basa en una herencia lamarckiana. Una adquisición puede enseñarse a las generaciones siguientes, cosa que no ocurre, como es obvio, en genética. El cambio cultural sigue unas leyes que no son darwinianas y es erróneo hablar de evolución cultural, pues se introduce una confusión conceptual.

M. C.: *Pero discute usted también la idea de una marcha hacia el progreso que sea aplicable al cambio cultural. Sólo acepta el augurio para las ciencias y las técnicas pero no para el resto de las actividades culturales.*

S.J.G.: Me parece muy claro. Nada indica que Picasso represente un progreso respecto a los artistas de la cueva Chauvet. No creo que las capacidades humanas hayan cambiado desde hace 30.000 años. Han cambiado las técnicas, pero nosotros somos fundamentalmente los mismos.

Entrevistador: Olivier Postel-Vinay.

La falsa medida del hombre: consideraciones epistemológicas sobre el problema del determinismo biológico

Héctor A. Palma

Cuando me propusieron participar de este homenaje a Stephen Jay Gould, acepté inmediatamente porque era a la vez un acto de justicia y una posibilidad de promover la lectura de su obra. Sin embargo, y apenas descarté hacer una glosa de algunos de sus escritos, no me resultaba sencillo evitar la redundancia, ¿qué podía decir yo acerca de los temas que Gould había abordado que no lo haya dicho él antes y mucho mejor? Parecía suficiente con recomendar, considerando que además de investigador ha sido un excelente divulgador, un acercamiento a las páginas de sus publicaciones. Decidí entonces, y partiendo de mi experiencia personal –permanezca tranquilo el lector que no haré ninguna referencia autobiográfica como gustan hacer algunos divulgadores pensando que combinando conceptos técnicos con un relato irrelevante están haciendo divulgación científica–, que lo mejor era discurrir sobre los aportes que podían atribuirse a Gould desde una disciplina, la filosofía de las ciencias, con la cual raramente se lo asocia. Mi primer contacto con Gould fue a través de *La Falsa Medida del Hombre*, libro inquietante, indignante y molesto porque luego de su lectura no se puede volver atrás. No sólo informa al lector sobre algunos episodios de la ciencia más o menos interesantes, sino que obliga a reflexionar sobre cuestiones epistemológicas muy profundas que ponen en crisis la imagen estándar de la ciencia y su papel en la sociedad. Sobre el principal tema de ese libro, el determinismo biológico (en adelante DB), tratará este breve trabajo.

La falsa medida del hombre

En 1971, el Dr. Herrnstein, sin la más mínima originalidad con relación a una larga lista de científicos y políticos de los últimos 200 años, escribió:

(...) la tendencia al desempleo puede residir en los genes de una familia tan ciertamente como la mala dentadura (...) según crece la riqueza y la complejidad de la sociedad humana, irá quedando fuera del grueso de la humanidad un residuo de baja capacidad (intelectual o de otras clases) al que le resulta imposible dominar las ocupaciones normales, no puede competir y que con toda probabilidad procederá de padres igualmente fracasados (...) Los problemas (...) gozan ya de la atención de los científicos sociales despiertos (...) (que han descrito) la clase baja, crecientemente crónica, de las principales ciudades de América (R. Herrnstein, 1971: p. 46).

Años más tarde, en 1994, el mismo Herrnstein escribió, en colaboración con el politólogo Charles Murray —asesor del presidente de los EE.UU. Ronald Reagan—, *The Bell Curve (La Curva en Campana)*, libro que defiende las siguientes tesis: a) el éxito social y económico de un norteamericano depende fundamentalmente de su inteligencia, tal como la miden los *tests* de uso corriente; b) la inteligencia depende en gran medida de factores genéticos heredables; c) estos factores están desigualmente distribuidos entre las denominadas razas humanas, y la superior es aquella a la que pertenecen los autores del libro: la raza blanca. Gould, que años antes (en 1981) había publicado *La Falsa Medida del Hombre*, consideró que era una ocasión propicia para preparar una segunda edición que apareció, finalmente, en 1996. Según el propio Gould:

*(...) este libro analiza la abstracción de la inteligencia como entidad singular, su localización en el cerebro, su cuantificación como número único para cada individuo, y el uso de esos números para clasificar a las personas en una sola escala de méritos, descubrir en todos los casos que los grupos —razas, clases o sexos— oprimidos y menos favorecidos son innatamente inferiores y merecen ocupar esa posición. En suma, este libro analiza *La Falsa Medida del Hombre* (Gould, 1996, 2003: p. 15).*

El tema central es el DB que, en un sentido estricto, no constituye una teoría científica, sino más bien un estilo de argumentación y de producción de teorías científicas que surge hacia principios del siglo XIX, pero que se proyecta claramente hacia el siglo XXI bajo formas diversas y cambiantes. Gould define la tesis básica del DB:

Tanto las normas de conducta compartidas, como las diferencias sociales y económicas que existen entre los grupos —básicamente diferencias de raza, clase y de sexo— derivan de ciertas distinciones heredadas, innatas, y que, en este sentido, la sociedad constituye un fiel reflejo de la biología (Gould, 1996, 2003: p. 42).

En algún sentido, como bien señala Gould, *The Bell Curve* es un libro irrelevante: su contenido, estilo de argumentación y fundamentación no hacen más que repetir las viejas y conocidas fórmulas del DB que vienen reeditándose desde hace prácticamente dos siglos. Paradójicamente, o no tanto, ha sido un éxito de ventas. Ambos aspectos conforman el estigma más patente del DB a lo largo de su historia: un conjunto de teorías científicas manifiestamente deficientes, con un grado de aceptación y legitimidad hacia adentro y hacia fuera de la comunidad de especialistas muy alto. Por ello requiere, como bien señala Gould, tanto una crítica “intemporal”, interna, como una suerte de vigilancia coyuntural permanente o externa:

La necesidad de análisis es intemporal debido a que los errores del determinismo biológico son tan profundos e insidiosos, y debido a que la argumentación apela a las peores manifestaciones de nuestra naturaleza común (...) pero las críticas también son oportunas en determinados momentos porque (...) los mismos malos argumentos se repiten cada pocos años con predecible y deprimente regularidad (...) Las razones de la continua reaparición del determinismo biológico son sociopolíticas y no hay que buscarlas lejos: los resurgimientos del determinismo biológico se correlacionan con episodios de retroceso político, en especial con las campañas para reducir el gasto del Estado en los programas sociales, o a veces con el temor de las clases dominantes, cuando los grupos desfavorecidos siembran seria intranquilidad social o incluso amenazan con usurpar el poder (Gould, 1996, 2003: pp. 19-21).

Aunque probablemente Gould participe, desde otra óptica por supuesto, del mismo temor que surge y resurge en la paranoica sociedad norteamericana acerca de las reales posibilidades de que los pobres o grupos desfavorecidos tomen el poder, es cierto que buena parte de las razones de la vigencia y resurgimiento del DB hay que buscarlas en el contexto político e ideológico.

El determinismo biológico

Antes de entrar en la descripción de algunas formas de DB, permítaseme una breve digresión: el procedimiento por el cual se pretende concluir lo que “debe ser” (el mundo propiamente humano, ético y social) a partir de lo que *es* (el mundo natural), está viciado de un error lógico, falencia ya señalada

claramente por David Hume en el siglo XVIII. Sobre la misma base, y teniendo a la vista las atrocidades cometidas en la primera mitad del siglo XX, se pronunció la UNESCO en 1952, contra los que confunden diversidad biológica con desigualdad humana: “la igualdad de oportunidades y la igualdad ante las leyes, al igual que los principios éticos, no reposan en manera alguna sobre el supuesto de que los seres humanos están de hecho igualmente dotados”. Se trata de ámbitos inconmensurables y caen en la falacia (no siempre ingenuamente) tanto los que defienden la desigualdad sobre la base de la diversidad biológica, como así también los que intentan, forzando las cosas, desconocer la diversidad como fundamento de la igualdad. La diversidad (genética o fenotípica) es asunto biológico, mientras que la desigualdad es asunto ético-político (ver Dobzhansky, 1973). Sin embargo, esta objeción, no sólo no ha evitado que se cometiera tal error lógico —después de todo, la vida práctica pocas veces se rige por la lógica—, sino que, por el contrario, la historia nos muestra una ubicua costumbre de legitimación del orden social a través de la apelación a una supuesta naturaleza humana de orden biológico. También es un error de ingenuidad —bastante corriente por cierto— creer que la denuncia de las irregularidades epistemológicas del DB contribuirán significativamente a su desaparición. Por otro lado, en un ejercicio intelectual podemos suponer —y tomo un ejemplo que no es mío— que una especie portadora de cultura cuya fisiología se basara en silicio en lugar de carbono, y que fisiológica y morfológicamente tuviera, a los fines reproductivos, tres sexos en lugar de dos, pesara 500 kilogramos y obviamente prefiriera comer arena en lugar de carne y verduras, adquiriría ciertos hábitos que ciertamente no encontramos en ninguna sociedad de *Homo sapiens*. En algún sentido, es indudable que existe una naturaleza humana biológica. Pero vayamos por partes.

Decíamos más arriba que el DB, no constituye —en sentido estricto— una teoría científica, sino un grupo de teorías que comparten un sustrato común y un estilo de argumentación y fundamentación. El libro de Gould tiene como eje principal las medidas relacionadas con la inteligencia y la legitimación de jerarquías posterior, pero el DB incluye bastante más que eso: la frenología y la moderna sociobiología humana; al mismo tiempo, para emprender lo que Gould llama la crítica “oportuna” —es decir, una suerte de vigilancia coyuntural derivada del resurgimiento recurrente de algunas manifestaciones del DB—, es necesario tomar debida cuenta de una de las consecuencias políticas y sociales que tiene como insumos teóricos a todas las manifestaciones conocidas del DB: la eugenesia. De cualquier modo, es muy difícil (y a veces injusto) reprocharle a un autor por aquellos temas o cuestiones que no aborda. Después de todo cada uno escribe sobre lo que quiere. En todo caso, pueden retomarse buena parte de sus argumentaciones, ya que son aplicables a las otras manifestaciones del DB.

Gould comienza analizando las justificaciones racistas derivadas del origen de la especie humana. Pueden encontrarse numerosos antecedentes de versiones deterministas que apoyaron de una u otra manera posiciones racistas y si bien los prejuicios raciales son tan antiguos como la historia, recién a principios del siglo XIX el racismo comenzó a buscar sustento en la ciencia. Antes de la aparición de la teoría darwiniana de la evolución, en 1859, las justificaciones racistas sobre las diferencias entre los grupos humanos, en consonancia con la posición fijista / creacionista dominante, se dividían básicamente en dos grandes grupos. Los monogenistas, que respetando literalmente el relato bíblico de la creación de Adán y Eva, sostenían el origen único de la especie humana y justificaban las diferencias existentes en que la degeneración que se produjo luego de la caída del paraíso no fue pareja para todos. El otro grupo, los poligenistas, sostenían que las razas humanas eran grupos biológicos diferentes que procedían de distinto origen y “como los negros constituían otra forma de vida, no era necesario que participasen de la igualdad del hombre” (Gould 1996, 2003: p. 46).

Hacia principios del siglo XIX, también era muy común que el DB se relacionara directamente con mediciones del cráneo y del cerebro en la convicción de que, como expresara el internacionalmente famoso y reconocido médico estadounidense Samuel George Morton (1785-1851): “puede establecerse objetivamente una jerarquía entre las razas basándose en las características físicas del cerebro, sobre todo en su tamaño”. Los primeros tipos de medición se hacían sobre el volumen del cerebro, midiendo la cavidad craneana. Morton, quien al morir tenía una colección de más de mil cráneos, publicó en 1849 los resultados de su trabajo de treinta años que “demostraban” lo que se esperaba de ellos, sobre la base de la tesis según la cual la medida del volumen craneano indica superioridad o mayor inteligencia: el grupo *caucásico moderno* tenían el mayor promedio (1508 centímetros cúbicos para “familia teutónica” integrada por alemanes, ingleses y norteamericanos); le seguía el grupo *malayo* (1393 centímetros cúbicos); el grupo *negro* (1360 centímetros cúbicos) y finalmente el grupo de *indígenas americanos* (“toltecas, peruanos, mexicanos y tribus bárbaras” con un promedio de 1295 centímetros cúbicos). Gould analiza los trabajos de Morton señalando, en primer lugar, incongruencias tendenciosas o criterios modificados, ya que incluye o excluye muestras parciales numerosas para que los promedios puedan ajustarse a las expectativas previas; en segundo lugar, la “subjetividad orientada hacia la obtención de resultados preconcebidos; en tercer lugar, los defectos metodológicos muy gruesos como no tener en cuenta los promedios por sexo o estatura; pero la conclusión más interesante de Gould es que a través de todos los errores de cálculo y las omisiones:

(...) no he detectado signo alguno de fraude o manipulación deliberada de los datos. Morton nunca intentó borrar sus huellas, y debo suponer que no fue consciente de haberlas dejado. Expuso todos sus procedimientos y publicó todos sus datos brutos: Lo único que puedo percibir es la presencia de una convicción a priori de la jerarquía racial, suficientemente poderosa como para orientar sus tabulaciones en una dirección preestablecida. Sin embargo, la opinión generalizada era que Morton constituía un modelo de objetivismo para su época y que había rescatado a la ciencia norteamericana del pantano de la especulación infundada (Gould 1996, 2003: p. 87).

Contemporáneamente, los trabajos de Paul Broca (1824-1880), contribuyeron a diversificar las técnicas, las medidas y las relaciones cuantitativas consideradas relevantes. Se comienza a pesar los cerebros en lugar de medir su volumen a través de la cavidad craneana, en la convicción de que la densidad podía ser un mejor indicador que el volumen. En el siglo XIX era una costumbre bastante generalizada entre los hombres de ciencia y profesores universitarios donar su cerebro para estudio de los craneometristas, lo cual, además de la consecuencia obvia de que la manipulación de cerebros era mucho más dificultosa que la medición de las capacidades craneanas, reservó una sorpresa y no pocos dolores de cabeza para los craneometristas al mostrar que muchos hombres eminentes como el mismísimo Gall tenían el cerebro pequeño y muchos criminales tenían un cerebro más grande que el de hombres brillantes. Broca comienza a trabajar también en la obtención del índice craneano según la relación existente entre el largo del cráneo y el ancho, clasificando a los individuos en dolicocefalos (con cráneo alargado) y braquicefalos (cuyo cráneo no presentaba mayor diferencia entre largo y ancho). Estos últimos eran considerados inferiores. Si bien la abrumadora cantidad de personas exitosas que eran braquicefalos, mostró rápidamente la debilidad de esta relación causal, durante muchas décadas siguieron apareciendo afirmaciones en este sentido. Otra línea de trabajo consistía en comparar los cerebros femeninos con los masculinos, con el previsible resultado de un volumen y peso mayor en los cerebros de los machos humanos. Si bien estos autores eran conscientes de que la diferencia podía llegar a explicarse perfectamente por la proporción con el volumen del cuerpo en general, no obstante concluían que tales diferencias eran indicadoras de jerarquías diferenciadas. Otro índice craneano bastante corriente, y en el cual también incursionó Broca, se obtenía de la proporción entre la parte anterior y posterior del cerebro, bajo el supuesto de que las facultades superiores de la inteligencia radican en el lóbulo frontal:

Un rostro prognático (proyectado hacia delante), un color de piel más o menos negro, un cabello lanudo y una inferioridad intelectual y social, son rasgos que suelen ir

asociados, mientras que una piel más o menos blanca, un cabello lacio y un rostro ortognático (recto), constituyen la dotación normal de los grupos más elevados en la escala humana [...] Ningún grupo de piel negra, cabello lanudo y rostro prognático ha sido nunca capaz de elevarse espontáneamente hasta el nivel de la civilización (Citado en Gould, 1988).

Este criterio, muy extendido dio lugar a las mediocres del “ángulo facial”, medida basada en la forma de la cabeza y que corresponde a la pendiente de la frente colocando el cráneo de perfil.

Los dos extremos (...) de la línea facial humana son los 70 y los 100 grados, que corresponden al negro y al antiguo griego respectivamente. Por debajo de 70 están los orangutanes y los monos, más bajo todavía, la cabeza del perro (Citado en Chorover, 1979, 1985: p. 53).

Otra de las formas de DB, de gran influencia, fue la antropología criminal basada en la idea de la recapitulación y desarrollada por el médico y criminalista italiano Césare Lombroso (1835-1909), a partir de la publicación de *L'uomo delinquente*. Lombroso elaboró su teoría del “criminal nato”, no sólo como una vaga afirmación del carácter hereditario del crimen —opinión bastante generalizada en la época por otra parte—, sino como una verdadera teoría evolucionista que, basada en la evidencia de los datos antropométricos, sostenía que los criminales son tipos atávicos que perduran, aletargados, en los seres humanos. Según Lombroso, en la herencia humana yacen aletargados gérmenes procedentes de un pasado ancestral. En algunos individuos desafortunados, aquel pasado vuelve a la vida. Esas personas se ven impulsadas por su constitución innata a comportarse como lo harían un mono o un salvaje normales, pero en nuestra sociedad su conducta se considera criminal. Afortunadamente, sostiene Lombroso, podemos identificar a los criminales natos porque su carácter simiesco se traduce en determinados signos anatómicos. Su atavismo es tanto físico como mental, pero los signos físicos, o estigmas, son decisivos. La conducta criminal también puede aparecer en hombres normales, pero se reconoce al “criminal nato” por su anatomía. Lombroso estableció una verdadera tipología de los delincuentes a partir de mediciones de las distintas partes de los cuerpos, como por ejemplo el largo de los brazos y también de la capacidad craneana; de rasgos como la asimetría facial, o características del rostro. Estableció una gran cantidad de estigmas simiescos, que denotaban criminalidad innata: mayor espesor del cráneo, simplicidad de las suturas craneanas, mandíbulas grandes, precocidad de las arrugas, frente baja y estrecha, orejas grandes, ausencia de calvicie, piel más oscura, mayor agudeza visual, menor sensibilidad ante el dolor, y ausencia de reacción vascular

(incapacidad de ruborizarse). Pero también avanzó en otra clase de estigmas no propiamente simiescos: comparó, por ejemplo, los dientes caninos prominentes y el paladar achatado con los lemures y la asimetría facial de algunos delinquentes con la ubicación de los ojos en el cuerpo en algunos peces. Lombroso llegó a agregar otros signos de la criminalidad no propiamente antropométricos, tales como las jergas que utilizan los criminales que, según sostenía, contenían una gran cantidad de voces onomatopéyicas, semejantes a las de los niños que no hablan correctamente; también la presencia de tatuajes, reflejo tanto de la insensibilidad al dolor como del atávico gusto por los adornos fue considerado signo de delincuencia.

La mayor parte del libro de Gould está dedicada, sin embargo, a realizar un fino análisis técnico / científico de los defectos teóricos e instrumentales de las mediciones efectuadas no ya de un rasgo físico concreto, sino de una función del sistema nervioso central como la inteligencia.

Sin embargo, Gould ha dejado fuera de su análisis otras formas no menos importantes de DB, como por ejemplo la frenología, que bien puede considerarse como un antecedente de los estudios morfofisiológicos actuales del cerebro humano, propiciados por los desarrollos tecnológicos de la microscopía electrónica y de los trazadores y marcadores neuronales. Gould no aborda la frenología porque estaban “filosóficamente en la buena senda”, aunque reconoce que a su vez “estaban tan absolutamente equivocados como los falsos medidores”. Los frenólogos pueden ser considerados como los antecesores de la localización cerebral de funciones determinadas y por ello opuestos a la concepción de la inteligencia como cosa única (y medible). La frenología fue iniciada por el médico austriaco Joseph Gall (1758-1828) —que la llamó inicialmente “organología”—, y su estrategia no estaba dirigida a establecer diferencias cuantitativas de distinto orden sino a detectar las zonas del cerebro en las que se encontraban localizadas con cierta precisión las distintas funciones, cuyo desarrollo ocasionaba la hipertrofia de esas zonas con el consiguiente abultamiento del cráneo que les recubría. De modo tal que una buena lectura de ese mapa craneano informaba sobre las cualidades morales e intelectuales innatas de los individuos. Gall estableció casi treinta fuerzas primitivas que se podían medir examinando el cerebro, entre las que se encontraban las correspondientes a la reproducción, el amor, la progenie, la amistad, el odio, el instinto de matar o robar, aunque sus afanes estaban puestos en localizar la memoria, núcleo del funcionamiento cerebral. Se basaba en cuatro principios: 1) Las facultades intelectuales y morales eran innatas. 2) Su ejercicio dependía de la morfología cerebral. 3) Que el cerebro actuaba como el órgano de todas las facultades intelectuales y morales. 4) Que estaba compuesto por muchas partes, como órganos particulares para ocuparse de todas las funciones naturales de los hombres. Un discípulo suyo, Johann Kaspar Spurzheim (1776-1832),

que inventó el término “frenología” con que hoy se denomina esta teoría en los libros de historia, también diseñó las prácticas médicas asociadas consistentes en diagnosticar pautas de comportamiento de un individuo palpando y analizando las protuberancias del cráneo.

Una de las formas más conocida, y también más criticada y controvertida, de DB y de interrelación entre ciencias biológicas y orden social probablemente sea el llamado “darwinismo social”:

El darwinismo social se ha utilizado a menudo como término general para cualquier argumentación sobre las bases biológicas de las diferencias entre los seres humanos, pero el significado inicial se refería a la específica teoría de la estratificación de las clases dentro de las sociedades industriales, en especial a la noción de una clase baja perpetuamente pobre y compuesta de personas genéticamente inferiores que se habían precipitado en su inevitable sino (Gould, 1996, 2003: p. 330).

La idea de evolución, aplicada al ámbito social conlleva las siguientes características:

1. Identificación de las etapas o períodos que se postulan a priori como indicadores de esa misma evolución.
2. El cambio obedece a leyes naturales y, en ese sentido, es inmanente.
3. El cambio es direccional y se da en una secuencia determinada, aunque, obviamente, ninguno de los autores evolucionistas establece plazos para esos cambios. Por esto mismo,
4. El cambio es continuo.

Sin embargo, debe notarse que la teoría de la evolución biológica no cumpliría ni con el punto 1 ni con el 3 y de allí una notoria diferencia con la evolución en lo social. En efecto, si bien habría una especie de símil metodológico entre, por un lado, los biólogos y / o paleontólogos que reconstruyen hacia atrás en el tiempo los eslabones que constituyeron, a la postre, las especies actuales; y por otro lado, los sociólogos, antropólogos e historiadores que hacen lo mismo con las culturas y sociedades, los biólogos evolucionistas nunca pensarían que esos pasos deben repetirse en las otras especies, mientras que sus colegas sociales esperan que las culturas y sociedades “atrasadas” recorran ordenadamente los estadios que los llevarán al mismo nivel que las culturas consideradas más avanzadas. Al mismo tiempo este “retraso” relativo sería un indicador de jerarquías.

Un derivación de las distintas formas de DB es la eugenesia que, básicamente, consiste en tomar medidas para el mejoramiento de la descendencia humana, posibilitando la reproducción diferencial de ciertos grupos considerados valiosos o mejores. Ha constituido un enorme y complejo programa interdisciplinario en el cual estuvo comprometida la comunidad científica

internacional desde los últimos años del siglo XIX hasta, por lo menos, mediados del siglo XX, y cuyo objetivo era el mejoramiento / progreso evolutivo de la humanidad o de grupos humanos, por medio del conocimiento científico y a través de la implementación de diversas tecnologías sociales y políticas públicas. Las principales tecnologías sociales utilizadas o pregonadas por los eugenistas fueron: la obligatoriedad del certificado médico prenupcial, el aborto eugenésico, el control diferencial de la natalidad, esterilización o castración de individuos o grupos determinados y las restricciones a la inmigración. La eugenesia tuvo alcances inusitados, ya que abarcó y contuvo puntos de vista provenientes de la biología, sociología, medicina, políticas sanitarias, tecnologías educativas, políticas inmigratorias, demografía, psiquiatría, ciencias jurídicas y criminología. Habitualmente se la asocia sólo con el nazismo pero – aunque en la Alemania nazi alcanza sus extremos de brutalidad más atroces – fue un fenómeno mundial. La eugenesia podría considerarse la derivación normal y esperable del DB en su solapamiento con la teoría de la evolución y sus posibilidades ideológicas. Incluso sin el movimiento eugenésico las formas más burdas del DB no serían más que errores técnicos.

La última forma de DB es la sociobiología, concepto que algunos autores utilizan en sentido amplio, identificándola con el determinismo biológico. En un sentido más restringido, la sociobiología, se desarrolla a partir de los años setenta, y seguramente debería denominarse “determinismo genético”, porque se basa o pretende hacerlo en los éxitos de la genética y la biología molecular. Se considera en general como el inicio de la moderna sociobiología humana la publicación, en 1975, del libro de Edward Osborne Wilson, *Sociobiology: the new Synthesis*. En el último capítulo, el autor desarrolla una serie de ideas polémicas sobre la aplicación de la sociobiología al estudio de la mente y la cultura humanas. La sociobiología es un programa de investigación que pretende utilizar la teoría de la evolución para dar cuenta de características significativas de índole social, psicológica y conductual en distintas especies; por lo tanto es una teoría del origen y la conservación de las conductas adaptativas por selección natural. Pretende estudiar las bases biológicas de todas las formas de comportamiento social, incluyendo el parentesco y la conducta sexual, partiendo de la selección natural y del concepto de eficacia inclusiva. La hipótesis central es que el comportamiento social de cualquier animal, incluido el hombre, expresa la tendencia a maximizar la eficacia inclusiva (es decir, a dejar el máximo número posible de descendientes), tomando en consideración las alternativas que ofrece la situación y los costos a afrontar.

Reflexiones sobre el problema de la reducción

Según Gould, el DB surge de tendencias erróneas provenientes de tradiciones filosóficas muy antiguas (Gould, 1996, 2003: p. 20): la tendencia al reduccionismo (“o bien el deseo de explicar fenómenos en parte aleatorios, a gran escala e irreductiblemente complejos mediante el comportamiento determinista de los elementos constituyentes más pequeños –los objetos físicos por el movimiento de los átomos, las funciones mentales por la cantidad heredada de materia gris”); la reificación (“o la propensión a convertir un concepto abstracto –como la inteligencia–, en una entidad sólida –como una cantidad de materia cerebral cuantificable”); la dicotomización (o nuestra propensión a analizar la realidad continua y compleja en divisiones duales como “inteligente y estúpido”); y la jerarquía, (“nuestra inclinación a ordenar temas clasificándolos en una serie lineal de valor creciente –grados de inteligencia innata u otras”). De cualquier manera, de las cuatro inclinaciones del pensamiento señaladas por Gould, la más interesante e importante epistemológicamente es el reduccionismo, clave también de las críticas más frecuentes al DB. Veamos brevemente qué se quiere decir cuando se habla de “reduccionismo”. Supóngase la siguiente tabla:

COLUMNA A: Niveles de organización	COLUMNA B: Disciplinas científicas
Sociedades humanas, ecosistemas	Sociología, historia estudios interdisciplinarios, ecología, etc.
Vertebrados con desarrollo del neocortex cerebral	Psicología, etología, ciencias biológicas, etc.
Organismos pluricelulares	Química, biología, etc.
Células y organismo unicelulares	
Virus	
Sistemas macroscópicos inanimados	Física y química.
Moléculas	
Átomos Partículas subatómicas	

En la columna A se ordenan los niveles en que, tentativamente, puede clasificarse la naturaleza. Advuértase que no se trata aquí de niveles de complejidad o simplicidad, sino de niveles cuyos elementos y organización presuponen la existencia de los elementos y la organización de los niveles inferiores. En la columna B aparecen las disciplinas científicas, que, según las incumbencias disciplinares estándar, se ocupan de los distintos niveles. Parece ocioso destacar que ninguna de las dos columnas es definitiva ni exhaustiva: ambas podrían ser completadas y complejizadas a partir de otras sutiles divisiones o, incluso es posible la aparición de nuevos fenómenos o disciplinas / especializaciones científicas. El punto de vista reduccionista supone que los sucesos, procesos o elementos de cada nivel deberían poder explicarse en términos de los niveles más bajos. El reduccionismo defiende la tesis según la cual una disciplina o teoría B puede ser reducida a una disciplina o teoría A (que podemos denominar básica) porque, en el fondo, las entidades de B son estructuras cuyos componentes, relaciones, correlaciones y funcionamiento corresponden a A.

Es un error conceptual tratar de descalificar todo reduccionismo *a priori*, es decir sin atender a los casos a los cuales se aplica. De hecho, la historia nos muestra una enorme cantidad de episodios en los cuales el desarrollo de la ciencia se basó en reducciones exitosas. Entre muchos otros: la física galileana en oposición a las dos físicas provenientes de la tradición aristotélica; la reducción operada hacia principios del siglo XIX de las químicas orgánica e inorgánica a una química general; la biología molecular para explicar aspectos fundamentales del funcionamiento de lo viviente; buena parte de las explicaciones sobre la mente humana a partir de la química del cerebro; etc. Aunque también hay reducciones sujetas a controversias que no terminan (y que probablemente no terminen nunca): explicar el funcionamiento de la sociedad en términos de las conductas individuales o en términos del funcionamiento psicológico de los individuos; dar cuenta del funcionamiento de la economía a partir de lo que algunos economistas llaman “microfundamentos” (las características de los individuos); la medicina estándar también opera una serie de reducciones: la enfermedad como producto social a lo individual, los individuos a órganos (a partir de la especialización), lo psicológico a lo somático (a veces por descalificación a la psicología). Y, finalmente, hay otros episodios reduccionistas de dudosa legitimidad: una función compleja como la inteligencia humana a un factor único —de eso trata el libro de Gould que nos ocupa—; últimamente, las formas más extremas de sociobiología humana atribuyen algunas conductas complejas a factores casi exclusivamente genéticos; esperar que en el futuro habrá una única y mejor explicación para toda realidad en términos de partículas físicas; etc. La legitimidad de muchas reducciones se

pone en cuestionamiento no porque constituyan simplificaciones que dejan de lado las especificidades (en muchos casos este es su costado positivo), sino fundamentalmente porque se trata de explicar fenómenos que son cualitativamente diferentes de la mera agregación de sus componentes más simples. Sobre la base de esta idea (el todo es más que la suma de las partes) se apoya la crítica que desarrolla el emergentismo, el punto de vista opuesto al reduccionismo.

Según las posiciones emergentistas cada nivel de la tabla introduce verdaderas novedades con respecto al nivel inferior. Pueden distinguirse, cuando menos analíticamente, entre un verdadero emergentismo (sustancialista u ontológico) y un falso emergentismo (cognoscitivo o epistémico). Según el primero, las múltiples y diferentes estructuras que ocurren en el universo entero constituyen una larga cadena de niveles que se van superponiendo y cada uno de ellos inaugura fenómenos radicalmente nuevos, pasando a niveles irreducibles a los anteriores. Una de las formas típicas y más criticadas de emergentismo ha sido el vitalismo. “Vitalismo” no es un término unívoco. Aquí me refiero a la corriente de pensamiento filosófico-biológica desarrollada desde mediados del siglo XIX hasta comienzos del XX, que se oponía a toda forma de materialismo y reduccionismo de la vida a fenómeno físico-químico o mecánico, defendiendo la existencia de un principio vital específico que termina siendo una suerte de cualidad misteriosa inexplicable e inhallable (*entelechie* o *psychoïd* le llamaba Driesch, o *élan vital*, le llamaba Bergson). La crítica más fuerte a esta forma de emergentismo consiste en considerarlo sólo como “emergentismo cognoscitivo o epistémico” que, paradójicamente, es una forma de ser reduccionista, y que sostiene que la emergencia no es una propiedad de los objetos, estados, procesos, sino de los conceptos y leyes de la ciencia. No hay referente ontológico objetivo para la emergencia, sino que ella depende del limitado poder explicativo y predictivo de nuestros conocimientos actuales. Sólo indicaría el alcance y estado incompleto de nuestro conocimiento.

Pero, por otro lado, el punto de vista emergentista ha producido éxitos científicos significativos: el nacimiento de las ciencias sociales, por ejemplo, presupone un giro emergentista que inaugura un campo genuino de conocimiento, al considerar que los fenómenos sociales son emergentes con relación a las conductas y condiciones de los individuos particulares; por lo menos una parte de la ciencia económica también supone la autonomía de los fenómenos económicos con respecto a los agentes individuales humanos que la producen; el concepto de “superveniencia”, corriente en la biología actual, una forma de emergentismo desligada del desprestigio que sobrevino al

vitalismo, señala justamente que hay fenómenos irreducibles a sus componentes físicos.

Llegados a este punto queda claro que ni el reduccionismo ni el emergentismo pueden calificarse –o descalificarse– *a priori*. Ambos pueden conducir a éxitos formidables de la razón humana pero, también, el primero a dejar sin explicación adecuada fenómenos multifacéticos y el segundo a postular cualidades misteriosas inexistentes. Obviamente, y por las mismas razones, tampoco uno y otro punto de vista pueden descalificarse apelando a las bondades de sus contrarios. Las formas del DB abordadas por Gould –asociadas a las medidas y formas del cráneo y luego a la medición del CI– son reduccionistas en un doble sentido ilegítimo: porque apelan a la idea de que la condición social de los humanos depende de una sola función –la inteligencia– y que éste es una cosa única que puede medirse. Además de errores científicos como pensar que, dentro de la especie humana, la dotación de inteligencia está en relación directa con el tamaño del cerebro, cometen otros errores epistemológicos: confundir correlaciones positivas (el hecho de que las mujeres, los negros u otros grupos siempre ocupan posiciones desventajosas en la sociedad) con relaciones causales. Aun aceptando los “datos” manejados, es sabido que hay una infradeterminación (Quine, 1960) de la teoría por los datos, es decir, que cualquier conjunto de datos puede ser incorporado a distintas teorías. Algo más elaborada (con su equivocada utilización de la teoría de la evolución y el atavismo), aunque cometiendo los mismos errores, se encuentra la antropología criminal de la escuela italiana y sus derivaciones.

Si bien esas formas más burdas de DB en la actualidad ya no son parte del *corpus* de la ciencia, el estilo de argumentación del DB sigue vigente. Dirimir las discusiones en torno a las distintas formas de DB, incluida la última y más elaborada forma que es la sociobiología, no se consigue tratando de establecer dónde poner el límite entre lo biológico y lo cultural, es decir, averiguando en qué grado los sociobiólogos son más o menos reduccionistas. Nadie discute que hay una suerte de fondo genético, es decir: una dotación genética que permite que las conductas de los seres humanos emerjan en una gama más o menos amplia pero limitada al fin, de posibilidades. La flexibilidad de la conducta humana no constituye un repertorio perfectamente determinado en el nivel genético, sino que hay que buscarla en la “potencialidad biológica” (ver Gould, 1996), como opuesta al DB. Se trata de dos sustentos teóricos diferentes: mientras los que sostienen el DB pretenden encontrar el repertorio posible de conductas como respuesta a los desafíos del medio, hablar de potencialidad biológica implica no tanto que el repertorio de conductas es más flexible (aunque no implica tampoco que no lo sea), sino que, justamente, lo que la evolución ha seleccionado en la especie humana no es el gen de la

agresividad, sino la capacidad de responder a veces agresivamente y a veces cooperativamente. De modo tal que la pregunta: “¿Es innata la agresividad humana, o la xenofobia o cualquier otra característica humana compleja?”, es una pregunta mal formulada o que apunta a encontrar una respuesta en el nivel equivocado (Gould, 1996). Muy probablemente, una respuesta plausible sobre el fundamento de las conductas humanas pase por la aceptación de una dotación genética básica más la indispensable acción del ambiente y la cultura; muy probablemente se trate de una respuesta poco interesante para los medios que hacen divulgación científica y para el cine, y muy poco efectiva para los científicos que buscan explotar algunos recursos mediáticos para conseguir fondos.

Consecuencias metacientíficas

La historia de las ciencias biológicas y biomédicas en general, y la historia del DB de los últimos dos siglos en particular, permite extraer algunas consecuencias metacientíficas –filosóficas, historiográficas y sociológicas–, amplias y generales, y sobre las que vale la pena reflexionar porque pueden servir de criterios para otros análisis. Consecuencias que surgen, en definitiva, por el carácter peculiar de la biología que, en tanto campo disciplinar, se ubica en un área de intersección entre las llamadas ciencias naturales –en el sentido más estricto–, y las ciencias sociales. Esta doble pertenencia de los saberes biológicos se manifiesta en las conexiones directas o indirectas (reales, imaginarias, ideológicas o potenciales) que el conocimiento en muchas áreas de la biología establece con las condiciones sociales de producción, legitimación, reproducción y circulación del conocimiento y con las prácticas y puesta en marcha de tecnologías sociales. De hecho, la vigencia de las distintas formas de DB no se ha resentido en lo más mínimo por la ilegitimidad lógica de la argumentación, que extrae conclusiones que se pretenden válidas para el campo del deber ser a partir del mundo natural. Sin embargo, puede impugnarse el argumento de los deterministas invirtiendo la carga de la prueba, ya que es posible desarrollar un ejercicio intelectual y suponer que las afirmaciones del DB en sus versiones fuertes son, en su mayor parte verdaderas; vale decir, que las conductas socialmente importantes están determinadas genéticamente en un sentido no trivial. Aun si esto fuera así, ello no constituiría fundamento legítimo de las desigualdades sociales. De hecho, las conquistas modernas acerca de los derechos humanos, el respeto por la diferencia o el derecho a la igualdad de oportunidades se establecen a despecho de la diversidad biológica. Las jerarquías son, en todo caso, un producto social, históricamente determinado. Pero también puede impugnarse la argumentación de muchos antideterministas

biológicos, ya que cabe preguntarse en relación con las condiciones reales de vida de los individuos: ¿Qué diferencias prácticas puede haber entre un determinismo que surge de lo biológico y un determinismo basado en las condiciones sociales y la diferencia de oportunidades entre los individuos? Debe quedar claro que el hecho de que las conductas sociales relevantes y las posibilidades de llevar una buena vida no se hallen determinadas genéticamente no significa que no estén determinadas de ninguna manera. Pero, además, sostener que las determinaciones de las conductas y el desempeño en la sociedad dependen de condiciones sociales tampoco significa que se trate de determinaciones débiles. De hecho sigue siendo cierto que en la mayoría de los casos los pobres siguen siendo, a su vez, hijos y padres de pobres y las determinaciones que llevan a consagrar las diferencias sociales son fortísimas, y muchas veces ofrecen dificultades inmensas para ser desarticuladas. Incluso muchas políticas públicas de coyuntura parecen orientadas a consolidar las diferencias más que a revertirlas. Pero, en todo caso, sostener que las condiciones de vida de los hombres, dependen principalmente de las decisiones de los hombres, permite el desarrollo de utopías posibles, lo cual no es poco.

Habitualmente se señala que el DB incluye un grupo de pseudociencias, aunque no queda muy claro cómo se establece ese criterio y aun si tiene algún sentido delimitar entre ciencia y pseudociencia. Incluso Gould señala que se ha tratado de verdaderos “abusos de la ciencia” y se preguntaba en la Introducción a la primera edición de *La Falsa Medida del Hombre*:

(...) ¿La introducción de la ciencia aportó datos legítimos que alteraron o reforzaron un argumento ya esbozado a favor de la jerarquización racial, o bien la opción a priori a favor de dicha jerarquización moldeó las preguntas científicas que se formularon e incluso los datos que se recogieron para sustentar una conclusión fijada de antemano? (Gould, 1988: p. 14)

Pero lo que Gould se pregunta con toda justicia, ubica el problema en una perspectiva sin salida clara. En efecto, por un lado, es muy claro, en las formas de DB más ramplonas, el funcionamiento del argumento de la profecía autocumplida, pero esto no resulta tan patente en las formas actuales asociadas a la genética y la biología molecular. Por otro lado, ¿no funciona la ciencia, en alguna medida significativa, recogiendo datos que responden a preguntas ya fijadas de antemano? Como sea, ni el hecho de contener afirmaciones erróneas, ni su asociación a justificaciones ideológicas de algunas de las aberraciones cometidas por la humanidad, parecen ser argumentos determinantes. Me parece más adecuado partir de un criterio socio-histórico de científicidad según el cual debe tenerse en cuenta, tanto el contexto general en el cual las

teorías y conceptos aparecen, como la consideración que la comunidad científica de un momento determinado tiene de su propia producción. En este sentido, incluso las teorías consideradas en la actualidad como “anticientíficas” constituyen parte legítima de esa historia y, obviamente, aún las manifestaciones más burdas del DB han de ser consideradas genuinos desarrollos científicos aunque sean también planteos ideológicos de los cuales se ha hecho una utilización perversa con resultados trágicos. Cuando todo el aparato productor de conocimiento científico (personas, instituciones, publicaciones, formación de científicos en las universidades, y aun correlación con el imaginario cultural, eficacia simbólica y material, etc.) obtiene un producto que ellos llaman ciencia, ¿cómo habrá de llamársele sino “ciencia”? En todo caso, habrá que modificar las concepciones de ciencia que la ubican lejos del poder y la manipulación y el peligro consista en creer que la verdad científica puede justificar “siempre” y “excluyentemente” las estructuras y las decisiones de la sociedad. Las condiciones sociales de producción y aceptación de conocimientos por parte de la comunidad científica y de la sociedad en general no constituyen un factor “externo” a esos conocimientos, sino más bien verdaderas condiciones de posibilidad de los mismos y, en ese sentido las distintas formas de DB son parte de la ciencia, son configuraciones de la experiencia disponible en un aparato teórico. Como conclusión puede señalarse que: si la historiografía de la ciencia nos llevase a creer que una manifestación que surge de los trabajos e ideas de la comunidad científica depende esencialmente de comportamientos que, según una evaluación previa creemos irracionales o vistos desde la actualidad claramente ideológicos, antes que expulsarla del ámbito de la ciencia, deberíamos realizar una reconsideración de nuestros criterios epistemológicos.

Las formas pasadas y presentes de DB se adecuan perfectamente como casos testigo para los estudios sobre la ciencia, ya que muestran que hay una relación relevante detectable, aunque discernible, entre conocimiento, poder y organización social. En efecto, los planteos eugenésicos que surgen del conocimiento científico disponible, sólo pueden comprenderse plenamente si se los vincula con las prácticas asociadas, el contexto político y social general y las características de la comunidad científica que los llevó adelante. Esta invitación a un abordaje interdisciplinario muestra equidistancia tanto de aquellos que creen que es posible reducir la ciencia a una práctica del poder, como también de aquellos que piensan que el saber se constituye en ámbitos ajenos por completo al poder; ambos son puntos de vista reduccionistas, que resultan insuficientes para dar cuenta de fenómenos sumamente complejos y, en todo caso, muestran que no es posible establecer demarcaciones *a priori* o

extemporáneas entre la ciencia como un producto terminado y el contexto en el cual aparece.

A propósito, justamente, de modificar criterios epistemológicos, una consecuencia importante que puede extraerse para la constitución misma de las incumbencias disciplinares de la historiografía de la ciencia y la filosofía de la ciencia es que ambas mantienen estrechas relaciones. De hecho, aquella siempre asume compromisos epistemológicos, es decir: se basa en alguna concepción determinada sobre lo que es la ciencia. Las distintas manifestaciones del DB, en general, aparecen como otros tantos casos testigo que muestran por un lado la insuficiencia del planteo historiográfico / epistemológico que los deja fuera del análisis por considerarlos manifestaciones pseudocientíficas y, como contraparte, la necesidad de un cambio en la perspectiva de abordaje. Una vez más parece quedar claro que historia y filosofía de la ciencia, lejos de constituir campos disciplinares aislados o con demarcaciones estrictas, se solapan y complementan constantemente. Esta relación se expresa cabalmente en la ya clásica fórmula en la que Lakatos parafrasea a Kant: “La filosofía de la ciencia sin la historia de la ciencia es vacía; la historia de la ciencia sin la filosofía de la ciencia es ciega” (Lakatos, 1970).

El debate sobre el DB lejos de haberse terminado, sigue vigente, no sólo en términos ideológicos, sino también dentro de la ciencia. La disputas entre los programas ambientalista y hereditarista en el estudio de la inteligencia (ver Luján López, 1996), lo mismo que sobre la determinación genética de las conductas y la manipulación de la descendencia están completamente vigentes. Justamente, estas dos últimas cuestiones reflotan el temor y las discusiones sobre el supuesto resurgimiento de la eugenesia (ahora denominada “liberal”) (ver Romeo Casabona, 1999; Habermas, 2001; Nussbaum, 2002; Cortina 2004). El constante desarrollo y la aparición de tecnologías asociadas a la reproducción humana hacen que todo el tiempo se encuentre presente el debate en torno a la legitimidad de modelar la configuración genética de los seres humanos. Si bien en el estado actual de desarrollo científico tecnológico, muy probablemente podemos hacer bastante menos de lo que creemos o los medios publicitan, e independientemente de la cantidad de fantasías circulantes sobre las posibilidades ciertas de intervenir en el “diseño” de los futuros seres, parece accesible (y en el futuro seguramente lo será en mayor medida), la posibilidad de interferir de manera significativa –con algún costo evolutivo difícil de ponderar– sobre nuestra descendencia. En este contexto, resurge el fantasma de la eugenesia ahora bajo la denominación de eugenesia “actual” o “liberal” y el debate se desenvuelve sobre la base de cierto consenso acerca del carácter netamente abusivo y negativo de la eugenesia ya conocida. En este sentido, quienes defienden las nuevas tecnologías reproductivas

intentan marcar las diferencias, y los que las condenan ponen el acento en las similitudes y riesgos potenciales, y mientras algunos alertan sobre los riesgos futuros, otros aseguran que estamos ya ante una nueva eugenesia y reclaman acciones desde el derecho. No me extenderé mucho en este punto. Sólo diré que la eugenesia clásica, más allá de las diferencias en el grado de implementación entre los países y las épocas, se caracterizó por responder a pautas de selección de grupos definidos (población / especie / raza / grupo), con el objetivo expreso de incidir evolutivamente, por realizarse a través del desarrollo de políticas públicas y por ser el resultado de acciones ejercidas de manera coactiva. La llamada “eugenesia liberal actual” es un fenómeno cualitativa y esencialmente diferente de la eugenesia, dado que se caracteriza por la privacidad, la voluntariedad y la no discriminación. La eugenesia actual parece ser, en principio, el producto de decisiones privadas, individuales o familiares, sobre tratamientos terapéuticos, aunque esa decisión puede tener, sin ninguna duda, profundas implicancias para la vida futura del afectado porque se realizan con la finalidad de influir sobre la transmisión de características genéticas a la descendencia; se trata de actos voluntarios, es decir, por ser una decisión libre y voluntaria de los potenciales padres afectados sin depender de ningún poder del Estado; finalmente no apuntan a la discriminación de grupos o sectores de la población, es decir, que son prácticas que no están dirigidas a seleccionar grupos de población específicos, que pudieran resultar discriminados en sus derechos, sobre todo si son aplicadas de modo coactivo. De cualquier modo, creo que aún es posible hablar de una nueva eugenesia, pero en el mismo y seguramente único sentido en que la eugenesia tradicional fue un éxito: en el ámbito de lo ideológico. En efecto, la eugenesia conocida ha sido un fracaso en cuanto a sus objetivos explícitos y, seguramente, sus resultados más palpables y realmente significativos hayan sido, además de algunas tecnologías sociales asociadas a la reproducción y a las condiciones sanitarias, la estigmatización de vastos sectores de la humanidad, según una discriminación por razas, clases sociales, nacionalidades o grupos.

Por todo lo expuesto y para finalizar, y en esto coincido ampliamente con Gould, creo que la necesidad del análisis del DB resulta relevante no sólo desde un punto de vista académico, es decir de los estudios metacientíficos, sino que también es una necesidad práctica directamente relacionada con las consecuencias que la ciencia y el poder tienen en la vida (y la muerte) y en la felicidad o infelicidad de las personas. Cabe consignar, sin embargo, que este interés no está relacionado con la consideración de la historia de la ciencia – esto también vale para la historia en general– como una fuente de lecciones de moral para las generaciones futuras. Las experiencias del pasado poco o nada pueden servir, en este sentido, para evaluar el presente y mucho menos

para contener o impedir el desarrollo de procesos en marcha. Más bien me refiero a la necesidad de promover la reflexión crítica sobre estas y otras cuestiones científicas, sobre todo por el carácter de no-especialistas de la gran mayoría de las personas. Por ello es tan importante la divulgación científica (o, mejor, “comunicación pública de la ciencia”, CPC), entendida no como una mera traducción degradada del discurso científico ni como una simple acumulación de noticias sobre descubrimientos e inventos. Por el contrario, para que la CPC pueda incluir –y dialécticamente pueda nutrirse de– los episodios del DB, debe surgir como parte de los estudios sobre la ciencia y la tecnología. En efecto, toda transmisión de información científica, sea en niveles de especialización, sea en niveles de enseñanza para no científicos, sea en la divulgación, se apoya, de manera explícita o no, en una concepción epistemológica, es decir en ciertos modos de entender la ciencia, sus procedimientos y sus logros. Las características de la CPC (la legitimación misma de los agentes autorizados para llevarla adelante, la selección de temas, la forma de presentarlos, el tipo de discurso utilizado, las especulaciones acerca de las posibilidades futuras del conocimiento científico, las vinculaciones con el contexto histórico y social y con el desarrollo tecnológico, por ejemplo) resultan, inexorablemente, consecuencia de determinados supuestos epistemológicos. El problema con estos supuestos no es que estén allí operando –después de todo no hay posibilidad de desprenderse de ellos–, sino que lo hagan de manera acrítica, ingenua o dogmática.

Convengamos que la ciencia constituye, en tanto producto considerado lingüísticamente, un discurso de primer orden, es decir, que tiene por objeto al mundo. Obviamente no es una caracterización exenta de problemas y, de hecho, los debates de los últimos cien años en la reflexión sobre la ciencia lo demuestran. Sin embargo, sirve para diferenciarla de los discursos de segundo orden o metacientíficos; aquellos que “hablan de” la ciencia, es decir: que su objeto de análisis y discusión es el fenómeno de la ciencia bajo sus múltiples perspectivas. La CPC es un discurso metacientífico, es decir que es una construcción a partir de la ciencia; no es ciencia (mal o bien traducida) sino que “habla de” la ciencia y lo hace de un modo particular y propio. Llamo la atención sobre esta circunstancia porque no se trata de una diferencia menor la que va de considerar a la CPC como el arte de traducir a considerarla como un discurso metacientífico: la constitución, formación y agenda de sus contenidos depende de ello porque implica entrar en un diálogo interdisciplinario con las otras áreas metacientíficas del campo de los estudios sobre la ciencia y la tecnología. La CPC, entonces, no es una traducción (empobrecida) de noticias científicas, en cuyo caso no sólo resultará casi totalmente inútil para la población sino que contribuirá a reforzar una serie de mitos acerca

de la ciencia, sus alcances, limitaciones y formas de producción. Es necesaria una divulgación científica que sea el resultado de la formación académica y profesional en el área de los estudios sobre la ciencia y la tecnología y que, por ello, incluya no sólo noticias científicas, sino también reflexiones metacientíficas que posibiliten un posicionamiento crítico respecto de los significados sociales, sean estos instrumentales o simbólicos, de la actividad científica. La historia del DB resulta para ello un insumo inmejorable. En el mismo contexto, puede vislumbrarse una utilidad didáctica, no menor, para la enseñanza de la historia de la ciencia y de la epistemología. En efecto, el carácter profundamente dual del DB, por un lado funcional a los compromisos ideológicos más aberrantes pero, al mismo tiempo, resultado del trabajo científico genuino, pone en crisis los criterios epistemológicos estándar que coinciden, en general, con la epistemología de sentido común que tienen los estudiantes. Este primer momento de crisis y destrucción debe complementarse con un segundo momento de reconstrucción en el cual se contemplen no sólo el análisis de la estructura racional de las teorías sino también su desarrollo diacrónico y contextual.

Referencias bibliográficas

- Álvarez Peláez, R. (1985), *Sir Francis Galton, padre de la eugenesia*, Madrid, C.S.I.C.
- Álvarez Peláez, R., (1988), *Herencia y Eugenesia. Francis Galton*. Madrid, Alianza Editorial.
- Bernal, J., (1954), *Science in History*, Londres, C.A.Watts and Co. Ltd. Versión en español: *La ciencia en la historia*, México, Editorial Nueva Imagen, 1979.
- Bobbio, N. (1985), *Estudios de historia de la filosofía: de Hobbes a Gramsci*, Madrid, Debate.
- Chorover, S. L., (1979), *From Genesis to genocide*, NY, MIT. Versión en español: *Del génesis al genocidio*, Buenos Aires, Editorial Orbis S.A, 1985.
- Cortina, A., (2004), “Eugenesia liberal y capacidades”, ponencia presentada en The 4th International Conference on the Capability Approach: Enhancing Human Security, Universidad de Pavia, Italia.
- Dawkins, R., (1985), *El gen egoísta*, Buenos Aires, Ed Orbis S.A.
- Dobzhansky, Th., (1973), *Genetic Diversity and Human Equality*, Th. Dobzhansky. Versión en español: *Diversidad genética e igualdad humana*, Barcelona, Labor, 1978.
- Gall, F. J. (1798), *Anatomie et physiologie du système nerveux en général et du cerveau en particulier*.
- Glick, Th; Puig-Samper, M. y Ruiz, R. (edit), (2001), *The Reception of Darwinism in the Iberian World. Spain, Spanish America and Brazil*, Dordrecht, Kluwer Academic Publishers.
- Gould, S. J., (1996), *The Mismeasure of man* (Edición aumentada y revisada), Nueva York, W.W. Norton Company. Versión en español: *La falsa medida del hombre*, Barcelona, Crítica, 2003.
- Habermas, J., (2001), *Die Zukunft der menschlichen Natur. Auf dem Weg zu einer liberalen Eugenik?*; Francfort del Meno, Suhrkamp Verlag. Versión en español: *El futuro de la naturaleza humana. ¿Hacia una eugenesia liberal?*, Barcelona, Paidós, 2002.
- Herrnstein, R. (1971), “IQ”, *Atlantic Monthly*, septiembre, p. 43-64
- Herrnstein, R. y Murray, Ch. (1994), *The Bell Curve: the reshaping of American life by difference in intelligence*, Nueva York, Free Press.

- Hobsbawn, E., (1987), *The Age of Empire 1875-1914*, Londres: Weidenfeld and Nicolson. Versión en español: *La era del Imperio*, Buenos Aires, Editorial Crítica, 1998.
- Kevles, D. J., (1995), *In the name of eugenics*, Harvard University Press, Cambridge.
- Kuhn, T., (1962-1970), *The Structure of Scientific Revolutions*, Chicago, University of Chicago Press. Versión en español: *La estructura de las revoluciones científicas*, México, FCE, 1992.
- Lakatos, I., (1970), *History of Science and its Rational Reconstructions*, PSA, pp. 91-135, East Lansign. Versión en español: *Historia de la ciencia y sus reconstrucciones racionales*, Madrid, Tecnos, 1982.
- Lombroso, C. (1876), *L'uomo delinquente*. Versión en francés: *L'homme criminel*, París, Alcan.
- Luján López, J., (1996), “Teorías de la inteligencia y tecnologías sociales”, en González García, M., *Ciencia, tecnología y sociedad*, Madrid, Editorial Tecnos, 1996.
- Nussbaum, M., (2002), “Genética y Justicia: tratar la enfermedad, respetar la diferencia”, *Isegoría*, N° 27, pp. 5-17.
- Palma, H. (2002), “Gobernar es seleccionar”. *Apuntes sobre la eugenesia*, J. Baudino Ediciones. Segunda edición: (2005) “Gobernar es seleccionar”. *Historia y reflexiones sobre el mejoramiento genético en seres humanos*, J. Baudino Ediciones.
- Palma, H. y Wolovelsky, E., (2001), *Imágenes de la racionalidad científica*, Buenos Aires, Eudeba.
- Paul, D. E., (1946), *The politics of heredity. essays on eugenics, biomedicine and the nature-nurture debate*, Albany, State University of New York Press.
- Quine, W., (1960), *World and Object*, Cambridge, MIT Press.
- Randall, J., (1940), *The Making of the Modern Mind*, Boston, Houghton Mifflin (edición de 1926 revisada). Versión en español: *La formación del pensamiento moderno*, Buenos Aires, M. Moreno, 1981.
- Romeo Casabona, C. M., (edit.) (1999), *La eugenesia hoy*, Bilbao-Granada
- Simpson, G. G., (1951), *The Meaning of evolution*, Yale University Press. Versión en español: *El sentido de la evolución*, Buenos Aires, Eudeba, 1980.
- Stepan, N. L., (1991), *The hour of eugenics: race, gender and nation in Latin American*, Ithaca, Cornell University Press.

Suppe, F., (1974), *The Structure of Scientific Theories*, Illinois, University of Illinois Press. Versión en español: *La estructura de las teorías científicas*, Madrid, Editora Nacional, 1979.

Wilson, E., (1975), *Sociobiology: the new Synthesis*, Cambridge, Belknap. Versión en español: *Sociobiología*, Barcelona, Omega.

Fronteras

Martín Fierro

(Fragmentos)

El gaucho Martín Fierro Canto XIII

Ya veo que somos los dos
astilla del mismo palo:
yo paso por gaucho malo
y usted anda del mismo modo,
y yo, pa acabarlo todo,
a los indios me refalo.

Pido perdón a mi Dios
que tantos bienes me hizo;
pero dende que es preciso
que viva entre los infieles,
yo seré cruel con los crueles:
ansí mi suerte lo quiso,

Dios formó lindas las flores,
delicadas como son,
le dió toda perfección
y cuanto él era capaz,
pero al hombre le dió más
cuando le dió el corazón.

Le dió claridá a la luz,
juerza en su carrera al viento,
le dió vida y movimiento
dende la águila al gusano,
pero mas le dió al cristiano
al darle el entendimiento.

Y aunque a las aves les dió
con otras cosas que inoro,
esos piquitos como oro
y un plumaje como tabla,
le dió al hombre mas tesoro
al darle una lengua que habla.

Y dende que dió á las fieras
esa juria tan inmensa,
que no hay poder que las vensa
ni nada que las asombre
¿qué menos le daría al hombre
que el valor pa su defensa?

Pero tantos bienes juntos
al darle, malicio yo
que en sus adentros pensó
que el hombre los precisaba,
que los bienes igualaban
con las penas que le dió.

Y yo empujao por las más
quiero salir de este infierno;
ya no soy pichón muy tierno
y sé manejar la lanza
y hasta los indios no alcanza
la facultá del gobierno.

Yo sé que allá los caciques
amparan a los cristianos,
y que los tratan de “hermanos”
cuando se van por su gusto.
¿A que andar pasando sustos?
Alcemos el poncho y vamos.

En la cruzada hay peligros
pero ni aun esto me aterra;
yo ruedo sobre la tierra
arrastrao por mi destino
y si erramos el camino...
no es el primero que lo erra.

Si hemos de salvar o no
de esto naides nos responde.
Derecho ande el sol se esconde
tierra adentro hay que tirar;
algún día hemos de llegar...
después sabremos adónde.

No hemos de perder el rumbo,
los dos somos güena yunta;
el que es gaucho va ande apunta,
aunque inore ande se encuentra;
pa el lao en que el sol se dentra
dueblan los pastos la punta.

De hambre no pereceremos,
pues según otros me han dicho
en los campos se hallan bichos
de lo que uno necesita...
gamas, maticos, mulitas,
avestruces y quirquinchos.

Cuando se anda en el desierto
se come uno hasta las colas;
lo han cruzao mujeres solas
llegando al fin con salú,
y ha de ser gaucho el ñandú
que se escape de mis bolas.

Tampoco a la sé le temo,
yo la aguanto muy contento,
busco agua olfatiando al viento,
y dende que no soy manco
ande hay duraznillo blanco
cabo y la saco al momento.

Allá habrá siguridá
ya que aquí no la tenemos,
menos males pasaremos
y ha de haber grande alegría,
el día que nos descolguemos
en alguna toldería.

Fabricaremos un toldo,
como lo hacen tantos otros,
con unos cueros de potro,
que sea sala y sea cocina.
¡Tal vez no falte una china
que se apiade de nosotros!

Allá no hay que trabajar,
vive uno como un señor;
de cuando en cuando un malón,
y si de él sale con vida,
lo pasa echao panza arriba
mirando dar güelta el sol.

Y ya que a juerza de golpes
la suerte nos dejó aflús,
puede que allá veamos luz
y se acaben nuestras penas.
Todas las tierras son güenas
vámosnos, amigo Cruz.

El que maneja las bolas,
y que sabe echar un pial,
o sentarse en un bagual
sin miedo de que lo baje,
entre los mismos salvajes
no puede pasarlo mal.

El amor como la guerra
lo hace el criollo con canciones;
a más de eso, en los malones
podemos aviarnos de algo;
en fin, amigo, yo salgo
de estas pelegrinaciones.

.....
.....

En este punto, el cantor
buscó un porrón pa consuelo,
echó un trago como un cielo,
dando fin a su argumento
y de un golpe al istrumento
lo hizo astillas contra el suelo.

“Ruempo –dijo–, la guitarra,
pa no volverla a templar,
ninguno la ha de tocar,
por siguro tenganló;
pues naides ha de cantar
cuando este gaucho cantó.”

Y daré fin a mis coplas
con aire de relación,
nunca falta un preguntón
más curioso que mujer,
y tal vez quiera saber
cómo fue la conclusión.

Cruz y Fierro de una estancia
una tropilla se arriaron;
por delante se la echaron
como criollos entendidos
y pronto, sin ser sentidos,
por la frontera cruzaron.

Y cuando la habían pasao,
una madrugada clara,
le dijo Cruz que mirara

las últimas poblaciones;
y a Fierro dos lagrimones
le rodaron por la cara.

Y siguiendo el fiel del rumbo,
se entraron en el desierto.
No sé si los habrán muerto
en alguna correría
pero espero que algún día
sabré de ellos algo cierto.

Y ya con estas noticias
mi relación acabé,
por ser ciertas las conté,
todas la desgracias dichas;
es un telar de desdichas
cada gaucho que usté ve.

Pero ponga su esperanza
en el Dios que lo formó
y aquí me despido yo
que referí así a mi modo
MALES QUE CONOCEN TODOS
PERO QUE NAIDES CONTÓ.

La vuelta de Martín Fierro Canto II

Triste suena mi guitarra
y el asunto lo requiere;
ninguno alegrías espere
sinó sentidos lamentos;
de aquel que en duros tormentos
nace, crece, vive y muere.

Es triste dejar sus pagos
y largarse a tierra agena
llevándose la alma llena
de tormentos y dolores,
mas nos llevan los rigores
como el pampero a la arena.

¡Irse a cruzar el desierto
lo mismo que un forajido,
dejando aquí en el olvido,
como dejamos nosotros,
su mujer en brazos de otro
y sus hijitos perdidos!

Cuántas veces al cruzar
en esa inmensa llanura,
al verse en tal desventura
y tan lejos de los suyos,
se tira uno entre los tuyos
a llorar con amargura.

En la orilla de un arroyo
solitario lo pasaba;
en mil cosas cavilaba
y, a una güelta repentina,
se me hacía ver a mi china
o escuchar que me llamaba.

Y las aguas serenitas
bebe el pingo, trago a trago,
mientras sin ningún halago
pasa uno hasta sin comer,
por pensar en su mujer,
en sus hijos y en su pago.

Recordarán que con Cruz
para el desierto tiramos;
en la pampa nos entramos,
cayendo por fin del viaje,
a unos toldos de salvajes,
los primeros que encontramos.

La desgracia nos seguía,
llegamos en mal momento:
estaban en parlamento
tratando de una invasión
y el indio en tal ocasión
recela hasta de su aliento.

Se armó un tremendo alboroto
cuando nos vieron llegar;
no podíamos aplacar
tan peligroso hervidero;
nos tomaron por bomberos
y nos quisieron lanzar.

Nos quitaron los caballos
a los muy pocos minutos;
estaban irresolutos,
quién sabe qué pretendían:
por los ojos nos metían
las lanzas aquellos brutos.

Y déle en su lengüeteo
hacer gestos y cabriolas;
uno desató las bolas
y se nos vino enseguida;
ya no creíamos con vida
salvar ni por carambola.

Allá no hay misericordia
ni esperanza que tener;
el indio es de parecer
que siempre matar se debe,
pues la sangre que no bebe
le gusta verla correr.

Cruz se dispuso a morir
pegiando y me convidó;
aguantemos, dije yo,
el fuego hasta que nos queme:
menos los peligros teme
quien más veces los venció.

Se debe ser más prudente
cuando el peligro es mayor;
siempre se salva mejor
andando con alvertencia
porque no está la prudencia
reñida con el valor.

Vino al fin el lenguaraz
como a traírnos el perdón
nos dijo: “La salvación
se la deben a un cacique,
me manda que les esplique,
que se trata de un malón.”

“Les ha dicho a los demás
que ustedes queden cautivos
por si caín algunos vivos
en poder de los cristianos,
rescatar a sus hermanos
con estos dos fugitivos.”

Volvieron al parlamento
a tratar de sus alianzas,
o tal vez de las matanzas;
y conforme les detallo,
hicieron cerco a caballo
recostándose en las lanzas.

Dentra al centro un indio viejo
y allí a lengüetiar se larga;
quién sabe qué les encarga;
pero toda la riunión
lo escuchó con atención
lo menos tres horas largas.

Pegó al fin tres alaridos
y ya principia otra danza;
para mostrar su pujanza
y dar pruebas de jinete
dio riendas rayando el flete
y revoliando la lanza.

Recorre luego la fila,
frente a cada indio se para,
lo amenaza cara a cara,
y en su juria aquel maldito
acompaña con un grito
el cimbrar de la tacuara.

Se vuelve aquello un incendio
más feo que la misma guerra;
entre una nube de tierra
se hizo allí una mescolanza,
de potros, indios y lanzas,
con alaridos que aterran.

Parece un baile de fieras,
sigún yo me lo imagino:
era inmenso el remolino,
las voces aterradoras,
hasta que al fin de dos horas
se aplacó aquel torbellino.

De noche formaban cerco
y en el centro nos ponían;
para mostrar que querían
quitarnos toda esperanza,
ocho o diez filas de lanzas
al rededor nos hacían.

Allí estaban vigilantes
cuidandonós a porfía;
cuando roncar parecían
“*Huinca*”, gritaba cualquiera,
y toda la fila entera
“*Huinca*”, “*Huinca*”, repetía.

Pero el indio es dormilón
y tiene un sueño projundo;
es roncador sin segundo
y en tal confianza es su vida,
que ronca a pata tendida
aunque se dé güelta el mundo.

Nos aviriguaban todo,
como aquel que se previene,
porque siempre les conviene
saber las juerzas que andan,
donde están, quiénes las mandan,
qué caballos y armas tienen.

A cada respuesta nuestra
uno hace una exclamación,
y luego, en continuación
aquellos indios feroces,
cientos y cientos de voces
repiten al mismo son.

Y aquella voz de uno solo,
que empieza por un gruñido,
lega hasta ser alarido
de toda la muchedumbre,
y así alquieren la costumbre
de pegar esos bramidos

Canto III

De ese modo nos hallamos
empeñaos en la partida;
no hay que darla por perdida
por dura que sea la suerte,
ni que pensar en la muerte
sino en soportar la vida.

Se endurece el corazón,
no teme peligro alguno;
por encontrarlo oportuno
allí juramos los dos
respetar tan sólo a Dios:
de Dios abajo, a ninguno.

El mal es árbol que crece
y que cortado retoña;
la gente esperta o bisoña
sufre de infinitos modos:
la tierra es madre de todos,
pero también da ponzoña.

Mas todo varón prudente
sufre tranquilo sus males;

yo siempre los hallo iguales
en cualquier senda que elijo:
la desgracia tiene hijos,
aunque ella no tiene madre.

Y al que le toca la herencia,
donde quiera halla su ruina;
lo que la suerte destina
no puede el hombre evitar;
porque el cardo ha de pinchar
es que nace con espinas.

Es el destino del pobre
un continuo safarrancho
y pasa como el carancho,
porque el mal nunca se sacia
si el viento de la desgracia
vuela las pajas del rancho.

Mas quien manda los pesares
manda también el consuelo;
la luz que baja del cielo
alumbra al más encumbrao,
y hasta el pelo más delgao
hace su sombra en el suelo.

Pero por más que uno sufra
un rigor que lo atormente,
no debe bajar la frente
nunca, por ningún motivo:
el álamo es más altivo
y gime constantemente.

El indio pasa la vida
robando o echao de panza;
la única ley es la lanza
a que se ha de someter:
lo que le falta en saber
lo suple con desconfianza.

Fuera cosa de engarzarlo
a un indio caritativo;
es duro con el cautivo,
le dan un trato horroroso;
es astuto y receloso,
es audaz y vengativo.

No hay que pedirle favor
ni que aguardar tolerancia;
movidos por su inorancia
y de puro desconfiaos,
nos pusieron separaos
bajo sutil vigilancia.

No pude tener con Cruz
ninguna conversación;
no nos daban ocasión,
nos trataban como ajenos
como dos años lo menos,
duró esta separación.

Relatar nuestras penurias
fuera alargar el asunto;
les diré sobre este punto
que a los dos años recién
nos hizo el cacique el bien
de dejarnos vivir juntos.

Nos retiramos con Cruz
a la orilla de un pajal;
por no pasarlo tan mal
hicimos como un bendito
en el desierto infinito,
con dos cueros de bagual.

Fuimos a esconder allí
nuestra pobre situación,
aliviando con la unión
aquel duro cautiverio;
tristes como un cementerio
al toque de la oración.

Debe el hombre ser valiente
si ha rodar se determina,
primero, cuando camina,
segundo, cuando descansa,
pues en aquellas andanzas
perece el que se acoquina.

Cuando es manso el ternerito
en cualquier vaca se priende;
el que es gaucho esto lo entiende
y ha de entender si le digo,
que andábamos con mi amigo
como pan que no se vende.

Guarecidos en el toldo
charlábamos mano a mano;
éramos dos veteranos
mansos pa las sabandijas,
arrumbaos como cubijas
cuando calienta el verano.

El alimento no abunda
por más empeño que se haga;
lo pasa uno como plaga,
ejercitando la industria
y siempre, como la nutria,
viviendo a la orilla del agua.

En semejante ejercicio
se hace diestro el cazador:
cai el piche engordador,
cai el pájaro que trina;
todo bicho que camina
va parar al asador.

Pues allí a los cuatro vientos
la persecución se lleva;
nadie escapa de la leva
y dende que el alba asoma
ya recorre uno la loma,
el bajo, el nido y la cueva.

El que vive de la caza
a cualquier bicho se atreve
que pluma o cáscara lleve,
pues, cuando la hambre se siente
el hombre le clava el diente
a todo lo que se mueve.

En las sagradas alturas
está el Maestro principal
que enseña a cada animal
a procurarse el sustento
y le brinda el alimento
a todo ser racional.

Y aves, y bichos y pejes,
se mantienen de mil modos;
pero el hombre en su acomodo
es curioso de observar:
es el que sabe llorar
y es el que los come a todos.

Canto IV

Antes de aclarar el día
empieza el indio a aturdir
la pampa con su rugir,
y en alguna madrugada,
sin que sintiéramos nada,
se largaban a invadir.

Primero entierran las prendas
en cuevas, como peludos;
y aquellos indios cerdudos,
siempre llenos de recelos,
en los caballos en pelos
se vienen medio desnudos.

Para pegar el malón
el mejor flete procuran;
y como es su arma segura
vienen con la lanza sola,
y varios pares de bolas
atados a la cintura.

De ese modo anda liviano
no fatiga al mancarrón;
es su espuela en el malón,
después de bien afilao,
un cuernito de venao
que se amarra en el garrón.

El indio que tiene un pingo
que se llega a distinguir,
lo cuida hasta pa dormir;
de ese cuidao es esclavo;
se lo alquila a otro indio bravo
cuando vienen a invadir.

Por vigilarlo no come
y ni aun el sueño concilia;
sólo en eso no hay desidia;
de noche, les asiguro,
para tenerlo siguro
le hace cerco la familia.

Por eso habrán visto ustedes,
si en el caso se han hallao,
y si no lo han observao
ténganlo dende hoy presente,
que todo pampa valiente
anda siempre bien montao

Marcha el indio a trote largo,
paso que rinde y que dura;
viene en dirección sigura
y jamás a su capricho;
no se les escapa bicho
en la noche más oscura.

Caminan entre tinieblas
con un cerco bien formao;
lo estrechan con gran cuidado
y agarran, al aclarar,
ñanduces, gamas, venaos,
cuanto ha podido dentrar.

Su señal es un humito
que se eleva muy arriba,
y no hay quien no lo aperciba
con esa vista que tienen;
de todas partes se vienen
a engrosar la comitiva.

Ansina se van juntando,
hasta hacer esas riuniones
que caín en las invasiones
en número tan crecido;
para formarla han salido
de los últimos rincones.

Es guerra cruel la del indio
porque viene como fiera;
atropella donde quiera
y de asolar no se cansa;
de su pingo y de su lanza
toda salvación espera.

Debe atarse bien la faja
quien a aguardarlo se atreva;
siempre mala intención lleva,
y, como tiene alma grande,
no hay plegaría que lo ablande
ni dolor que lo conmueva.

Odia de muerte al cristiano,
hace guerra sin cuartel;
para matar es sin yel,
es fiero de condición;
no gólpea la compasión
en el pecho del infiel.

Tiene la vista del águila,
del león la temeridá;
en el desierto no habrá
animal que él no lo entienda,
ni fiera de que no aprenda
un istinto de crueldá.

Es tenaz en su barbarie:
no esperen verlo cambiar;
el deseo de mejorar
en su rudeza no cabe;
el bárbaro sólo sabe
emborracharse y peliar.

El indio nunca se ríe,
y pretenderlo es en vano
ni cuando festeja ufano
el triunfo en sus correrías;
la risa en sus alegrías
le pertenece al cristiano.

Se cruzan en el desierto
como un animal feroz;
dan cada alarido atroz
que hace erizar los cabellos;
parece que a todos ellos
los ha maldecido Dios.

Todo el peso del trabajo
lo dejan a las mujeres:
el indio es indio y no quiere
apiar de su condición;
ha nacido indio ladrón
y como indio ladrón muere.

El que envenenen sus armas
les mandan sus hechiceras;
y como ni a Dios veneran,
nada a los pampa contiene;
hasta los nombres que tienen
son de animales y fieras.

Y son, ¡por Cristo bendito!,
los más desasiaos del mundo:
esos indios vagabundos,
con repunancia me acuerdo,
viven lo mismo que el cerdo
en esos toldos inmundos.

Naides puede imaginar
una miseria mayor,
su pobreza causa horror;
no sabe aquel indio bruto
que la tierra no da fruto
si no la riega el sudor.

Canto V

Aquel desierto se agita
cuando la invasión regresa;
llevan miles de cabezas
de vacuno y yeguarizo;
pa no afligirse es preciso
tener bastante firmeza.

Aquello es un hervidero
de pampas, un celemín;
cuando riunen el botín
juntando toda la hacienda,
es cantidá tan tremenda
que no alcanza a verse el fin.

Vuelven las chinas cargadas
con las prendas en montón;
aflije esa destrucción;
acomodaos en cargueros
llevan negocios enteros
que han saquiado en la invasión.

Su pretensión es robar,
no quedar en el pantano;
viene a tierra de cristianos
como juria del infierno;
no se llevan al Gobierno
porque no lo hallan a mano.

Vuelven locos de contentos
cuando han venido a la fija;
antes que ninguno elija
empiezan con todo empeño,
como dijo un santiagueño,
a hacerse *la repartija*.

Se reparten el botín
con igualdá, sin malicia;
no muestra el indio codicia,
ninguna falta comete:
sólo en eso se somete
a una regla de justicia.

Y cada cual con lo suyo
a sus toldos enderiesa;
luego la matanza empieza
tan sin razón ni motivo,
que no queda animal vivo
de esos miles de cabezas.

Y satisfecho el salvaje
de que su oficio ha cumplido,
lo pasa por áhi tendido
volviendo a su haraganar,
y entra la china a cueriar
con un afán desmedido.

A veces a tierra adentro
algunas puntas se llevan;
pero hay pocos que se atreven
a hacer esas incursiones,
porque otros indios ladrones
les suelen pelar la breva.

Pero pienso que los pampas
deben de ser los más rudos;
aunque andan medio desnudos
ni su conveniencia entienden:
por una vaca que venden
quinientas matan al ñudo.

Estas cosas y otras piores
las he visto muchos años;
pero, si yo no me engaño,
concluyó ese bandalaje,
y esos bárbaros salvajes
no podrán hacer más daño.

Las tribus están deshechas;
los caciques más altivos
están muertos o cautivos,
privaos de toda esperanza,
y de la chusma y de la lanza,
ya muy pocos quedan vivos.

Son salvajes por completo
hasta pa su diversión,
pues hacen una junción
que naides se la imagina;
recién le toca a la china
el hacer su papelón.

Cuando el hombre es más salvaje
trata pior a la mujer;
yo no sé que pueda haber
sin ella dicha ni goce.
¡feliz el que la conoce
y logra hacerse querer!

Todo el que entiende la vida
busca a su lao los placeres;
justo es que las considere
el hombre de corazón;
sólo los cobardes son
valientes con sus mujeres.

Pa servir a un desgraciao
pronta la mujer está;
cuando en su camino va
no hay peligro que le asuste;
ni hay una a quien no le guste
una obra de caridá.

No se hallará una mujer
a la que esto no le cuadre;
yo alabo al Eterno Padre,
no porque las hizo bellas,
sino porque a todas ellas
les dió corazón de madre.

Es piadosa y diligente
y sufrida en los trabajos;
tal vez su valor rebajo
aunque la estimo bastante;
mas los indios inorantes
la tratan al estropajo.

Echan la alma trabajando
bajo el más duro rigor;
el marido es su señor;
como tirano la manda,
porque el indio no se ablanda
ni siquiera en el amor.

No tiene cariño a naides
ni sabe lo que es amar;
¡ni qué se puede esperar
de aquellos pechos de bronce!
yo los conocí al llegar
y los calé dende entonces.

Mientras tiene qué comer
permanece sosegao;
yo, que en sus toldos he estao
y sus costumbres oservo,
digo que es como aquel cuervo
que no volvió del mandao.

Es para él como juguete
escupir un crucifijo;
pienso que Dios los maldijo
y ansina al ñudo desato:
el indio, el cerdo y el gato
redaman sangre del hijo.

Mas ya con cuentos de pampas
no ocuparé su atención;
debo pedirles perdón,
pues sin querer me distraje;
por hablar de esos salvajes
me olvidé de la junción.

Hacen un cerco de lanzas,
los indios quedan ajuera;
dentra la china ligera
como yeguada en la trilla,
y empieza allí la cuadrilla
a dar güeltas en la era

A un lao están los caciques,
capitanejos y el trompa
tocando con toda pompa

como un toque de fajina;
adentro muere la china,
sin que aquel círculo rompa.

Muchas veces se les oyen
a las pobres los quejidos;
mas son lamentos perdidos:
alrededor del cercao,
en el suelo están mamaos
los indios, dando alaridos.

Su canto es una palabra
y de ahí no salen jamás;
llevan todas el compás
ioká-ioká repitiendo;
me parece estarlas viendo
más fieras que Satanás.

Al trote dentro del cerco,
sudando, hambrientas, juriosas,
desgreñadas y rotosas,
de sol a sol se lo llevan:
bailan aunque truene o llueva,
cantando la misma cosa.

Hernández, José, *Martín Fierro*,
Bs. As. Eudeba, 2000

Nota filológica preliminar

Elena M. Rojas

Las ediciones de los *Viajes por Europa, Africa i América 1845-1847*, en vida del autor, se suceden de la siguiente manera: en 1849 aparece el primero de los dos tomos de que se compone (el otro tomo saldrá a luz en 1851) en Santiago de Chile, impreso por Julio Belín; la segunda se trata de una reimpresión en Buenos Aires en 1854 y la tercera es la que forma parte de las *Obras completas*, en 1886. Pero es conveniente recordar que después de la aparición de la edición *princeps*, dicho texto se reprodujo en varios periódicos de Chile y Uruguay, por lo que la “Advertencia” de la tercera edición (p. 7) dice que “tomando en cuenta aquellas trascripciones de la prensa periódica, esta tercera edición debería considerarse como la sexta o sétima que ya alcanzan”.

Interesante para cualquier lector, apasionante para los historiadores o filólogos, *Viajes* constituye un texto peculiar, ya que no es, de ninguna manera, una obra concebida como pieza literaria, ni periodística, ni política, ni histórica, si bien a la larga representa un valioso aporte en todos estos órdenes. Sin embargo, Sarmiento no se preocupó por corregir ni pulir ninguna de las ediciones que se llevaron a cabo durante su vida, quizá (entre otras razones) por el hecho de que no lo había motivado, al darles forma, la intención expresa de que esas cartas a sus amigos conformaran luego una obra de trascendencia histórico-política como lo previó, por ejemplo, al concebir el *Facundo*.

De aquí que, al no haber encontrado ningún manuscrito de los *Viajes*, ni corrección alguna en las ediciones mencionadas, que nos iluminen respecto de la voluntad efectiva del autor en cuanto a detalles del texto, sino apenas algunas *variantes* debidas casi con seguridad a errores de imprenta en una o en otra,¹ hemos decidido establecer como texto de la presente edición, la versión de 1886. Esto es el tomo V de las *Obras de D. F. Sarmiento* publicadas por una ley nacional de 1884, durante el gobierno de Julio Argentino Roca, donde

1. Se debe al paciente cotejo realizado por Javier Fernández el establecimiento de algunas de las diferencias ortográficas que se observan entre las ediciones de 1849-1851 y 1886.

reza “bajo los auspicios del gobierno argentino”, simplemente por tratarse de la última edición en vida del autor y porque se realizó a modo de homenaje al ilustre sanjuanino.

Por otra parte, nos movió a reproducir dicho texto sin modificaciones de ningún tipo, el temor de que cualquier alteración de la grafía o de la sintaxis que nosotros realizáramos pudiera llevarnos a cometer una nueva distorsión de lo que en realidad haya escrito Sarmiento; con el riesgo, además, de incurrir en una lamentable modificación de su estilo.

Por tal razón, según ya lo anticipáramos, con actitud respetuosa hacia el genio y la voluntad del autor y de su época, hemos preferido mantener la ortografía de los *Viajes* sin ningún tipo de corrección ni actualización. Justificamos esta decisión esgrimiendo dos motivos más: uno, que el hecho de modificar la apariencia gráfica de cualquier texto, si bien puede colaborar al logro de una lectura más fluida, le quita en gran proporción el sabor contextual histórico que la escritura original le otorga. El otro, el más importante quizá, que cambiar la ortografía de una obra como los *Viajes*, en la que sobresale la vena creativa del autor, pudiera interpretarse erróneamente como un modo de desautorizar una de las convicciones que le ocasionaran mayores conflictos durante su vida.²

Por lo tanto, en esta edición el lector podrá apreciar por sí mismo gran parte de la propuesta ortográfica de Sarmiento que “se basa en la pronunciación americana”.³ Ella consistía, principalmente, siguiendo los principios de la adecuación fonética, en la sustitución de *ç* por *s*,⁴ de *v* por *b*, de *g* por *j* en los casos en que suenan de la misma manera,⁵ de la *y* vocálica por *i*, de la *x* (un solo grafema) por *s*, *cs* o *gs* (dos grafemas), contrariamente a la *qu* (dos grafemas) por *c* (uno solo, respondiendo a la pronunciación de un solo fonema),⁶ y en la representación de la vibrante múltiple /r/ siempre con *rr*.

2. Véase, al respecto, de Paul Vardevoye el capítulo sobre “La cuestión de la ortografía en Domingo Faustino Sarmiento, educar y escribir opinando” (1839-1852), Ed. Plus Ultra, Buenos Aires 1988, pp. 197-208; y Lidia Contreras, “Sarmiento y la polémica ortográfica en Chile”, en *Actas del VIII Congreso Internacional de ALFAL, UNAM-UNTI*, México-Tucumán, 1991m oo, 235-242.

3. Cf. el diario *El Mercurio*, apud Lidia Contreras, op. cit. p. 239.

4. Este cambio no se observa en la edición de los *Viajes* que hemos adoptado, aunque en algunas ocasiones se ha producido una confusión, como se manifiesta en *agazajos* (p. 48), por ejemplo...

5. La sustitución de *g* por *j* había sido impuesta en Chile con anterioridad a la decisión ortográfica de Sarmiento. Véase Lidia Contreras, op. cit.

6. Este tipo de sustitución tampoco se observa en los *Viajes*.

En el caso del uso del acento, Sarmiento no fue explícito, pero a través de los *Viajes* nos permite deducir que las palabras oxítonas terminadas en *vocal* llevan siempre tilde, sean polisílabas o monosílabas, nominales o verbales. En cambio, cuando finalizan en *-n* o *s* no reciben acento en su escritura: *paralización, corazón, fogón, cañón, bailarín* o *demos, jenoves, frances*. Las paroxítonas en singular, terminadas en *-n* o *-s* llevan acento ortográfico, mientras que las formas de igual apariencia, pero que en realidad son de plurales verbales en el primer caso o nominales en el segundo, no: *orden, imájen*, frente a *sirven, yacen*; o *cintes, ménos, crisis, entónces, léjos*, frente a *convulsiones, trajes*. De modo similar, se observan diferencias entre las formas nominales y verbales de más de dos sílabas con igual pronunciación, pues se usa un acento ortográfico que produce hiato en las primeras, y se produce la ausencia de éste, con apariencia de diptongo, en las segundas: *enerjía, coquetería, orjía*, frente a *asistia, vivian, habia*. En cambio en las bisílabas se observa la falta de tilde en todas las formas (nominales, pronominales, verbales): *guia, mio, oian*.

En relación con la manera de escribir de Sarmiento, debemos confesar que ésta nos provoca igualmente la actitud de acatamiento que nos produjera la ortografía y nos induce a aceptar en él lo que en otros no permitiríamos quizá, aun cuando de todos modos cuestionamos algunas incorrecciones.⁷ Pero ¿qué podríamos corregir, qué podríamos cambiar en su prosa con tanto bagaje de ideas, con tantas experiencias apasionantes, si tenemos en cuenta además que lo que escribió lo escribió como él quería, como lo sintió? Y si ponemos algo en duda recordemos su consejo:

en lugar de ocuparos de las formas, de la pureza de las palabras, de lo redondeado de la frase, de lo que dijo Cervantes o fray Luis de León, adquirid ideas de donde quiera que vengan, nutrid vuestro espíritu con las manifestaciones del pensamiento de los grandes luminares de la época; y cuando sintáis que vuestro pensamiento a su vez se despierta, echad miradas observadoras sobre vuestra patria, sobre el pueblo... y, en seguida escribid con amor, con corazón, lo que os alcance, lo que se os antoje, que eso será bueno en el fondo, aunque la forma sea incorrecta; será apasionado, aunque a veces sea inexacto; agrada al lector aunque rabie Garcilaso (O. C., t. 1, p. 228).

7. En el punto 5.7. del estudio lingüístico que acompaña al texto pueden observarse algunas anomalías gramaticales.

Una modesta advertencia

(De la correctora de pruebas al lector neófito)

Purificación Jiménez

Uno de los aciertos de la colección Archivos –como ya saben quienes se han acercado con anterioridad a alguno de los títulos publicados– es el aparato crítico que acompaña a las obras estudiadas, para profundizar y sacar a luz su auténtico valor tanto en el fondo como en la forma.

En este sentido, ciñéndonos al libro que ahora nos ocupa, la “Nota filológica preliminar” de la profesora Elena M. Rojas, así como algunos textos de otros investigadores incluidos en esta edición, se muestra reveladora y hasta imprescindible para el lector, antes de adentrarse en los *Viajes*. Quiere esto decir que, pese a no ser en modo alguno un caso único en la literatura de lengua española, es tal la *diversidad* ortográfica (no por variada sino por diferente) de esta obra que cabe el riesgo de que algunos lectores, atraídos por la original grafía de las palabras, presten al aspecto exterior de éstas más atención de la necesaria, en detrimento de su contenido.

Por supuesto que ningún conocedor de la literatura hispanoamericana –y argentina en particular– se verá sorprendido ante las peculiaridades ortográficas de la obra que tiene en las manos. Pero quien, ignorante de las reformas lingüísticas que Sarmiento quiso introducir en la ortografía del español de América, se aproxime por vez primera a los *Viajes* sin haber tenido contacto con ninguna obra de este autor, tal vez se sienta decepcionado por lo que en primera instancia juzgue como gravísimas erratas de imprenta.

Porque en modo alguno es así y porque, desde nuestra modesta contribución como correctora de pruebas, quisiera tranquilizar al lector con la certeza de que la presente edición es una de las más fidedignas que existen en la bibliografía de Sarmiento, se ha creído oportuno incluir aquí unas breves anotaciones mías –simples notas al margen y pequeño complemento de la ya citada “Nota filológica”– que fui elaborando a medida que avanzaba en la lectura y que me han servido como método de trabajo, en la esperanza de que hasta los más neófitos en el *corpus* sarmientino saquen el mayor partido posible a la lectura de los *Viajes*.

Para el lector atento, la lectura cuidadosa de esta obra será —como lo ha sido para mí— una experiencia enriquecedora, dada su dificultad intrínseca. Con todo, pese al deseo de unificar criterios y uniformar la grafía de las palabras que se repiten a lo largo de sus páginas, no ha sido posible hacerlo, considerando la perentoria necesidad de atenerme a la edición que constituye el texto base de nuestra publicación. Por ese motivo se verán nombres geográficos, de ciudades, ríos, etc., escritos de diferentes maneras, o alternancias en el uso de la *b* y la *y* que son imposibles de explicar. He aquí otras observaciones de este tenor:

—Sarmiento cambia la *g* por la *j* cuando ambos fonemas suenan igual: *ajítar*, *jeneral arjentino*, *jente*, *teolójia*.

—Siempre acentúa correctamente las palabras esdrújulas: espíritu, marítimo, república, monárquico, de modo que se ha añadido la tilde en los pocos casos en que ésta faltaba.

—Siempre acentúa las palabras graves o llanas terminadas en *n*, *s* y *vocal* (exactamente al contrario de la regla vigente estipulada por la Real Academia de la Lengua Española): *exámen*, *volúmen*, *léjos*, *cintes*, *miéntras*, *ménos*, *láblio*, *apénas*, *hácia*, *entónces*.

—No acentúa en cambio las palabras agudas terminadas en *n*: *Milan*, *sacristan*, *desden*, *jardín*, *creacion*, *inquisicion*, *aun* (por “todavía”), *tambien*, *volean*, pero sí las formas verbales en tercera persona del plural: *están*.

—Tampoco aparecen acentuadas las palabras agudas terminadas en *s*: *ademas*, *Paris*, *despues*, *frances*, ni *jenoves*, pero sí “inglés”.

—Siempre acentúa los monosílabos terminados en *vocal* (como prescribía la Academia en el siglo pasado y aun hasta 1972): *pié*, *be dá*, *tí*, *fuí*, *vió*, *dió*, y obra correctamente al no acentuar los terminados en *s*, aunque escribe *mas* (sin tilde) cuando se trata del adverbio de cantidad o la partícula de comparación y por tanto parece confundir su uso con el de la conjunción adversativa equivalente a “pero”.

—No acentúa *rio*, *mio* (el pronombre posesivo de primera persona singular), *guía* ni *dia*, pero sí las palabras polisílabas igualmente terminadas en *-ía*: *fantasía*, *bahía*, *todavía*, *batería*, *policía*, salvo los verbos en tiempo imperfecto y condicional: *se escondia*, *habia*, *habria*, *decia*, *vendria*, *hacia*. Con respecto a este vocablo, para no desorientarse será preciso recordar que según Sarmiento, *hacia* = imperfecto del verbo “hacer” (3° persona sing.); *hácia* = preposición.

—Escribe *s* en lugar de *x* en todos los casos: *esportar*, *misto*, *estraño*, *pretesto*, *extranjero*, salvo cuando se trata de una *x* intervocálica: *aproximacion*, *próximo*, *existencia*. Pero encontramos *ausilio* en todas las ocasiones.

—Siempre escribe *sostituir* por “sustituir”. Al tratarse de una constante a lo largo de la obra, respetamos la *o*.

—Igualmente, siempre escribe *absorver* y *absorvido*.

—La letra *b* parece representar un caso particularmente caótico, pues si bien más de uno compartiría con Sarmiento su intención de eliminarla en los casos en que es muda (que son casi todos, por otra parte): *endija*, *truan* y *truanes*, etc., crea desazón hallar en el texto base una misma palabra que a veces la lleva y otras no (*rehabilitacion* / *reabilitacion*) y hasta palabras que deben escribirse sin ella, lo que supone una de las erratas más pedantes: *abullar*, *bilacion*.

—Respecto a la ausencia de signos ortográficos como *ç* y *ï*, que la mayoría de las veces cierran pero no abren, hemos respetado la edición base aun a sabiendas de que su omisión constituye una errata tan grave como cualquier otra.

Viajes por Europa, África y América

Domingo Faustino Sarmiento

Estaba, pues, en Arjel, que desde Chile formaba parte mui notable de mi programa de viaje, i a medida que ascendia los escalones que forman las calles, la variedad de trajes, la multiplicidad de los idiomas, i la mezcla le pueblos i (le razas humanas escitando la curiosidad, me hacian olvidar todas las tribulaciones que hasta entónces tenia experimentadas. Arjel basta, con efecto, para darnos una idea de las costumbres i modos de ser orientales; que en cuanto al Oriente, que tantos prestigios tiene para el europeo, sus antigüedades i tradiciones son letra muerta para el americano, hijo menor de la familia cristiana. Nuestro Oriente es la Europa, i si alguna luz brilla mas allá, nuestros ojos no están preparados para recibirla, sino al traves del prisma europeo. Los moros en Arjel, los arabes, los turcos i lo judíos,¹ cada uno de estos pueblos conserva aun su tipo orijinal, i la mezcla de franceses, españoles e italianos, sirve, léjos de confundirlos, para hacer mas notables sus diferencias de raza i vestiduras. Las mujeres judías, por ejemplo, visten un gaban, exactamente como el de nuestros clérigos, con mangas de telas diáfanas como las del sobrepelliz, i un magnífico pectoral recamado de oro, acaso análogo al del gran sacerdote hebreo. Las moriscas atraviesan las calles envueltas de piés a cabeza, en una nube de velos blancos i transparentes, lo bastante para dejarse ver unos a otros, sin que nada de humano revelaran estos fantasmas ambulantes si una estrecha abertura horizontal en la frente no permitiese ver dos ojos negros, brillantes, grandes i hermosos para probar que no sin razon los poetas orientales han comparado los ojos de sus mujeres con los de la gacela del desierto. En fin, entre la variada mezcla de uniformes militares, trajes moriscos i europeos, que atraen las miradas, el color local se conserva, formando el fondo de este estraño cuadro, en el albornoz blanquizco, sucio i desgarrado que cubre al árabe, no dejando a la vista sino el tostado i mústio semblante de los que lo llevan.

1. Primera edición: *los judíos*.

Pasadas estas primeras impresiones, la ilusion empieza a desvanecerse, empero, i en lugar de las numerosas mezquitas i minarettes, que el viajero espera encontrar entre los compatriotas del Profeta, al subir a la plaza de Orleans, cuyo artificial pavimento sostienen dos órdenes de bóvedas superpuestas, la Europa se presenta de golpe en el plantel del futuro Paris africano, con sus magníficos hoteles, perfumerías i restaurantes, sus calles flanqueadas de galerías cubiertas como las que avecinan al jardin de las Tullerías,² las mullas por todas partes tapizadas de carteles, que en letrones monstruos i con todo el charlatanismo del *affiche*, anuncian los objetos de moda, los libros nuevos, las funciones teatrales, i los decretos del gobernador jeneral. Centenares de carretelas i doscientos ómnibus cambian sin cesar su depósito de transeuntes, sin que las dilijencias de seis caballos escaseen, llevando o trayendo colonias de viajeros para los distintos puntos de la Arjelia, con visible pavor de los tímidos camellos, a quienes sorprende i detiene en el camino su enorme mole.

Solo remontando a los barrios mas oscuros de la ciudad, puede observarse la vida i construccion árabes, en las hileras de tiendas en que sus inquilinos hilan sentados en el suelo, o fuman en silencio su larga pipa a lo largo de los pasadizos sombríos i húmedos que forman tortuosas calles de una vara de ancho. Por todas partes en el litoral se observa la misma transformacion i movimiento; i al paso que van las cosas, dentro de poco podrá sin impropiedad llamarse este país la Francia africana.

Las bellísimas colinas que forman las costas estendiéndose al interior como onduloso mar de verdura, se cubren de villas construidas por el ejército frances a golpe de tambor; muchas de ellas están como cuerpo sin alma esperando los moradores que han de darles animacion i vida.

Traslomando aquel macizo de colinas, salpicadas de casillas blancas i quintas sombreadas de olivos seculares, por las anchas carreteras abiertas sobre las trazas que a cada paso se descubren de las antiguas vías romanas, el horizonte empieza a despejarse, i al volver de una eminencia la vista descubre de golpe la hermosa cuanto célebre llanura de la Mitidja, terminada al lado opuesto por la primera cadena del clásico Atlas, que se eleva majestuoso i solemne como la mampara que oculta los misterios del Africa central. Esta llanura se estiende treinta leguas hácia el interior, i en su centro como en sus costados, blanquean a lo léjos las villas antiguas o modernas en que se reconcentra su escasa poblacion. Hácia el lado de las colinas, se divisa el Colleah, o la ciudad santa, desde donde el famoso Sidi-Embarek disputó a los franceses largos años la posesion de la Mitidja. Al centro se encuentra Bufarik, el mercado del

2. Primera edición: *Tullerías*.

ganado, a cuyo recinto acuden los lúnes de todos los puntos de la llanura i de los declives del vecino Atlas, los pastores árabes con sus camellos, cabras i bueyes. Mas adelante, i tomando desde allí el camino una direccion recta hácia el lado opuesto de la llanura, se llega a la colonia militar de Beni-El-Merrch, notable por la hermosa columna elevada a la memoria de treinta i dos soldados que se defendieron allí contra cuatro mil árabes. El padre del sarjento que mandaba este heroico destacamento, vino de Francia hace tres meses a derramar lágrimas de ternura sobre la tumba gloriosa de su malogrado hijo, a quien la tropa mandada en su auxilio, halló traspasado de balas, pero reteniendo aun en su yerta mano las comunicaciones de que era portador. En fin, la rectitud del camino macadamizado, i la celeridad de las diligencias hacen que, no obstante la distancia de seis leguas, ancho de la llanura, se deje apercibir bien pronto la ciudad de Blidah o de los deleites, i los encantados jardines de naranjos i granados que la rodean, justificando con su frescor i verdura nombre tan poético. La cadena del Atlas se interrumpe allí para dar paso a los raudales cristalinos que descienden de sus entrañas, dejando ver en su seno quebradas blandas i ricas de vejetacion, por cuyas sinuosidades trepa la cultura esmaltando de huertos i de alquerías sus declives hasta una considerable altura. Blidah era el Tívoli árabe, el lugar de los deleites, como lo dice su nombre, i no era grande i poderoso señor de la Mitidja, el agah o kadi que no encerraba en sus muros un harem ricamente dotado. Hoi es una villa francesa, acantonamiento de los rejimientos de Spahis, caballería árabe, i apenas notable por lo esquisito de sus frutas i su regalada mesa, cuyo lujo entretienen los curiosos que van a recorrer la vecina llanura.

La Mitidja, que hace solo cuatro años doce mil hombres no podian recorrer sin peligro, está hoi atravesada en todas direcciones por rutas macadamizadas que conducen, sin otra escolta que el postillon, a Aumale, Joinville, la Casa-Cuadrada, Medeah, Milianah, etc. Pero si la conquista militar de esta bella estension de pais está terminada, mucho falta para que la poblacion europea pueda volverle el esplendor que alcanzó en tiempo de los romanos, de cuyos trabajos colosales aun queda entre otras ruinas, resistiendo de pié al embate de los siglos i de los torrentes, un sólido puente hácia la parte del mar. A lo largo de la llanura se estiende una faja de vejetacion amarillenta, que está denunciando la existencia de un ciénago, receptáculo de las lluvias de invierno, el cual fermentado en el estío por los rayos del sol africano, exhala en miasmas pestilentes la muerte que se arrastra siguiendo la direccion de los vientos, i va a introducir la desolacion en el seno de las circunvecinas poblaciones. No há dos meses que una villa de ochocientos habitantes se sintió anegada a deshora por una avenida repentina; las aguas ascendieron en unas

pocas horas hasta la altura de los techos adonde se habian refugiado los moradores, hasta que habitantes i habitaciones desaparecieron para siempre.

Así, la llanura de la Mitidja empieza a esparcir sombras indecisas sobre esta colonizacion francesa, que a primera vista parece irrevocablemente terminada. Entre las bellas construcciones que nos hacen soñarnos en medio de la Europa; bajo las magníficas rutas que parecen una restauración romana, el foco de la peste se esconde como el aspid entre las flores; i los torrentes que descienden súbitamente del Atlas dan cuenta en una hora del trabajo de muchos años. Otro tanto i peor sucede en lo moral; en despecho del ejército i del aparente aluvion europeo, el embozado albornoz árabe está ahí siempre, i bajo sus anchos pliegues, un pueblo orijinal, un idioma primitivo, i una relijion intolerante i feroz por su esencia, que no acepta, sin la perdicion eterna, el trato siquiera con los cristianos. La tristeza habitual del grave semblante árabe, está revelando, en su humildad aparente, la resignacion que no desespera, la enerjía que no se somete, Sino que aplaza para días mejores la venganza, la rehabilitacion i el triunfo.

Los franceses se habian dejado fascinar tambien por aquella apariencia ordinariamente tranquila de los hombres i de la naturaleza en Africa. Torrentes de sangre de sus soldados habian bautizado europea a esta tierra indómita; la táctica del pueblo mas guerrero del mundo, introducía por doquier el espanto i la turbacion, en medio de las masas de jinetes árabes; cuantos caudillos habia suscitado el amor a la independenciam, o el fanatismo relijioso, habian ya mordido el polvo; Abd-El-Kader, el mas poderoso de todos, estaba en su impotencia, relegado a algun oasis ignorado del Sahara; las columnas volantes del ejército se preparaban, faltas de ocupacion, a escalar las inaccesibles Kabylas,³ i no quedaba tribu por apartada, ni agah apartada, ni agah por empecinado, que no pagase mal de su grado el tributo. Catorce años de triunfos dejaban al fin tiempo i reposo suficiente para emprender un vasto sistema de colonizacion, cuando de repente, i sin que el menor indicio hubiese traicionado la proximidad de la borrasca, el Africa, desde las puertas de Arjel, se alza como un solo hombre; diez árabes no quedan sumisos al gobierno frances, i ciento veinte mil soldados bastan apénas a apagar con sangre este vasto incendio, que parece haber estallado intuitiva i simultáneamente en cada punto de la Arjelia, atizado en el hogar de cada tienda, por el soplo de cada hombre que lleva albornoz.⁴

Despues de sometidas de nuevo a la coyunda las vencidas tribus, los vencedores han querido penetrar en el misterio que encubren estas conmociones eléctricas que nada al aparecer justifica, i envainando la espada, para tomar la

3. Primera edición: *Kabylias*.

4. Primera edición: *bornoz*.

pluma que ordena los datos recojidos i las ideas que el espectáculo de las cosas despierta, han podido trazar la biografía moral de este pueblo, ora escuchando los cantos de sus trovadores, ora echando una mirada furtiva sobre el libro que en piadoso recojimiento recorre horas enteras el *tolba* o doctor, ora en fin, rondando por las mezcuitas i asechando⁵ las veces que el devoto besa el suelo, o repasa las cuentas de su rosario. Todas estas bagatelas han dado, por fin, la solución de un gran problema, i mostrado la sima cavada⁶ bajo las plantas europeas en Africa; inmenso cráter de un volcan cuyas erupciones pueden interrumpirse, pero cuyo foco existe, vivo, ardiente e inestinguible. Los franceses no se hacen ya ilusión i saben que por un siglo al ménos, cien mil hombres habrán de montar guardia por toda la estension de la Arjelía para espiar desde las alturas la agitacion que puede renacer en el pardusco grupo de tiendas clavadas en la llanura; traducir las imperceptibles emociones que hayan de pintarse en el inmutable semblante del árabe, o levantar la punta del albornoz del transeunte, que puede encubrir el puñal del fanático, o el rosario del santón que anda convocando a la guerra santa.

No sé qué sentimiento mezclado de pavor i admiracion, me causa la vista de este pueblo árabe, sobre cuyo cerebro granítico no han podido hacer mella cuarenta siglos; el mismo hoí que cuando Jacob separaba sus tiendas i sus rebaños para ir a formar una nacion aparte; pueblo anterior a los tiempos históricos, i que no obstante los grandes acontecimientos en que se ha mezclado, las naciones poderosas que ha destruido, las civilizaciones que ha acarreado de un lugar a otro, conserva hoí el vestido talar de los patriarcas, la organizacion primitiva de la tribu, la vida nómade de la tienda, i el espíritu eminentemente relijioso que ha debido caracterizar las primeras sociedades humanas, cuyos abuelos habian presenciado el diluvio, o sido testigos de alguna grande manifestacion de la presencia de Dios sobre la tierra aun despoblada. Porque para comprender los acontecimientos actuales del Africa, no basta, a mi juicio, abrir el Koran, que no daría sino una imperfecta idea del carácter, creencias i preocupaciones árabes. En la Biblia sólo puede encontrarse el tipo impercedero de esta impercedera raza patriarcal. Árabe era Abraham por más que los descendientes de Ismael odien i desprecien a sus primos los judíos, una es la fuente de donde parten estos dos raudales relijiosos que han trastornado la faz del mundo; del mismo tronco ha salido el Evangelio i el Koran; el primero preparando los progresos de la especie humana, i continuando las puras tradiciones primitivas; el segundo, como una protesta de las razas pastoras, inmovilizando la intelijencia i estereotipando las costumbres bárbaras de las primeras edades del mundo. Los árabes i los hebreos se parecen

5. *Sic.*

6. Primera edición: *cabada*.

en que todas sus instituciones son religiosas; sus guerreros, como sus oradores, sus conquistas, como sus servidumbres. Recuerde usted sino la formación de la monarquía hebrea por la intervención de un sacerdote, el alzamiento de David, la influencia de los profetas sobre la opinión pública, i los acontecimientos contemporáneos; i al fin, sesenta años despues de Jesucristo, los enviados de Dios que sublevaban la poblacion contra los romanos, el sitio de Jerusalem por Tito, i la dispersion del pueblo, que ya no tenia papel que representar en la historia del mundo. Pues sucesos análogos, resortes idénticos i creencias iguales, estorban hoi en Arjel o retardan la pacificación del pais. Los árabes están en este momento esperando un Mesías, cortado por el padron de Mahoma, que debe rescatarlos de la servidumbre francesa, el terrible *Mule-Saa* o el *hombre del momento* que todas las profecías tienen anunciado; de manera que el mas leve susurro que ajita las yerbas secas del desierto, el rumor lejano de pisadas de caballos, basta para alarmar el espíritu inquieto, crédulo e irreflexivo del árabe i precipitarlo en la rebelion.

No vaya Ud. a tomar este asunto con la lijereza incrédula del cristiano de nuestra época. La palabra incredulidad no existe todavía entre los árabes, i Abd-El-Kader no fuera tan grande guerrero, si no creyera i esperara firmemente. Por otra parte, las profecías son tan claras i terminantes, la época de su realizacion tan distintamente señalada, que solo un perro infiel, es decir un cristiano, puede dudar de su autenticidad, de manera que el tolba, teólogo, apenas necesita hacer uso de su ciencia de interpretacion, para explicar algunos accidentes accesorios al testo,⁷ al parecer discordantes con los hechos actuales.

7. Primera edición: *texto*.

Shakespeare en la selva

Laura Bohannan

Justo antes de partir de Oxford hacia territorio Tiv, en África Occidental, mantuve una conversación en torno a la programación de la temporada en Straford. “Vosotros los americanos”, dijo un amigo “soléis tener problemas con Shakespeare. Después de todo, era un poeta muy inglés, y uno puede fácilmente malinterpretar lo universal cuando no ha entendido lo particular.”

Yo repliqué que la naturaleza humana es bastante similar en todo el mundo; al menos, la trama y los temas de las grandes tragedias resultarían siempre claros –en todas partes–, aunque acaso algunos detalles relacionados con costumbres determinadas tuvieran que ser explicados y las dificultades de traducción pudieran provocar algunos leves cambios. Con el ánimo de cerrar una discusión que no había posibilidad de concluir, mi amigo me regaló un ejemplar de *Hamlet* para que lo estudiara en la selva africana: me ayudaría, según él, a elevarme mentalmente sobre el entorno primitivo, y quizá, por vía de la prolongada meditación, alcanzara yo la gracia de su interpretación correcta.

Era mi segundo viaje de campo a esa tribu africana, y me encontraba dispuesta para establecerme en una de las zonas más remotas de su territorio –un área difícil de cruzar incluso a pie. Al final me situé en una colina que pertenecía a un anciano venerable, cabeza de una explotación doméstica de unas ciento cuarenta personas, todos ellos parientes próximos de él, o bien mujeres e hijos suyos. Al igual que otros ancianos en los alrededores, pasaba la mayor parte de su tiempo ejecutando ceremonias de las que apenas pueden verse hoy día en zonas de la tribu que son de más fácil acceso. Yo estaba encantada. Pronto vendrían tres meses de ocio y aislamiento forzosos, entre las cosechas que tiene lugar antes de la época de las crecidas y el desbroce de nuevos campos tras la retirada del agua. Entonces, pensaba yo, tendrían más tiempo para ejecutar ceremonias y para explicármelas a mí.

Estaba muy equivocada. La mayoría de las ceremonias exigía la presencia de los hombres más viejos de varios poblados.

Cuando las inundaciones comenzaron, a los ancianos les resultaba demasiado difícil ir caminando de un poblado a otro, y las ceremonias fueron cesando poco a poco. Cuando las inundaciones se hicieron intensas, toda

actividad quedó paralizada, con una sola excepción. Las mujeres preparaban cerveza de mijo y maíz, y hombres, mujeres y niños se sentaban en sus colinas a beberla.

Empezaban a beber al alba. A media mañana el poblado entero estaba cantando, bailando y tocando los tambores.

Cuando llovía, la gente se tenía que sentar en el interior de las chozas, donde o bien bebían y cantaban, o bien bebían y contaban historias. En cualquier caso, al mediodía o antes, yo ya me veía obligada a unirme a la fiesta, o si no, a retirarme a mi propia choza con mis libros. “No se discuten asuntos serios cuando hay cerveza. Ven, bebe con nosotros”. Dado que yo carecía de su capacidad para aquella espesa cerveza nativa, cada vez pasaba más y más tiempo con *Hamlet*. La gracia descendió sobre mí antes de que acabara el segundo mes. Estaba segura de que *Hamlet* tenía una sola interpretación posible, y de que ésta era universalmente obvia.

Con la esperanza de tener alguna conversación seria antes de la fiesta de cerveza, solía acudir a chozas de recepciones del anciano —un círculo de postes con un techado de bardas y un murete de barro para guarecerse del viento y la lluvia. Un día, al traspasar agachada el bajo umbral, me encontré con la mayoría de los hombres del poblado allí apiñados, con su raída vestimenta, sentados en taburetes, esteras y mecedoras, al calor de una fogata humeante al amparo de la destemplanza de la lluvia. En el medio había tres cuencos de cerveza. La fiesta había comenzado.

El anciano me saludó cordialmente: “Siéntate y bebe”.

Acepté una gran calabaza llena de cerveza, me serví un poco en un pequeño recipiente y lo apuré de un solo trago.

Entonces serví algo más en el mismo cuenco al hombre que seguía en edad a mi anfitrión, y pasé la calabaza a un joven para que el reparto continuara. La gente importante no debe tener que servirse a sí misma.

“Es mejor así”, dijo el anciano, mirándome con aprobación y quitándome del pelo una brizna de paja. «Deberías sentarte a beber con nosotros más a menudo. Tus criados me cuentan que cuando no estás en nuestra compañía, te quedas dentro de tu choza mirando un papel”.

El anciano conocía cuatro tipos de “papeles”: recibos de los impuestos, recibos por el precio de la novia, recibos por gastos de cortejo, y cartas. El mensajero que le traía las cartas del jefe usaba más que nada como emblema de su cargo, dado que siempre conocía lo que éstas decían y se lo relataba al anciano. Las cartas personales de los pocos que tenían algún pariente en puestos del gobierno o las misiones eran guardadas hasta que alguien iba a un gran mercado donde hubiera un escribano que las leyera. A partir de mi llegada, me las traían a mí. Algunos hombres también me trajeron, en privado, recibos

por el precio de la novia, pidiendo que cambiara los números por sumas más altas. No venían al caso los argumentos morales, puesto que en las relaciones con la parentela política esto es juego limpio, y además resulta difícil de explicar a gentes ágrafas los avatares técnicos de la falsificación. Como no quería que me creyeran tan tonta como para pasarme el día mirando sin parar papeles de esa clase, les expliqué rápidamente que mi “papel” era una de las “cosas antiguas” de mi país.

“Ah”, dijo el anciano. “Cuéntanos”.

Yo repliqué que no soy una contadora de historias. Contar historias es entre ellos un arte para el que se necesita habilidad: son muy exigentes, y la audiencia, crítica, hace oír su parecer. Me resistí en vano. Aquella mañana querían escuchar una historia mientras bebían. Me amenazaron con no contarme ni una más hasta que yo contara la mía. Finalmente, el anciano prometió que nadie criticaría mi estilo, “puesto que sabemos que estás peleando con nuestra lengua”. “Pero”, dijo uno de los de más edad, “tendrás que explicar lo que no entendemos, como hacemos nosotros cuando contamos nuestras historias”.

Asentí, dándome cuenta que allí estaba mi oportunidad de demostrar que *Hamlet* era universalmente comprensible.

El anciano me pasó más cerveza para ayudarme en mi relato. Los hombres llenaron sus largas pipas de madera y removieron el fuego para tomar de él brasas con que encenderlas: entonces, entre satisfechas fumaradas, se sentaron a escuchar. Comencé usando el estilo apropiado: “Ayer no, ayer no, sino hace mucho tiempo, ocurrió una cosa. Una noche tres hombres estaban de vigías en las afueras del poblado del gran jefe, cuando de repente vieron que se les acercaba el que había sido su anterior jefe”.

—¿Por qué no era ya su jefe?

—Había muerto —expliqué— es por eso por lo que se asustaron y se preocuparon al verle.

—Imposible —comenzó uno de los ancianos, pasando la pipa a su vecino, quien lo interrumpió. —Por supuesto que no era el jefe muerto. Era un presagio enviado por un brujo. Continúa.

Ligeramente importunada, continué.

—Uno de esos tres era un hombre que sabía cosas —la traducción más cercana a estudioso, pero por desgracia también significa brujo. El segundo anciano miró al primero con cara de triunfo—. De modo que habló al jefe muerto, diciéndole: ‘Cuéntanos qué debemos hacer para que puedas descansar en tu tumba’, pero el jefe muerto no respondió. Se esfumó y ya no lo pudieron ver más. Entonces el hombre que sabía cosas —su nombre era Horacio— dijo que aquello era asunto para el hijo del jefe muerto, Hamlet.

Hubo un sacudir de cabezas general dentro del corro:

“¿El jefe muerto no tenía hermanos vivos. ¿O es que el hijo era jefe?”

—No —repliqué—. Esto es, tenía un hermano vivo que se convirtió en jefe cuando el hermano mayor murió.

Los ancianos murmuraron entre dientes: tales presagios son asunto para jefes y ancianos, no para jóvenes; ningún bien puede venir de hacer las cosas a espaldas del jefe; evidentemente, Horacio no era un hombre que supiera cosas.

—Sí que lo era —insistí tratando de apartar un pollo lejos de mi cerveza. En nuestro país el hijo sucede al padre. El hermano menor del jefe muerto se había convertido en jefe, y además se había casado con la viuda de su hermano mayor tan sólo un mes después del funeral.

—Hizo bien —exclamó radiante el anciano, y anunció a los demás: —Ya os dije que si conociéramos mejor a los europeos, encontraríamos que en realidad son como nosotros.

En nuestro país —añadió dirigiéndose a mí— también el hermano más joven se casa con la viuda de su hermano mayor, convirtiéndose así en padre de sus hijos. Ahora bien, si tu tío, casado con tu madre viuda, es plenamente el hermano de tu padre, entonces también será un verdadero padre para ti. ¿Tenían el padre y el tío de Hamlet la misma madre?

Esta pregunta no penetró apenas en mi mente; estaba demasiado contrariada por haber dejado a uno de los elementos más importantes de Hamlet fuera de combate. Sin demasiada convicción dije que creía que tenían la misma madre, pero que no estaba segura —la historia no lo decía.

El anciano me replicó con severidad que esos detalles genealógicos cambian mucho las cosas, y que cuando volviese a casa debía de consultar sobre ello a mis mayores. A continuación llamó a voces a una de sus esposas más jóvenes para que le trajera su bolsa de piel de cabra.

Determinada a salvar lo que pudiera del tema de la madre, respiré profundo y empecé de nuevo: “El hijo *Hamlet* estaba muy triste de que su madre se hubiera vuelto a casar tan pronto. Ella no tenía necesidad de hacerlo, y es nuestra costumbre que una viuda no tome nuevo marido hasta después de dos años de duelo”.

—Dos años es demasiado —objetó la mujer, que acababa de hacer aparición con la desgastada bolsa de piel de cabra—. ¿Quién labrará tus campos mientras estés sin marido?

—Hamlet —repliqué sin pensármelo— era lo bastante mayor como para labrar las tierras de su madre por sí mismo. Ella no precisaba volverse a casar. —Nadie parecía convencido y renuncié—. Su madre y el gran jefe dijeron a Hamlet que no estuviera triste, porque el gran jefe mismo sería un padre para él. Es más, Hamlet habría de ser el próximo jefe, y por tanto debía quedarse allí para

aprender todas las cosas propias de un jefe. Hamlet aceptó quedarse, y todos los demás se marcharon a beber cerveza.

Hice una pausa, perpleja ante cómo presentar el disgustado soliloquio de Hamlet a una audiencia que se hallaba convencida de que Claudio y Gertrudis habían actuado de la mejor manera posible. Entonces uno de los más jóvenes me preguntó quién se había casado con las restantes esposas del jefe muerto.

–No tenía más esposas –le contesté.

–¡Pero un gran jefe debe tener muchas esposas! ¿Cómo podría si no servir cerveza y preparar comida para todos sus invitados?

Respondí con firmeza que en nuestro país hasta los jefes tienen una sola mujer, que tienen criados que les hacen el trabajo y que pagan a éstos con el dinero de los impuestos.”

De nuevo replicaron que para un jefe es mejor tener muchas esposas e hijos que le ayuden a labrar sus campos y alimentar a su gente; así todos aman a aquel jefe que da mucho y no toma nada.

–Los impuestos son mala cosa.

Aunque estuviera de acuerdo con este último comentario, el resto formaba parte de su modo favorito de rebajar mis argumentos.

–Así es como hay que hacer, y así es como lo hacemos.

Decidí saltarme el soliloquio. Ahora bien, incluso si pudiera estar bien visto el que Claudio se casara con la esposa de su hermano, aún quedaba el asunto del veneno.

Estaba segura de que desaprobaban el fratricidio, de manera que continué más esperanzada: –Esa noche Hamlet se quedó vigilando junto a los tres que habían visto a su difunto padre. El jefe muerto apareció de nuevo, y aunque los demás tuvieron miedo, Hamlet le siguió a un lugar aparte. Cuando estuvieron solos, el padre muerto habló.

–¡Los presagios no hablan! –el anciano era tajante.

–El difunto padre de Hamlet no era un presagio. Al verlo podría parecer que era un presagio, pero no lo era –mi audiencia parecía estar tan confusa como lo estaba yo.

–Era de verdad el padre muerto de Hamlet, lo que nosotros llamamos un “fantasma”. –Tuve que usar la palabra inglesa, puesto que estas gentes, a diferencia de muchas de las tribus vecinas, no creían en la supervivencia de ningún aspecto individualizado de la personalidad después de la muerte.

–¿Qué es un ‘fantasma’? ¿Un presagio?

–No, un ‘fantasma’ es alguien que ha muerto, pero que anda vagando y es capaz de hablar, y la gente lo puede ver y oír, aunque no tocarlo.

Ellos replicaron –A los zombis se les puede tocar.

—¡No, no! No se trataba de un cadáver que los brujos hubieran animado para sacrificarlo y comérselo. Al padre muerto de Hamlet no lo hacía andar nadie. Andaba por sí mismo.

—Los muertos no andan —protestó mi audiencia como un solo hombre.

Yo trataba de llegar a un compromiso. —Un ‘fantasma’ es la sombra del muerto.

Pero de nuevo objetaron: —Los muertos no tienen sombra.

—En mi país sí que la tienen —espeté.

El anciano aplacó el rumor de incredulidad que inmediatamente se había levantado, y concedió con esa aquiescencia insincera, pero cortés, con que se dejan pasar las fantasías de los jóvenes, los ignorantes y los supersticiosos.

—Sin duda, en tu país los muertos también pueden andar sin ser zombis. — Del fondo de su bolsa extrajo un pedazo de nuez de cola seca, mordió uno de sus extremos para mostrar que no estaba envenenado, y me lo ofreció como regalo de paz.

—Sea como sea —retomé la narración— el difunto padre de Hamlet dijo que su propio hermano, el que luego se convirtió en jefe, lo había envenenado. Quería que Hamlet lo vengara. Hamlet creyó esto de corazón, porque aborrecía al hermano de su padre. —Tomé otro trago de cerveza. En el país del gran jefe, viviendo en su mismo poblado, que era muy grande, había un importante anciano que a menudo estaba a su lado para aconsejarle y ayudarlo. Se llamaba Polonio. Hamlet cortejaba a su hija, pero el padre y el hermano de ella... — aquí busqué precipitadamente alguna analogía tribal— le advirtieron que no permitiera a Hamlet visitarla cuando estaba sola en casa, puesto que él había de llegar a ser un gran jefe y por tanto no podría casarse con ella.

—¿Por qué no? —preguntó la esposa, que se había acomodado junto al sillón del anciano. Él la miró con gesto de desaprobación por hacer preguntas tontas, y gruñó: —Vivían en el mismo poblado.

—No era ésa la razón —les informé—. Polonio era un extranjero que vivía en el poblado porque ayudaba al jefe, no porque fuera su pariente.

—Entonces, ¿por qué no podía Hamlet casarse con ella?

—Habría podido hacerlo —expliqué— pero Polonio no creía que realmente lo fuera a hacer. Después de todo, Hamlet había de casarse con la hija de un gran jefe, puesto que era un hombre muy importante y en su país cada hombre sólo puede tener una esposa. Polonio tenía miedo de que si Hamlet hacía el amor a su hija, ya nadie diera un alto precio por ella.

—Puede que eso sea cierto —remarcó uno de los ancianos más sagaces— pero el hijo de un jefe daría al padre de su amante regalos y protección más que sobrados como para compensar la diferencia. A mí Polonio me parece un insensato.

—Mucha gente piensa que lo era —asentí—. A todo esto, Polonio envió a su hijo Laertes al lejano París, a aprender las cosas de ese país, porque allí estaba el poblado de un jefe realmente muy grande. Como Polonio tenía miedo de que Laertes se gastara el dinero en cerveza, mujeres y juego, o se metiera en peleas, mandó secretamente a París a uno de sus sirvientes para que espiera lo que hacía. Un día Hamlet abordó a Ofelia, la hija de Polonio, comportándose de manera tan extraña que la asustó. En realidad —yo buscaba azoradamente palabras para expresar la dudosa naturaleza de la locura de Hamlet— el jefe y muchos otros habían notado también que cuando Hamlet hablaba podía entender las palabras, pero no su sentido. Mucha gente pensó que se había vuelto loco —repentinamente mi audiencia parecía mucho más atenta. El gran jefe quería saber qué era lo que le ocurría a Hamlet, así que mandó a buscar a dos de sus compañeros de edad —amigos del colegio hubiera sido largo de explicar— para que hablaran con Hamlet y averiguaran lo que le tenía preocupado. Hamlet, al ver que habían sido pagados por el jefe para traicionarle, no les contó nada. No obstante, Polonio insistió en que Hamlet se había vuelto loco porque le habían impedido ver a Ofelia, a quien amaba.

—¿Por qué —preguntó una voz perpleja— querría nadie embrujar a Hamlet por esa razón?

—¿Embrujarle?

—Sí, sólo la brujería puede volver loco a alguien. A menos, claro está, que uno haya visto a los seres que se ocultan en el bosque.

Dejé de ser contadora de historias, saqué mi cuaderno de notas y pedí que me explicaran más sobre esas dos causas de locura. Aun cuando ellos hablaban y yo tomaba notas, traté de calcular el efecto de este nuevo factor sobre la trama. Hamlet no había sido expuesto a los seres que se ocultaban en el bosque. Sólo sus parientes por línea masculina podrían haberlo embrujado. Dejando fuera parientes no mencionados por Shakespeare, tenía que ser Claudio quien estaba intentando hacerle daño. Y, por supuesto, él era.

De momento me protegí de las preguntas diciendo que el gran jefe también se negaba a creer que Hamlet estuviera loco debido simplemente al amor de Ofelia. —Él estaba seguro de que algo mucho más importante estaba afligiendo el corazón de Hamlet.

—Los compañeros de edad de Hamlet —continué— habían traído con ellos a un famoso contador de historias. Hamlet decidió hacer que aquel narrador contara al jefe y a todo el poblado la historia de un hombre que había envenenado a su hermano porque deseaba a la esposa de éste, y porque además quería convertirse él mismo en jefe.

Hamlet estaba seguro de que el gran jefe no podría escuchar la historia sin dar algún signo de ser realmente culpable, y de este modo podría descubrir si su difunto padre le había dicho la verdad o no.

El anciano interrumpió, con profundo ingenio: —¿Por qué habría un padre de engañar a su hijo?

—Hamlet no estaba seguro de que fuera realmente su padre muerto —respondí evasivamente. Era imposible, en esa lengua, decir nada sobre visiones inspiradas por el demonio.

—Quieres decir —exclamó— que en realidad era un presagio, y que él sabía que a veces los brujos envían falsos presagios. Hamlet fue tonto por no acudir antes que nada a alguien versado en leer presagios y adivinar la verdad. Un hombre—que—ve—la—verdad podría haber tenido miedo de decirla. Yo creo que es por esa razón por la que un amigo del padre de Hamlet —anciano y brujo— envió un presagio, para que así el hijo de su amigo lo supiera. ¿Era cierto el presagio?

—Sí —dije, dejando de lado fantasmas y demonios; tendría por fuerza que ser un presagio enviado por un brujo—.

Era cierto, por lo que cuando el contador de historias estaba contando su cuento ante todo el poblado, el gran jefe se levantó descompuesto. Por miedo a que Hamlet supiera su secreto, planeó matarlo.

El escenario de la siguiente secuencia presentaba algunos problemas de traducción. Comencé con prudencia:

“El gran jefe pidió a la madre de Hamlet que le sonsacara lo que sabía. Mas, previendo que para una madre su hijo está siempre por encima de todo, hizo esconder al anciano Polonio tras unas telas que colgaban junto a la pared de la choza de dormir de la madre de Hamlet. Hamlet comenzó a increpar a su madre por lo que había hecho.”

Hubo un asombrado murmullo por parte de todos: “Un hombre nunca debe reprender a su madre.”

—Ella gritó asustada, y Polonio se movió tras la tela.

Hamlet exclamó: “¡Una rata!” Y tomando su machete dio un tajo que la atravesó —aquí hice una pausa para darle efecto dramático. ¡Había matado a Polonio!

Los ancianos se miraron unos a otros con supremo disgusto.

—¡Ese Polonio era realmente un necio y un ignorante! Hasta un niño se le habría ocurrido decir: “¡Soy yo!” —con repentino dolor, recordé que estas gentes son ardientes cazadores, siempre armados de arco, flechas y machete; al primer movimiento entre la maleza hay ya una flecha lista apuntando, y el cazador grita “¡Va!”. Si no contesta voz humana inmediatamente, la flecha sigue su camino.

Como cualquier buen cazador, Hamlet había gritado: “¡Una rata!”

Me lancé a salvar la reputación de Polonio. —Polonio habló. Hamlet le había oído. Pero pensó que era el jefe, y quiso matarlo para vengar a su padre. Ya había querido hacerlo antes, esa misma tarde... —interrumpí la narración, incapaz de explicar a esta gente pagana, que no cree en la supervivencia individual tras la muerte, la diferencia entre bien morir rezando y morir “sin comunión, sin preparación, sin sacramentos”.

Esta vez había impactado en serio a mi audiencia.

“Que un hombre levante su mano contra el que, siendo hermano de su padre, se ha convertido en padre para él es algo terrible. Los ancianos deberían dejar que sea embrujado un hombre semejante.”

Mordisqueando perpleja mi pedazo de nuez de cola, señalé que, después de todo, era quien había matado al padre de Hamlet.

—No —sentenció el anciano, hablando menos para mí que para los jóvenes allí sentados entre los mayores. Si el hermano de tu padre ha matado a tu padre, debes recurrir a los compañeros de edad de tu padre; son ellos quienes pueden vengarlo. Nadie puede usar la violencia contra sus parientes de más edad —le sobrevino otra idea. Pero si el hermano del padre hubiera sido realmente tan infame como para embrujar a Hamlet y volverlo loco, entonces la historia es realmente buena, porque entonces él mismo sería el causante de que Hamlet, estando loco, no conservara razón alguna y estuviera dispuesto a matar al hermano de su padre.

Hubo un murmullo de aprobación. *Hamlet* volvía a parecerles una buena historia, pero a mí ya no se me antojaba la misma. Según pensaba en las complicaciones venideras de la trama y los temas, me iba desanimando. Decidí rozar sólo de pasada el terreno peligroso.

—El gran jefe —continué— no sentía que Hamlet hubiera matado a Polonio. Eso le daba una razón para enviarle lejos, acompañado por sus dos infieles compañeros, con cartas para un jefe de un lejano país que decían que debía ser asesinado. Pero Hamlet cambió lo que estaba escrito en las cartas, de forma que en su lugar mataron a éstos.

—Encontré una mirada llena de reproche por parte de uno de los hombres a quienes yo había dicho que una falsificación indetectable de la escritura no sólo era inmoral, sino que estaba más allá de la habilidad humana. Miré hacia otro lado.

—Antes de que Hamlet pudiera regresar, Laertes volvió para el funeral de su padre. El gran jefe le contó que Hamlet había matado a Polonio. Laertes juró matar a Hamlet por esto, y porque su hermana Ofelia, al saber que su padre había sido muerto por el hombre a quien amaba, se volvió loca y se ahogó en el río.

—¿Ya te has olvidado de lo que te hemos dicho? —me echó en cara el anciano. No se puede tomar venganza de un loco; Hamlet mató a Polonio en su locura. Y en cuanto a la chica, no es que simplemente se volviera loca, sino que se ahogó. Sólo la brujería puede hacer que la gente se ahogue. El agua por sí misma no hace ningún daño, es sencillamente algo que se bebe o en donde uno se baña.

Empecé a enfadarme.

—Si no te gusta la historia, no sigo.

El anciano hizo unos ruidos apaciguadores y me sirvió personalmente algo más de cerveza. —Tú cuentas bien la historia, y te estamos escuchando. Pero está claro que los ancianos de tu país nunca te han explicado lo que realmente significa. ¡No, no me interrumpas! Te creemos cuando dices que vuestra forma de matrimonio y vuestras costumbres son diferentes, o vuestros vestidos y armas. Pero la gente es similar en todas partes. Allí donde sea siempre hay brujos, y somos nosotros, los ancianos, quienes sabemos cómo funciona la brujería. Te dijimos que era un gran jefe el que quería matar a Hamlet, y ahora tus propias palabras confirman que teníamos razón. ¿Qué parientes varones tenía Ofelia?

—Solamente su padre y su hermano —*Hamlet* claramente se me había escapado de las manos.

—Tiene que haber tenido más; esto es algo que también debes preguntar a tus mayores cuando vuelvas a tu país. Por lo que nos cuentas, y dado que Polonio estaba muerto, debe haber sido Laertes quién mató a Ofelia, aunque no veo la razón.

Ya habíamos vaciado uno de los cuencos de cerveza, y los hombres discutieron el tema con un interés rayano en lo ebrio. Finalmente uno de ellos me preguntó: —¿Qué dijo a su vuelta el criado de Polonio?

Retomé con dificultad a Reinaldo y su misión. —No creo que regresara antes de la muerte de Polonio.

—Escucha —dijo el más anciano de todos— y te diré cómo ocurrió y cómo sigue tu historia, y tú me puedes decir si estoy en lo correcto. Polonio sabía que su hijo se metería en problemas, y efectivamente así fue. Tenía muchas multas que pagar por sus peleas, y deudas de juego. Pero sólo había dos maneras de conseguir dinero rápidamente. Una era casar a su hermana de inmediato, pero es difícil encontrar a un hombre que quiera casarse con una mujer deseada por el hijo de un jefe. Porque, si el heredero del jefe comete adulterio con tu mujer, ¿tú qué puedes hacerle? Sólo a un loco se le ocurriría plantear un pleito a alguien que puede ser quien te juzgue en el futuro. Por eso, Laertes tuvo que seguir el segundo camino: matar por brujería a su hermana, ahogándola, para poder vender su cuerpo en secreto a los brujos.

Opuse una objeción. –Su cuerpo fue encontrado y enterrado. De hecho, Laertes saltó a la fosa para ver a su hermana por última vez. Por tanto, como ves, el cuerpo realmente estaba allí. Hamlet, que acababa de llegar, saltó también detrás de él.

–¿Qué os dije? –El más anciano se dirigió a los demás. –No es que Laertes estuviera tratando precisamente bien al cuerpo de su hermana. Hamlet procuró estorbarle, porque al heredero del jefe, igual que a cualquier jefe, no le gusta que ningún otro hombre se enriquezca ni se haga poderoso.

Laertes se pondría furioso, porque había matado a su hermana sin sacar de ello ningún beneficio. En nuestro país, ese motivo hubiera bastado para que intentara asesinar a Hamlet. ¿Es eso lo que pasó?

–Más o menos –admití–. Cuando el gran jefe encontró que Hamlet aún vivía, animó a Laertes a que tratara de matarlo y se las apañó para que hubiera una pelea de machetes entre ellos. En la lucha ambos cayeron heridos de muerte. La madre de Hamlet bebió una cerveza envenenada que el jefe había dispuesto para Hamlet en el caso de que ganara la pelea. Cuando vio a su madre morir a causa del veneno, Hamlet, agonizando, consiguió matar al hermano de su padre con su machete.

–¿Veis? ¡Tenía razón! –exclamó.

–Era una historia muy buena –añadió el anciano jefe– y la has contado con muy pocos errores. Sólo había un error más, justo al final. El veneno que bebió la madre de Hamlet obviamente estaba destinado al vencedor del combate, quienquiera que fuese. Si Laertes hubiera ganado, el gran jefe lo habría envenenado para que nadie supiera que él había tramado la muerte de Hamlet. Así, además, ya no tendría que temer la brujería de Laertes; hace falta un corazón muy fuerte para matar por brujería a la propia hermana. Envolviéndose en su raída toga, el anciano concluyó:

–Alguna vez has de contarnos más historias de tu país. Nosotros, que somos ya ancianos, te instruiremos sobre su verdadero significado, de modo que cuando vuelvas a tu tierra tus mayores vean que no has estado sentada en medio de la selva, sino entre gente que sabe cosas y que te ha enseñado sabiduría.

La irrealidad codificada

por Dennis Brutus

El mundo sabe bien a estas alturas lo que es el *apartheid*; un sistema de represión que niega la representación política a catorce millones de sudafricanos porque no son blancos; un sistema, social de división que mantiene a los pueblos aparte, separándolos rígida e implacablemente por el color de su piel y castigando a los que tratan de franquear una frontera puramente artificial como ésa. Pero los efectos del *apartheid*, en términos de comportamiento social y de desarrollo cultural, son ya menos conocidos.

Para comprender estos efectos es necesario pensar en la vida cotidiana del pueblo y en la forma en que el *apartheid* la rige en cuanto respecta tanto a la ley como a los usos y costumbres. Para los no blancos el *apartheid* significa estar horas de pie en una cola que espera un autobús, ya que hay demasiado pocos vehículos destinados especialmente a los pasajeros de color; pasar teatros o piscinas sin siquiera pensar en entrar, ya que unos y otras están exclusivamente destinados a los blancos; y por extenderse las restricciones a la forma de pensar de la gente, y por regir la ley tanto para negros como para blancos, significa también que a todos los habitantes de Sudáfrica se les niega el derecho de leer determinados libros que el Gobierno cree subversivos frente a su política racial.

El *apartheid* significa que deportistas famosos como el jugador de “cricket” Basil d’Oliviera, el futbolista Steve Makone y el “hombre” fuerte” Precious Mackenzie, dedicado al levantamiento de pesas, no podrán representar nunca a su país en una competencia internacional por no ser blancos; que cantantes y actores como Miriam Makeba y Lionel Ngakane tienen que verse limitados, por el color de su piel, a aparecer en determinados sitios y ante determinados públicos; un elenco de color podría cantar “La Traviata” de Verdi, por ejemplo, pero nadie que no sea blanco puede asistir a una representación que se ofrece ante el Presidente del Estado.

Éstos no son sino unos pocos ejemplos entre una interminable lista de restricciones, y cuando se piensa en todos ellos no puede verse otro resultado que el aislamiento de las gentes, divididas en forma que sólo puede traer

consigo la hostilidad y el rencor. En cualquier prueba deportiva que presencien blancos y negros –cada uno por su lado, claro está– unos y otros apoyan a bandos opuestos, con la fricción que es de imaginar. Tal fricción ha hecho que en muchos estadios y campos de deporte se admita solamente a los blancos.

El efecto del *apartheid* se muestra en los más mínimos detalles. Al tratar de llevar a mis discípulos de secundaria al teatro donde se representaba “El rey Lear” –una de las obras de su programa de literatura– se les negó la entrada; cuando, como parte de mis propios estudios, quise ver una obra escrita en afrikaner, la localidad que me vendieran por error me fue sacada de las manos, negándoseme también la entrada al teatro. He visto más de una vez echar a niñitos pequeños de las hamacas de una plaza de juegos y deportes por el solo crimen de ser negros; en las pocas iglesias donde se permite asistir a un servicio o a una misa a blancos y negros, estos últimos deben arrodillarse detrás de los escaños y recibir la comunión después de los blancos.

Es ilegal que blancos y negros jueguen juntos al ajedrez, prohibición pese a la cual Sudáfrica sigue siendo miembro de la Federación Mundial de Ajedrez. Los blancos que han tratado de jugar al *football* con los negros dentro de un mismo cuadro han sido llevados a un tribunal de justicia. Unos y otros viven en zonas diferentes de una misma ciudad o conglomerado urbano, zonas que no es difícil distinguir, cuando de negros se trata, por sus casuchas de lata o, en el mejor de los casos, por los monótonos cubos de cemento que se les ha destinado dentro de los planes municipales de construcción de viviendas.

En una sociedad donde existen barreras tan innobles como éstas, lo mejor es actuar como si no existieran. Pero al hacerlo así, en el caso de los escritores por ejemplo, el resultado es que ni novelistas ni poetas pueden producir nada que refleje verdaderamente la sociedad en que viven, y la ceguera así creada ha ido tan lejos que ya hace muchos años que no se produce en Sudáfrica ninguna cosa de verdadero valor.

Quizá cupiera esperar que los escritores negros, en la situación llena de tensión y resentimiento en que viven, produjeran obras realmente llenas de vida. Para ellos, sin embargo, el *apartheid* presenta otro problema; si uno dice la verdad, es inevitable que la obra que ha escrito se prohíba. Por esa razón se llamó a silencio a un escritor del talento de Alex La Guma, o escaparon al extranjero un Alfred Hutchinson o un Bloke Modisane. Para otros la tragedia de dejar su país para no volver resultó demasiado fuerte:

Nat Nakasa hizo el voto correspondiente por escrito, pero luego se suicidó en Nueva York.

También han sufrido lo suyo los escritores blancos –André Brink por ejemplo– que se han atrevido a criticar el *apartheid*, cuando no se secuestraba

la edición de sus obras, éstas eran objeto de furibundos ataques por parte de los portavoces del régimen.

La imposibilidad en que los escritores se ven de escribir y las gentes en general de comprenderse es indicio de un mal más grave; el de la imposibilidad de comunicación humana, una imposibilidad –cosa difícil de comprender cuando se la ve desde fuera– que tiene su legislación especial, como que responde a un designio deliberado.

Quienes han construido este mundo artificial pensando que durará por tiempo indefinido piensan también que hay que evitar que los diversos elementos de la sociedad del *apartheid* se comuniquen entre sí. El sistema descansa en esta segregación; y esta segregación es lo que hiere cruelmente el corazón de la sociedad sudafricana.

Tal daño se advierte más claramente en las relaciones cotidianas de las gentes que en ninguna otra cosa. He visto a niños blancos quedarse de pie en uno de los ómnibus mixtos antes de sentarse junto a un negro. El rechazo de otro ser humano me aparece en este gesto como algo que va mucho más allá de la división impuesta por la ley. De un rechazo así se desprende una falta absoluta de sentido de lo que es la humanidad en su conjunto, con todas sus razas y culturas; y lo peor es que el sufrimiento de un ser humano deja de ser real porque ese ser humano ha dejado también de ser real.

En una atmósfera semejante, es fácil que los niños blancos, al jugar, se imaginen que están tirando contra los negros, e igualmente fácil que éstos piensen en masacrar a los blancos por las muchas injusticias de que se les hace objeto. Tal es la situación creada en la Sudáfrica actual. Las tensiones son ciertas, y constante la amenaza de un erupción violenta. No se puede descartar una situación así como si se tratara del discurso de un político o el producto de factores o de argumentos de orden político. La verdad –la terrible verdad– es que las relaciones humanas entre las gentes han llegado a un grado tal de descomposición, y que las leyes del *apartheid* han levantado tales barricadas contra ellas, que ya no son posibles ni el diálogo ni la comprensión ni la amistad.

He aquí el efecto de la segregación racial en términos de una sociedad; he aquí todo su penetrante alcance; si algo fuerte sale de ella, es un sentimiento de hostilidad; pero muchas veces su resultado es esa esterilidad, y también ese resentimiento, de los que no puede surgir otra cosa que la violencia.

Índice

Tres aventuras por el mundo del conocimiento	
Una invitación a la lectura	5
Caverna - Matrix	7
La alegoría de la caverna	9
Edipo	13
El oficio del historiador	45
Indicios	49
Ciencia	55
El siglo XX ha concluido	57
Un puente entre dos culturas	71
Stephen Jay Gould: “No hay sentido de la evolución”	75
La falsa medida del hombre: consideraciones epistemológicas sobre el problema del determinismo biológico	81
Fronteras	105
El gaucho Martín Fierro	107
Nota filológica preliminar	119
Una modesta advertencia	123
Viajes por Europa, África y América	127
Shakespeare en la selva	133
La irrealidad codificada	145

